



Facultade de Filoloxía

Grao en Lingua e Literatura Españolas

Traballo de Fin de Grao

La sintaxis del estilo en el
Guzmán de Alfarache

Autora: Iria Isabel Pin Moros
Director: Antonio Azaustre Galiana

Santiago de Compostela
Curso académico 2015-2016



FACULTADE DE FILOLOXÍA

Grao en Lingua e Literatura Españolas

Traballo de Fin de Grao

**La sintaxis del estilo en el
*Guzmán de Alfarache***

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Iria Isabel Pin Moros', is written over a horizontal line.

Iria Isabel Pin Moros
Autora

A stylized handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Antonio Azaustre Galiana', is written over a horizontal line.

Antonio Azaustre Galiana
Director

Santiago de Compostela
Curso académico 2015-2016

Índice

1. Introducción	2
2. Marco teórico	3
2.1. La sintaxis del estilo en el sistema de la retórica	3
2.2. Tipología	3
2.2.1. Características	5
2.2.2. Finalidad y repercusiones en el texto	7
3. La sintaxis del estilo en el <i>Guzmán de Alfarache</i>	8
3.1. Preliminares	9
3.2. Cuerpo de la obra	14
3.2.1. Narración de la vida del pícaro	15
3.2.2. Diálogos	19
3.2.3. Descripciones	20
3.2.4. Digresiones morales	21
3.2.4.1. Definiciones de conceptos	21
3.2.4.2. Pruebas intra-técnicas o externas al asunto	23
3.2.5. Relatos intercalados	28
3.2.6. Géneros paródicos: testamento jocosos y premáticas burlescas	32
3.2.7. Refranes y proverbios	34
3.2.8. Cartas	35
4. Tipos de <i>compositio</i> y voces del relato: de pícaro a atalaya	36
5. Diferencias entre las dos partes de la obra	37
6. Preferencias estilísticas de Mateo Alemán	38
7. Conclusiones	39
8. Referencias bibliográficas	41
9. Apéndice (índice y paginación propios)	

1. Introducción

El propósito del presente trabajo es analizar los diversos tipos de *compositio* sintáctica o sintaxis del estilo en el *Guzmán de Alfarache* (1599 y 1604) de Mateo Alemán (1547-1614). Sus distintas modalidades (estilo suelto, período circular y de miembros e incisos) adquieren un importante papel en relación con las diferentes situaciones y contextos del relato, al desdoblarse el personaje de Guzmán en pícaro que cuenta sus aventuras y pecador arrepentido que amonesta sobre ellas. El trabajo estará estructurado en dos partes principales, a las cuales seguirán las conclusiones extraídas de la segunda de ellas. La primera servirá de marco teórico acerca de la sintaxis del estilo en el sistema de la retórica, y se centrará en las características de los tipos de *compositio* sintáctica y en la finalidad y repercusiones de cada uno de ellos. En esta primera parte, la metodología se basará en el sistema de la retórica clásica. En la segunda sección, más extensa, se analizarán las dos partes del relato picaresco, con la intención de comprobar cómo los diferentes tipos de *compositio* sintáctica se utilizan en virtud de la noción de *decorum* (*aptum*), para adecuar sus características a las diferentes intenciones (narrativa, descriptiva, digresiva o de reprensión moral) que se observan en el doble perfil del protagonista. Este análisis nos desvelará tendencias predominantes, nunca absolutas, las cuales se verán justificadas por su funcionalidad o por el decoro exigido por el tema o personaje concretos. A su vez, nos permitirá comprobar la relación existente entre la sintaxis del estilo empleada y la voz enunciativa de cada tipo de texto, así como contrastar las diferencias cualitativas y cuantitativas en la *compositio* de las dos partes del relato, debidas principalmente a motivos de tipo temático. Por último, veremos en qué casos la sintaxis del estilo no está supeditada al concepto de *decorum* o a la finalidad textual, sino a preferencias estilísticas de Mateo Alemán que el texto desvela, permitiéndonos concluir que la *compositio* en la prosa alemaniana (como en la literatura áurea en general) no viene determinada solamente por cuestiones de tipo formal o por finalidades textuales, sino también por preferencias estilísticas de las que el autor deja indicios a lo largo de su obra, como desvelan las dos partes del *Guzmán de Alfarache*.

2. Marco teórico

2.1. La sintaxis del estilo en el sistema de la retórica

En el sistema de la retórica clásica, dentro de las denominadas "cualidades de la elocución" encontramos, junto a la *puritas* y la *perspicuitas*, el *ornatus*. Este se divide a su vez en tropos, figuras y *compositio*. Las dos primeras atienden a la elección de las palabras, y la última a su encadenamiento en el discurso¹, esto es, a su combinación fonética (*compositio* fonética, que abarca conceptos como *ordo*, *iunctura* y *numerus*) y sintáctica (*compositio* sintáctica², centrada en la oración y sus partes). En consecuencia, "la *compositio* estudia la estructura sintáctica y fónica de los grupos de palabras, esto es, analiza sus constituyentes y sus distintas posibilidades de distribución en el discurso" (Azaustre y Casas 1997: 142). La *compositio* sintáctica o sintaxis del estilo, aspecto del que se ocupará el presente trabajo³, y que Lausberg define como "la estructura sintáctica de la frase continua" (1967: §911, 302), es fundamental en el estudio del *ornatus*, dado que es en su integración en una determinada sintaxis del discurso con efectos propios donde los tropos y las figuras "encuentran todo su sentido como constituyentes de un estilo" (Azaustre y Casas 1997: 142), a la vez supeditado a la intención que determinan la *inventio* y la *dispositio*⁴.

2.2. Tipología

En cuanto a los tipos de *compositio* sintáctica, se tiende a la división dual entre estilo suelto y período, distinción general de la que se partirá para el análisis de la sintaxis del estilo en el *Guzmán de Alfarache*. Esta es la que realiza Aristóteles en su *Retórica* (III, 9.1.), donde se reconoce una expresión "*coordinativa* y ligada por medio de una conjunción" y otra "*correlativa*", es decir, "un *estilo seguido* y otro *periódico*" (Azaustre y Casas 1997: 143). El primero destaca por la unión de oraciones a través de

¹ Azaustre y Casas (1997: 141).

² Dionisio de Halicarnaso defiende en *Sobre la composición estilística* la superioridad de la composición (*synthesis*), definida como "la disposición de las palabras en la frase, de las frases en períodos, y de los períodos en el discurso", sobre la elección de las palabras; así lo indica Julio Pallí en su introducción a la obra (1991: 15).

³ Para la *compositio* fonética véase Vega Ramos (1992).

⁴ La teoría de los estilos o *genera dicendi* presente en los tratados españoles en la primera mitad del XVI caracteriza en la *compositio* "el género alto, grande o sublime, por el uso del período, o de miembros independientes largos, y del *numerus*. Al género *humilde* le estaba reservado el uso de la lengua sencilla y de la oración suelta, con muy escasos tropos y figuras. El *medio* era una mezcla de los otros dos" (López Grigera 1994: 97).

una conjunción, mientras que el segundo "fragmenta el discurso en partes con fin en sí mismas (períodos), abarcables con la mirada y que se graban fácilmente gracias al *numerus* o recurrencia de cantidades silábicas" (Azaustre y Casas 1997: 143). También Demetrio realiza en *Sobre el estilo* una división dual, pero focalizada en cambio no en el fragmentarismo del período, sino en la estrecha trabazón de sus miembros, que se sostienen entre sí como "las piedras que soportan techos abovedados y se mantienen unidas" (I, 13). Para este autor, por tanto, lo esencial es la oposición entre la trabazón del estilo periódico y la ausencia de la misma en el estilo suelto, en el que los miembros "no están estrechamente unidos", sino que "parecen amontonarse unos sobre los otros sin conexión ni soporte, sin prestarse ayuda mutua, como ocurre en los períodos" (I, 12). Quintiliano distingue en su *Institutio oratoria* (IX, IV, 19-20) la "*oratio vincata atque contexta*", que equivale al período, tiene sentido completo en sí misma y es abarcable memorísticamente, y la "*oratio soluta*", de ritmo más relajado y que se corresponde con el estilo suelto⁵.

Como vemos, a pesar de las diferencias entre los distintos tratadistas, la retórica distinguía dos modalidades principales de *compositio* sintáctica: el estilo suelto, que consiste en un encadenamiento de oraciones sin restricciones en cuanto al ritmo, y el período, cuyos elementos "responden a una estructura circular (prótasis y apódosis), o de miembros que amplifican una idea básica" y que "hereda del *numerus* latino una configuración rítmica más armónica y regular" (Azaustre 1994: 256).

Centrándonos en el estilo del Siglo de Oro, resulta fundamental el cambio de norma estilística que, como demostró Morris Croll (1966), tuvo lugar en Europa durante el siglo XVI. A comienzos de su último cuarto se produjo ese cambio, "que consistía fundamentalmente en el abandono del *periodo* –que avanza por relaciones de prótasis y apódosis– usado preferentemente por el estilo sublime", mientras se revalorizaba además "el estilo «ático» y se cambiaba el canon de autores imitables: los de la edad de plata romana sustituían a los de la edad de oro". Séneca, como defiende López Grigera (1994: 54), será un modelo de pensamiento y estilo, al igual que otros autores como

⁵ "Est igitur ante omnia oratio alia vincata atque contexta, soluta alia, qualis in sermone et epistolis, nisi cum aliquid supra naturam suam tractant, ut de philosophia, de re publica, similibus" (1921: 516). Todo ello está recogido en Azaustre y Casas (1997: 143).

Salustio o Tácito, y se irá abandonando la imitación ciceroniana, que ya había sido cuestionada por Erasmo en su diálogo *Ciceronianus* (1528)⁶.

Como consecuencia del progresivo abandono del período circular se fue imponiendo el estilo suelto (*oratio soluta*) con sus construcciones sintácticas coordinadas y yuxtapuestas; es decir, que se introdujo el estilo que definiría la prosa moderna⁷, a la vez que se abandonaba la preocupación por el *numerus* y se extendía "la construcción en miembros paralelísticos para los textos que requieren estilo alto" (López Grigera 1994: 54). Todos estos cambios estilísticos dieron lugar a un predominio de la independencia de los componentes oracionales en la sintaxis del estilo. Uno de los aspectos que influyó en este cambio de norma estilística fue, como ya se ha dicho, la preferencia por el estilo de autores como Séneca o Tácito en detrimento de Cicerón. La sintaxis de estos autores mostraba un predominio de los miembros sentenciosos frente al período circular ciceroniano. Otro factor destacable, de índole más teórica, fue la importancia que retóricas griegas como la de Hermógenes, de gran peso en Europa desde el siglo XV, concedían a la sintaxis del estilo, de la que desarrollaron una muy detallada tipología⁸.

2.2.1. Características

Los criterios fundamentales que distinguen los dos tipos de *compositio* presentados son dos. El primero es "un criterio *rítmico*, según el cual el período se rige por las exigencias del *numerus* –correlato del metro poético–, que no afectan al estilo suelto" (Azaustre y Casas 1997: 143). Aunque en las lenguas romances la cantidad que fundamenta la noción del *numerus* se ha perdido, el hecho de que siga siendo pertinente la distinción entre los dos estilos implica que una pauta heredada de ella todavía distingue su armazón estructural, lo que obliga a recurrir a una "noción general de *ritmo*"⁹. El otro criterio es el "*semántico-lógico*", según el cual todo discurso construido de forma periódica presenta una estructuración de su contenido en diversas fases delimitadas: cada período desarrolla un razonamiento completo, y sus distintos

⁶ Para más detalles sobre esta obra y la polémica del ciceronianismo, véase la introducción de Mañas Núñez (2009) a su edición del *Ciceronianus*.

⁷ Se trata del estilo de obras como el *Lazarillo de Tormes* y el *Quijote*, "que no están escritos en estilo humilde, ni en estilo medio, sino que están escritos en el estilo mezclado que surge al calor de Hermógenes" (López Grigera 1994: 92).

⁸ Las anteriores referencias e informaciones están recogidas en López Grigera (1994).

⁹ Esta idea está recogida en Azaustre y Casas (1997: 145), quienes lo definen como "la introducción de cierta regularidad en una sucesión de palabras o frases".

constituyentes presentan interdependencia semántica entre sí. Mientras tanto, el discurso en estilo suelto se organiza como una suma de ideas o hechos que adquiere sentido una vez ha concluido. De ahí el predominio de la coordinación en el estilo suelto y de la subordinación e interordinación en la trabazón semántica y sintáctica del período¹⁰, donde dichos valores gramaticales estructuran lingüísticamente las fases de la argumentación de forma progresiva y escalonada. El estilo periódico se muestra así mucho más trabado o sujeto que el suelto (más fluido y flexible), tanto por el ritmo con que se ensamblan sus constituyentes como por las relaciones sintácticas establecidas entre ellos, y que a su vez estructuran la idea transmitida¹¹.

El período presenta dos grandes modalidades: circular y de miembros, los correspondientes "*simple*" y "*de miembros*" que distingue Aristóteles en su *Retórica* (III, 9.2.), y también equivalentes al "período simple y circular" y "de miembros e incisos" que Quintiliano recoge en su *Institutio oratoria* (IX, IV, 18-22)¹².

El período circular, de estructura cíclica, está constituido por una prótasis, "creadora de tensión" (Lausberg 1967: §924, 307), que implica y en cierta manera requiere una apódosis que cierra el ciclo aflojando dicha tensión. La mayor o menor longitud de este período se debe a la diferencia en la amplificación de las partes. Predomina la subordinación adverbial y la interordinación, dado el encadenamiento entre las mismas.

En el período de miembros "la conclusión que cierra el razonamiento se prolonga como una sucesión rectilínea" (Azaustre y Casas 1997: 150), lo que implica una mayor presencia de la coordinación y de la yuxtaposición, estructura que lo aproxima al estilo suelto, aunque en este último se trate de un encadenamiento de ideas diversas, y en el otro caso de miembros que amplifican una única idea. Este tipo de período, que mantiene en latín la presencia del *numerus*, se hace eco de ella en las lenguas romances a través de "una mayor singularidad silábica y acentual en la disposición de los miembros que la existente en el estilo suelto"; a ello se añade el frecuente "ritmo de reiteraciones y paralelismos" (Azaustre y Casas 1997: 151).

¹⁰ En realidad, este predominio de subordinación e interordinación se produce en una de sus modalidades, la que se conoce como período circular.

¹¹ Estas cuestiones son tratadas por Azaustre y Casas (1997: 143-146).

¹² Azaustre y Casas (1997: 149).

Dentro del período de miembros es necesario realizar una división entre aquellos integrados por "partes extensas" (Lausberg 1967: §§925-940, 309-319), denominadas miembros (*kola*), y aquellos constituidos por elementos de menor extensión, llamados incisos (*kommata*), distinción común en la gran mayoría de tratados sobre retórica. Mientras los incisos no necesitan integridad, esta es exigida al miembro por presentar un predicado o autonomía oracional, aunque en ocasiones los conceptos se aproximen tanto que se llegue a considerar el inciso como un miembro de extensión reducida. Frente a la mayoría de tratadistas, Aristóteles y Hermógenes solo distinguen período y miembro.

2.2.2. Finalidad y repercusiones en el texto

Además de las ya presentadas, otra de las diferencias entre ambos tipos de período es la complejidad en su organización interna, mayor en el caso del circular que en el de miembros. Esta mayor dificultad de construcción está determinada por la finalidad textual, pues mientras el período circular se emplea con voluntad de persuadir racional o intelectualmente (*docere*), el de miembros pretende transmitir un mensaje que llegue al lector más por la vía afectiva. Así, la energía de su expresión se incrementa a menudo por el uso de ciertos recursos estilísticos, fundamentalmente de repetición¹³.

Como se ha señalado en la introducción, existe una gran relación entre el tipo de estilo compositivo y las formas del discurso, vínculo muy pertinente, como veremos, en el *Guzmán de Alfarache*. Mientras el estilo suelto predomina en el relato de los sucesos con una evolución cronológica clara¹⁴, las digresiones con voluntad moralizadora o reflexiva tienden a ser expresadas en un estilo periódico "que convenza afectiva o intelectualmente al lector por el entramado circular de subordinaciones o por la energía de los miembros simétricos" (Azaustre y Casas 1997: 153).

Resulta necesario añadir que la sintaxis del estilo no se relaciona solamente con la intención del discurso, sino que también se adecua a las materias tratadas y los personajes implicados en la narración, respetando el principio general del *decorum* o *aptum*¹⁵. Como veremos, este propicia el empleo del período circular en aquellos pasajes que se ocupan de asuntos graves o que presentan protagonistas de alto rango

¹³ Azaustre y Casas (1997: 150).

¹⁴ Sin embargo, también es frecuente el denominado "*período narrativo*", "una sintaxis de amplio y torcido discurrir entre los constituyentes principales de la acción" (Azaustre y Casas 1997: 154).

¹⁵ Lausberg (1966: §258, 233).

social, así como el uso del estilo suelto en aquellos centrados en asuntos más triviales o con personajes humildes.

3. La sintaxis del estilo en el *Guzmán de Alfarache*

Dado que lo esencial a la hora de analizar la influencia de la retórica en el estilo de la prosa áurea no es tanto el plano teórico como su funcionamiento en los textos literarios, nos centraremos ahora en la sintaxis del estilo en el *Guzmán de Alfarache*. Como ya se ha comentado, esta está siempre supeditada a la forma del discurso y a la finalidad textual, así como al concepto de decoro: Mateo Alemán utiliza cada tipo de *compositio* sintáctica con una voluntad determinada, desde la transmisión fluida de ideas en la narración y el diálogo a la persuasión intelectual o afectiva en las digresiones moralizantes. De esta manera, la *compositio* del texto está relacionada con su finalidad, forma y tema.

En cuanto a la conexión existente entre *compositio* y forma del discurso, la sintaxis del estilo varía según se trate de un texto dialogado, narrativo, descriptivo o de carácter argumentativo. En los diálogos del *Guzmán* predomina el estilo suelto, que favorece la fluidez propia de la conversación, máxime en el ambiente que rodea a un pícaro; a pesar de ello, en ocasiones la tendencia de Alemán a la subordinación de ideas deriva en el período circular. En la narración y en la descripción también destaca el estilo suelto, aunque en ciertos pasajes de carácter acumulativo se recurra al período. Por último, para la persuasión de los pasajes argumentativos o reflexivos el tipo de *compositio* más utilizado es el período circular, con su ritmo marcado, muy eficaz para convencer al interlocutor.

Como acabamos de mencionar, la relación entre sintaxis del estilo y tema del relato también está supeditada al decoro: cuando el asunto central sea la narración de las peripecias del pícaro, de carácter vulgar, predominará el estilo suelto, mientras en los relatos de carácter grave o con personajes nobles, a los que les correspondería un estilo sublime, tendrá mayor presencia (aunque nunca absoluta) el período.

Si bien finalidad, forma y tema del pasaje no siempre coinciden en el tipo de sintaxis del estilo más apropiada¹⁶, en muchas ocasiones sí lo hacen. Por ejemplo, en las digresiones moralizantes, de intención y estructura argumentativa, predominará el período circular. Como el decoro exige una cierta formación en estos supuestos, Mateo Alemán se preocupa de aclarar los hábitos religiosos y la educación de Guzmán:

Para lo cual se presupone que Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego, como diremos en esta primera parte, después, dando la vuelta de Italia a España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de la religión; mas por volverse a los vicios los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos¹⁷ (1ª p. 16)

Como veremos, son diversos los estilos que Alemán emplea en su *Guzmán de Alfarache*, y estos no se reducen a los binomios establecidos entre narración y estilo suelto, y digresión y período circular. Esta riqueza estilística es consecuencia directa de la multiplicidad de temas y géneros que acoge el relato. Con todo, esa duplicidad sí es la más constante, por ser narración y digresión los pilares de la obra, explicitados en el título de su segunda parte: *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*. Los diálogos del pícaro y lo referente a sus peripecias estarán narrados mayoritariamente en estilo suelto (como sugiere la palabra *vida*¹⁸), frente a las digresiones que el Guzmán adulto presenta como atalaya¹⁹ o guía, y que muestran su vida pasada como *exemplum* que "enseña por su contrario / la forma de bien vivir" (1ª p. 25). Pero debemos tener en cuenta que las relaciones que se van a establecer entre temas, formas textuales y tipos de *compositio* son generalizaciones orientativas, más sistemáticas en su presentación teórica que en su aplicación práctica.

3.1. Preliminares

Debido a su carácter grave y argumentativo, predomina en ellos el período circular; ello sucede no solo en los textos escritos por Mateo Alemán, sino también en

¹⁶ Por ejemplo, en una narración, una descripción o un diálogo en que los protagonistas o los hablantes sean nobles se empleará predominantemente el período circular, a pesar de que en esos tipos de texto en un principio se tienda a usar el estilo suelto.

¹⁷ Las citas del *Guzmán de Alfarache* incluidas en este trabajo proceden de la edición de Luis Gómez Canseco, recogida en la bibliografía. Se sigue en todo momento su puntuación. Para más referencias a la formación de Guzmán, véanse 1ª p. 177 y 2ª p. 354-355.

¹⁸ Azaustre (1994: 257).

¹⁹ "Voz antigua, que significaba el hombre que habita en la torre para registrar la tierra y el mar, y avisar con ahumadas, o fuegos las novedades que ve [...]. Atalayas son llamados aquellos homes que son puestos para guardar las huestas de día, veyendo los enemigos lo lejos" (*Aut.*, s.v.). Cabe destacar también el significado del término en lenguaje de germanía: 'ladrón'.

las tasas y aprobaciones, donde predomina la circularidad habitual en el lenguaje legal²⁰:

Por mandado do Supremo Conselho da Sancta Inquisição, vi e examinei este livro, intitulado *Segunda parte de Guzmán de Alfarache, Atalaya de la vida humana*, e com as emendas que lhe fiz não fica tendo cousa alguma contra nossa santa fé e bons costumes; antes me parece que, além do muito engenho e eloquência que nelle mostra o auctor, lhe cabe com muita razão o nome de *Atalayam*, porque, assi como da atalaia se descobrem os perigos e se dá noticia delles aos navegantes e caminheiros não para cair nelles, senão para os fugir, assi se pode avisar com este livro o curioso leitor, para com elle se prevenir contra muitos males que vão pollo mundo, os evitar e se defender delles (2ª p. 347)²¹

Vemos que en estos documentos de tipo jurídico, basados en argumentaciones que pretenden resultar convincentes por la vía intelectual, este tipo de *compositio* es el más habitual. En dedicatorias y prólogos encontramos también el período de miembros, pues en la *captatio benevolentiae* entra en juego el mover los afectos de aquel de quien se tiene o pretende protección, como es habitualmente la persona a la que se dedica la obra, así como de los lectores de la misma.

En la dedicatoria de la primera parte, a don Francisco de Rojas, aparece un período circular seguido de uno de miembros que amplifica el retrato de los malintencionados incidiendo en sus aspectos negativos. Se trata de uno de los muchos casos en que el paso de uno a otro tipo de *compositio* se realiza de forma fluida, nada abrupta:

De las cosas que suelen causar más temor a los hombres, no sé cuál sea mayor o pueda compararse con una mala intención; y con mayores veras cuanto más estuviere arraigada en los de oscura sangre, nacimiento humilde y bajos pensamientos, porque suele ser en los tales más eficaz y menos corregida. Son cazadores los unos y los otros que, cubiertos de la enramada, están en acecho de nuestra perdición, y aun después de la herida hecha, no se nos descubre de dónde salió el daño. Son basiliscos que, si los viésemos primero, perecería su ponzoña y no serían tan perjudiciales, mas como nos ganan por la mano, adquiriendo un cierto dominio, nos ponen debajo de la suya. Son escándalo en la república, fiscales de la inocencia y verdugos de la virtud, contra quien la prudencia no es poderosa (1ª p. 9)

También en la dedicatoria de la segunda parte, a don Juan de Mendoza, encontramos ejemplos de período de miembros; el primero de los que proponemos

²⁰ Lo mismo ocurre en los privilegios reales. Pueden verse ejemplos en el apéndice (9.1.1.), p. 2.

²¹ Para otro ejemplo, véase el apéndice (9.1.1.), p. 2.

resulta más sentencioso por su tono de advertencia moral²²; en el segundo predomina la vehemencia, más afín al panegírico²³:

Espérame ya en el campo el combatiente; está todo el mundo a la mira. Son los jueces muchos y varios; inclínase cada uno a quien más lo lleva su pasión y antojo. Tiene ganados de mano los oídos, informando su justicia, que no es pequeña ventaja. Él pelea desde su casa, en su nación y tierra, favorecido de sus deudos, amigos y conocidos, de todo lo cual yo carezco (2ª p. 350)

¿Quién osará representarme la batalla ni esperarme a ella, cuando sobre mis timbres, principio de este libro, viere a resplandecer el esclarecido nombre de Vuestra Excelencia, que lo sale patrocinando? ¿Cuál no se me rendirá con las ventajas que llevo, siendo de las mayores que se han conocido hasta hoy en príncipe? Si sangre, díganlo las casas de Castro, cabeza de los Mendozas y Velascos, de los condestables de Castilla, de quien Vuestra Excelencia es hijo y nieto (2ª p. 350)

Los prólogos del *Guzmán* demuestran la gran importancia del concepto de decoro en la literatura áurea. En la primera parte encontramos dos proemios distintos en su *compositio* y estilo general, pues la adecuación al tipo de lector al que van dirigidos impide que el tratamiento sea idéntico. El primero va destinado "al vulgo". Aunque incluye algunos ejemplos de período circular²⁴, en él predomina el de miembros, dado que al despreciado vulgo "es justo / hablarle en necio para darle el gusto" (vv. 47-48), como dirá Lope de Vega, y no se le podrá intentar persuadir intelectualmente a que lea la obra, pero sí se le podrá fustigar y apelar a sus afectos para conseguir despertar su interés por ella²⁵:

No es nuevo para mí, aunque lo sea para ti, ¡oh, enemigo vulgo!, los muchos malos amigos que tienes, lo poco que vales y sabes, cuán mordaz, envidioso y avariento eres, qué presto en difamar, qué tardo en honrar, qué cierto a los daños, qué incierto en los bienes, qué fácil de moverte, qué difícil en corregirte. ¿Cuál fortaleza de diamante no rompen tus agudos dientes? ¿Cuál virtud lo es de tu lengua? ¿Cuál piedad amparan tus obras? ¿Cuáles defetos cubre tu capa? ¿Cuál atriaca miran tus ojos, que, como basilisco, no emponzoñes? ¿Cuál flor tan cordial entró por tus oídos, que en el enjambre de tu corazón dejases de convertir en veneno? ¿Qué santidad no calumnias? ¿Qué inocencia no persigues? ¿Qué sencillez no condenas? ¿Qué justicia no confundes? ¿Qué verdad no profanas? ¿En cuál verde prado entraste, que dejases de manchar con tus lujurias? Y si se hubiesen de pintar al vivo las penalidades y trato de un infierno,

²² El estilo lacónico o sentencioso es –por su vínculo con la *sententia*– habitualmente asociado a la literatura de índole moralizante. Véase lo afirmado por Gracián: "Descendiendo a los estilos en su hermosa variedad, dos son los capitales, redundante el uno, y conciso el otro, según su esencia: asiático y lacónico, según la autoridad. Yerro sería condenar cualquiera, porque cada uno tiene su perfección y su ocasión. El dilatado es propio de oradores; el ajustado, de filósofos morales" (*Agudeza y arte de ingenio*, discurso LXI, vol. 2, pp. 235-236).

²³ A pesar de que se incluya el período de miembros para encarecer la moción de los afectos, en ellas predomina el período circular, como ilustran los ejemplos del apéndice (9.1.1.), p. 2.

²⁴ Véase el apéndice (9.1.1.), p. 2.

²⁵ Para Laurenti (1971: 40), este prólogo incluye rasgos de tipo "afectivo". Ello se debe a que "el prologoista intensifica su técnica de diálogo con el lector" (1971: 41). Para más información acerca de los prólogos en las obras de género picaresco, consúltese dicha obra.

parecíame que tú solo pudieras verdaderamente ser su retrato. ¿Piensas, por ventura, que me ciega pasión, que me mueve ira o que me despeña la ignorancia? No, por cierto; y si fueses capaz de desengaño, solo con volver atrás la vista, hallarías tus obras eternizadas y desde Adam reprobadas como tú. Pues, ¿cuál enmienda se podrá esperar de tan envejecida desventura? ¿Quién será el dichoso que podrá desasirse de tus rampantes uñas? Huí de la confusa corte, seguísteme en la aldea; retireme a la soledad, y en ella me heciste tiro, no dejándome seguro sin someterme a tu jurisdicción (1ª p. 11-12)²⁶

En el destinado "al discreto lector" destaca el período circular²⁷. No obstante, también en él se emplea el de miembros o incisos al desarrollar la *captatio benevolentiae*. En este caso son miembros sentenciosos, a modo de consejo o advertencia:

Muchas cosas hallarás de rasguños y bosquejadas, que dejé de matizar por causas que lo impidieron; otras están algo más retocadas, que huí de seguir y dar alcance, temeroso y encogido de cometer alguna no pensada ofensa; y otras que al descubierto me arrojé sin miedo, como dignas que sin rebozo se tratasen. Mucho te digo que deseo decirte y mucho dejé de escribir que te escribo. Haz cómo leas lo que leyeres y no te rías de la conseja y se te pase el consejo²⁸. Recibe los que te doy y el ánimo con que te los ofrezco. No los echés como barreduras al muladar del olvido: mira que podrá ser escobilla de precio (1ª p. 14)

La segunda parte solo presenta un prólogo, y en él predomina el período circular²⁹. Este desarrolla las prevenciones de Alemán ante la salida de esta continuación, y su intento de responder al autor de la *Segunda parte del Guzmán de Alfarache*, apócrifa, al igual que haría Cervantes en el *Quijote*:

Aunque siempre temí sacar a luz aquesta segunda parte, después de algunos años acabada y vista –que aun muchos más fueran pocos para osar publicarla, y que sería mejor sustentar la buena opinión que proseguir a la primera, que tan a brazos abiertos fue generalmente de buena voluntad recibida³⁰–, dudé poner en condición el buen nombre, ya porque podría no parecer tan bien o no haber acertado a cumplir con mi deseo, que de ordinario donde mayor cuidado se pone suelen los desgraciados acertar menos. Mas, viéndome ya como el mal mozo, que a palos y coces lo levantan del profundo sueño, siéndome lance forzoso, me aconteció lo que a los perezosos –hacer las cosas dos veces–, pues, por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo (2ª p. 353)

²⁶ Puede encontrarse otro ejemplo de período de miembros en este prólogo en el apéndice (9.1.2.1.).

²⁷ Consúltese el apéndice (9.1.1.), pp. 2-3.

²⁸ Precisamente es la dualidad entre conseja y consejo la más sistemática en cuanto a los dos tipos de *compositio* principales en la obra. Como anota Gómez Canseco, "el *consejo* es la moraleja del cuento y la *conseja*, como explica Covarrubias, es el apólogo" (2012: 14). Extrapolándolo a la totalidad del *Guzmán*, el consejo se correspondería con las enseñanzas que pretende darnos el Guzmán adulto (atalaya de la vida humana) en las digresiones de la obra, donde predomina el período circular, mientras la conseja serían las peripecias del pícaro, narradas generalmente en estilo suelto.

²⁹ Véase el apéndice (9.1.1.), p. 3.

³⁰ Se observa claramente en este ejemplo la tendencia de Mateo Alemán a la amplificación, incluso dentro de los constituyentes del período circular, en este caso de la prótasis.

En este sentido, el período de miembros se utilizará para denigrar al autor del *Guzmán* apócrifo y para captar la benevolencia de los lectores. La prótasis del siguiente período circular muestra esta segunda intención:

Si aquí los frasis no fueren tan gallardos, tan levantado el estilo, el decir suave, gustosas las historias ni el modo fácil, doy disculpa, si necedades la tienen, ser necesario mucho aun para escribir poco, y tiempo largo para verlo y emendarlo (2ª p. 356)

Además, en él se emplea el estilo suelto para resumir la vida del pícaro contada en la primera parte, así como el propósito de este al narrar su autobiografía. Ello se explica por el respeto al decoro y por la eficacia de este tipo de *compositio* para la acumulación de sucesos y características descriptivas:

Que haberse propuesto nuestro Guzmán, un muy buen estudiante latino, retórico y griego, que pasó con sus estudios adelante con ánimo de profesar estado de la religión, y sacarlo de Alcalá tan distraído y mal sumulista, fue cortar el hilo a la tela de lo que con su vida en esta historia se pretende, que solo es descubrir, como atalaya, toda suerte de vicios y hacer atriaca de venenos varios: un hombre perfeto, castigado de trabajos y miserias, después de haber bajado a la más ínfima de todas, puesto en galera por curullero de ella (2ª p. 354-355)

En la "Declaración para el entendimiento de este libro", dado su carácter introductorio e informativo, predomina el estilo suelto, pues la fluidez de las frases cortas y coordinadas copulativamente resulta muy apropiada para el resumen con el que el autor nos introduce lo que leeremos a continuación³¹. Sin embargo, cuando trata de justificar el carácter misceláneo de su obra y las digresiones que en ella se incluyen, Mateo Alemán recurre al período circular con la voluntad de persuadir al lector y justificar la verosimilitud de lo narrado³²:

Y no es impropiedad ni fuera de propósito si en esta primera escribiere alguna doctrina, que antes parece muy llegado a razón darla un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras y castigado del tiempo, aprovechándose del ocioso de la galera, pues aun vemos a muchos ignorantes ajusticiados, que, habiendo de ocuparlo en sola su salvación, divertirse de ella por estudiar un sermoncito para en la escalera (1ª p. 16)

Alemán es, por tanto, plenamente consciente del doble carácter de su obra, narrativo y digresivo, y de la necesidad de que ambos tipos de texto sean escritos con un estilo diferente, de diversa complejidad.

³¹ Retóricamente, actúa como una *divisio*, parte final de los exordios que avanzaba la estructura que iba a tener el discurso. Véase Quintiliano, *Institutio oratoria*, IV, II, 47-50. Pueden encontrarse ejemplos en el apartado 9.1.3. del apéndice.

³² Al igual que el decoro, es otra noción de importancia en la reflexión literaria del Siglo de Oro. Como es sabido, Cervantes da muestra de ello en los capítulos XLVII a L de la primera parte de su *Quijote*.

El último de los preliminares son los elogios, escritos por Alonso de Barros y Luis de Valdés. En el primero es prácticamente exclusivo el período circular, pues se pretende explicar por qué se alaban las virtudes de la obra y de su autor³³. También en el del alférez Luis de Valdés predomina este tipo de *compositio*³⁴, pero este recurre a menudo al período de miembros para encarecer las virtudes de la obra y vida de Alemán, un rasgo propio de los elogios cuando acumulan (*congeries*) los méritos del sujeto:

¿Quién como él en menos de tres años y en sus días vio sus obras traducidas en tan varias lenguas, que, como las cartillas en Castilla, corren sus libros por Italia y Francia? ¿Qué autor escribió, que, al tiempo y cuando quiso sacar sus trabajos a luz, apenas habían salido del vientre de la emprenta, cuando –como dicen– entre las manos de la comadre no quedasen ahogadas y muertas? Y las que salieron vivas, que alcanzaron a gozar de alguna vida, ¿cuáles, como las de nuestro autor, salieron con tan ligeras alas que, hiriendo las de la fama, la hiciesen volar con tal velocidad por todo el mundo, sin dejar tan remota provincia donde con ellas no hayan llegado y se les haya hecho famoso recibimiento? ¿De cuáles obras en tan breve tiempo se vieron hechas tantas impresiones, que pasan de cincuenta mil cuerpos de libros los estampados y de veinte y seis impresiones los que han llegado a mi noticia que se le han hurtado, con que muchos han enriquecido, dejando a su dueño pobre? ¿A quién, sino para él, halló cerradas las puertas la murmuración o quién supo tan bien hacer huir la malicia? (2ª p. 358-359)³⁵

Vemos, por tanto, que a estos textos preliminares, de carácter grave y dirigidos a altas dignidades o escritos por personas de cultura y formación (caso de la aprobación, tasa, privilegio y elogio), les corresponde un estilo medio o elevado. Por lo tanto, predomina en ellos el período circular³⁶, y el de miembros cuando se inclinan hacia el elogio y el vituperio.

3.2. El cuerpo de la obra

Centrándonos ya en el relato, veremos que, aunque en teoría debiera predominar el estilo suelto (como ocurre en el *Lazarillo* y el *Buscón*), dado que se relata la historia de una vida que, además, es marginal, este alterna con numerosos pasajes en período circular, el cual se emplea en las digresiones moralizantes y en aquellos relatos intercalados con personajes de origen noble. Esta alternancia se mueve, pues, en los límites del *decorum* (*aptum*). En cuanto al período de miembros o incisos, será utilizado indistintamente, tanto en la narración de los hechos del pícaro como en las digresiones y

³³ Para ejemplos de período circular en este elogio, véase el apéndice (9.1.1.), p. 3.

³⁴ Pueden encontrarse ejemplos de ello en el apéndice (9.1.1.), pp. 3-4.

³⁵ En el apéndice (9.1.2.2.) puede consultarse otro ejemplo de período de miembros en este elogio.

³⁶ Véase Azaustre (1994: 257).

en las historias intercaladas, pues su función será generalmente enfática, resultando igual de útil en diversos asuntos y circunstancias. Por ello aparece para amplificar o reiterar ideas, para enlazar consejos o incluso refranes de carácter sinonímico y para acumular rasgos descriptivos.

3.2.1. Narración de la vida del pícaro

La narración, como acabamos de mencionar, tiende a estar escrita en estilo suelto, pues la fluidez expresiva y semántica de este tipo de *compositio* resulta muy útil para la concatenación de sucesos. En los relatos picarescos y, en concreto, en el *Guzmán*, a esta idoneidad del estilo suelto para relatar la historia de una vida se añade el decoro: dado que se trata de una narración autobiográfica y, por tanto, el narrador es el propio pícaro, el estilo debe ser llano y no elevado, por lo que el tipo de *compositio* más apropiado es el suelto:

Vuelvo a mi puesto³⁷, que me espera mi madre, ya viuda del primero poseedor, querida y tiernamente regalada del segundo. Entre estas y esotras, ya yo tenía cumplidos tres años, cerca de cuatro; y por la cuenta y reglas de la ciencia femenina, tuve dos padres; que supo mi madre ahijarme a ellos y alcanzó a entender y obrar lo imposible de las cosas. Vedlo a los ojos, pues agradó igualmente a dos señores, trayéndolos contentos y bien servidos. Ambos me conocieron por hijo: el uno me lo llamaba y el otro también. Cuando el caballero estaba solo, le decía que era un estornudo suyo y que tanta similitud no se hallaba en dos huevos (1ª p. 60-61)

Como ilustra el anterior pasaje, el estilo suelto resulta idóneo para concatenar hechos de la vida pasada de Guzmán, que de forma concisa se presenta como personaje a partir del origen de sus padres y el suyo propio, como es usual en el género picaresco. De esta manera nos da cuenta de su pasado, que justifica y determina su carácter. También en este tipo de *compositio* están narradas la salida de su casa y sus aventuras a lo largo de toda la obra.

En esta línea, el estilo suelto se muestra muy adecuado para narrar con rapidez diversos episodios que quieren ser reflejados mediante sus trazos principales, así como para resumir diversas etapas de la vida del pícaro. En el primer pasaje abajo citado se relatan los hábitos de Guzmán en casa del cardenal, su amo tras su regreso a Roma; en el segundo, se alude al viaje de Florencia a Bolonia con la misma rapidez con que se

³⁷ Su "puesto" es el de la narración autobiográfica, como atalaya de la vida humana. Tras una breve digresión (como Guzmán afirma, justificable por su brevedad) acerca de la excesiva alimentación de los ricos, causa frecuente de su muerte, regresa al relato de su vida y, en consecuencia, al estilo suelto, dado que en la digresión predominaba el período circular y el de miembros o incisos.

llevó a cabo; el siguiente muestra una concatenación de desgracias sufridas por el pícaro; el último compendia su aprendizaje con el anciano mendigo que fue su vecino en Roma:

Nuestro ejercicio era cada día dos horas a la mañana y dos a la tarde oír a un preceptor que nos enseñaba, de quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua latina, un poco de griego y algo de hebreo. Lo más, después de servir a nuestro amo, que era harto poco, leíamos libros, contábamos novelas, jugábamos juegos. Si salíamos de casa, era solo a engañar buñoleros, que con los pasteleros buen crédito teníamos ganado. De noche dábamos lejías a las damas cortesananas, y a las puertas, cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba. Y aunque te parecerá vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo, puesto a la vergüenza. Todo me hedía, nada me asentaba. Día y noche sospiraba por mis pasados deleites (1ª p. 318-319)

Mas poneos a eso: arrojaos una loba, estando cansado de arrastrar la soga. En resolución, yo la tomé de hacer este viaje muy apriesa y así lo puse por obra luego en un pensamiento. Cuando a Bolonia llegamos una noche, lo más de ella no dormimos, porque se nos pasó en trazas (2ª p. 482)

Quejeme ayer de mañana de un poco de cansancio y dos semipollos que comí disfrazados en hábito de romeros para ser desconocidos. Vine después a cenar el hediondo vientre de un machuelo y, lo peor, comer de la carne y sesos, que casi era comer de mis propias carnes, por la parte que a todos toca la de su padre, y, para final de desdichas, hurtarme la capa. Poco daño espanta y mucho amansa³⁸ (1ª p. 103)

Demás de esto, enseñome a fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo y otros primores curiosos del arte, a fin de que no se nos dijese que, pues teníamos fuerzas y salud, que trabajásemos. Hízome muchas amistades. Tenía secretos curiosos de naturaleza con que se valía. Nada escondió de mí, porque le parecía capaz y entonces comenzaba; y como ya él estaba el pie puesto en el estribo para la sepultura, quiso dejar capellán que rogase a Dios por él. Así fue, que luego se murió (1ª p. 269)

Los pasajes en estilo suelto sirven en ocasiones para contextualizar, a modo de preludeo, hechos de importancia que se narrarán inmediatamente después³⁹. También para reflejar acciones simultáneas, no sucesivas. Como ejemplo encontramos la narración de las acciones del pícaro y sus acompañantes, los dos clérigos y el arriero, cuando se dirigen a Cazalla de la Sierra:

³⁸ Como veremos posteriormente, este estilo, al igual que el período de miembros sentenciosos, puede acomodar de manera fluida refranes, dichos y frases hechas, como corresponde a la oralidad y al habla popular, ámbito del que proceden. También su carácter sentencioso influye en los tipos de *compositio* predominantes.

³⁹ Esta función sinóptica o anticipatoria también la tienen muchos epígrafes de los capítulos, sobre todo en la segunda parte de la obra: "Sale Guzmán de Alfarache de Siena para Florencia, encuéntrase con Sayavedra, llévalo en su servicio, y, antes de llegar a la ciudad, le cuenta por el camino muchas cosas admirables de ella y, en llegando allá, se la enseña" (2ª p. 461). Lo mismo ocurre en aquellos pasajes que sirven de prólogo a algunos de los relatos intercalados, como la historia de Ozmín y Daraja: "Luego como acabaron de rezar, que fue muy breve espacio, cerraron sus breviarios y, metidos en las alforjas, siendo de los demás con gran atención oído, comenzó el buen sacerdote la historia prometida" (1ª p. 112).

Ya iba callando, no se reía, llevaba bajada la cara, que de vergüenza no la levantaba. Los buenos de los clérigos iban rezando sus horas; yo, considerando mis infortunios; y cuando todos y cada uno iba más emboscado en su negocio, llegaron dos cuadrilleros en seguimiento de un paje que a su señor había hurtado gran cantidad de joyas y dineros. Y por las señas que les dieron, debía ser otro yo (1ª p. 108-109)

En la conclusión del relato de la vida del pícaro, el estilo suelto sirve para recapitular brevemente lo sucedido, e incluso anticipar –en la línea de una posible continuación– hechos que pueden acaecer y ser narrados en el futuro⁴⁰:

Aquí di punto y fin a estas desgracias; rematé la cuenta con mi mala vida. La que después gasté, todo el restante de ella, verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos (2ª p. 758)⁴¹

Vemos que, a lo largo de toda la obra, la narración de la vida del pícaro por parte del Guzmán adulto va ligada al empleo del estilo suelto. Sin embargo, la tendencia amplificadora de Mateo Alemán le lleva con frecuencia a intercalar pasajes en período en medio de la narración de los hechos de la vida del pícaro. Así sucede en la parte final del siguiente pasaje, que se demora en el detalle de ponerse la capa⁴²:

Despidiose y fuese aquel mismo día por la posta a Siena, donde halló que ya sus amos y compañeros habían llegado al paso de los muleteros, porque los fueron acechando para ver dónde y a quién se entregaban los baúles. Cuando a Siena llegó y vieron entrar un gentilhombre de tan buen talle por la posta, creyeron ser algún español principal. Fuese a hospedar a una hostería, donde al momento acudieron sus compañeros que lo esperaban, que, dando a entender ser sus criados, le servían a el vuelo. Luego aquel día envió con uno de ellos a llamar a Pompeyo, haciéndole saber cómo ya había llegado a la ciudad. Y cuando mi amigo recibió el recabdo y supo estar yo en ella, fue tanta su alegría que, sin acertar ni aguardar a cubrirse bien la capa, se tardó gran rato en ello, porque me dijo que ya se la puso del revés, ya por el ruedo; mas, a medio lado y mal aliñado, salió a toda priesa de casa, cayendo y trompezando, con la priesa de llegar y deseo de verme (2ª p. 449-450)

⁴⁰ También sucede esto en el final de algunas digresiones o relatos intercalados. Valga como ejemplo el de la historia de don Luis de Castro, narrada por César: "Con esto dio fin a su cuento y todos muy contentos quedaron determinando si la sentencia del condestable había sido discreta o justa. Loáronlo todos de cortesano, y con esto, haciéndoseles a cada uno la hora para sus negocios, poco a poco se deshizo la conversación y se despidieron para acudir a ellos" (2ª p. 417).

⁴¹ Pueden encontrarse más ejemplos de la narración de la vida de Guzmán en estilo suelto en el apéndice (9.2.).

⁴² Se trata del período narrativo del que habla fray Luis de Granada en su *Retórica*, V, XVI, en que defiende que la περιβολή, definida como rodeo o revuelta, es "un estilo que, por venir a constar de muchos miembros, resulta sinuoso y más prolijo que el periodo normal, y es esta revuelta propia de los historiadores, que en ella se siguen tan igualmente en su propia serie muchos miembros y κόμματα que, aún así, resulta la construcción seguida y más larga y sigue siendo clara. Y no se diferencia mucho del periodo la περιβολή, salvo en que en el periodo se requiere que vayan bien ordenados los consecuentes y adyacentes del pasaje, mientras que la περιβολή es una construcción discursiva histórica y más extensa que no tiene tanta ligazón entre antecedentes y consecuentes como para no poderse volver a descomponer facilísimamente en sus miembros [...]. En suma, pues, el periodo es el rodeo del estilo de la oratoria, mientras que la peribolé es el rodeo del estilo de la historia. [...] La peribolé se adecua más a las ampliaciones y a las narraciones de la Historia, aun cuando todo eso tiene un lugar no desmerecido también en otras partes del discurso" (2010: 571-575).

En no pocos casos el período circular y el de miembros se alternan dentro de la narración de los hechos. El siguiente pasaje, iniciado en estilo suelto, incluye en primer lugar un período de miembros que amplifica las penalidades del ayuno. Este pronto deja paso a un breve período circular que acumula en su prótasis los infortunios de Guzmán en el juego:

Prevínome la necesidad forzosa de la comida. ¡Líbreos Dios todopoderoso de tal necesidad! Todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer y no tener de qué, llegar la hora y estar en ayunas, pasar hasta la noche y no haberlo hallado, no aseguro la primera capa que se encontrare por la mitad de lo que vale. Hízose así y en tiempo harto trabajoso, porque, como un día y una noche hubiese estado jugando y perdido cuanto dinero tenía, y del vestido me quedase solo un juboncillo y zaragüelles de lienzo blanco, viéndome así, metime en mi aposento sin osar salir de él (1ª p. 321-322)

En bastantes ocasiones el paso de uno a otro tipo de *compositio* en la narración es muy fluido, como ocurre en el siguiente fragmento:

Entré a servir al embajador de Francia, con quien monseñor, que está en gloria, tuvo estrechas amistades y en su tiempo gustaba de niñerías. Mucho deseaba servirse de mí, mas no se atrevió a recibirme por el amistad que estaba de por medio. En resolución allá me fui. Hacíame buen tratamiento, pero con diferente fin; que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el embajador al gusto de la suya, porque lo recibía de donaires que le decía, cuentos que le contaba y a veces de recaudos que le llevaba de algunas damas a quien servía⁴³. No me señaló plaza ni oficio; generalmente le servía y generalmente me pagaba; porque o él me lo daba o, en su presencia, yo me lo tomaba en buen donaire. Y hablando claro, yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhán chocarrero (1ª p. 326)

Esta alternancia en los pasajes narrativos de otros tipos de *compositio* distintos del estilo suelto es constante. Ello se debe a que la narración no es nunca "pura", es decir, no solo (ni exclusivamente) relata hechos y peripecias del pícaro. Entremezclados con ellos (con mayor o menor fluidez según los casos) encontramos pasajes que incrementan los rasgos positivos o negativos de un personaje o de un hecho, o se detienen en detalles y circunstancias del mismo. El período de miembros y el circular narrativo (*peribole*) servirán a estos propósitos, configurando así la variedad estilística que caracteriza al relato.

⁴³ La apódosis de este período circular incluye un período de tres miembros. En él destaca el empleo del homeotéleuton o similitudencia (-ía y -aba), figura de repetición que "supone la igualdad o semejanza de los sonidos finales de palabras que cierran frases o miembros consecutivos" (Azaustre y Casas 1997: 96-97). Como indica Daniel Devoto, se trata de "un procedimiento sistemático" en la prosa alemaniana (1984: 39). En palabras de Helmut Hatzfeld, a Alemán "le fascina la rima [...]. Le agradan los ecos de esa *similiter cadentia* tanto que vuelve a utilizarlos con variaciones" (1975: 11).

3.2.2. Diálogos

Además de narración y digresión, otro elemento fundamental del *Guzmán de Alfarache* es el diálogo, que, como las descripciones, se incorpora al relato autobiográfico. De hecho, la obra, en cuanto confesión, "se enmarca en un claro marco dialogístico (aunque diferente al de su predecesor)" (Laporte 2011: 353). Además, va necesariamente dirigida a un narratario de quien se busca la "absolución"⁴⁴ (Laporte 2011: 353).

Los diálogos son bastante frecuentes en el *Guzmán*, sobre todo en la primera parte, pues el incremento de las digresiones moralizantes en la segunda provoca su disminución, principalmente en los libros I y III. Su funcionalidad no es solo distender la tensión narrativa o digresiva, proporcionar variedad o mostrar la fuerza expresiva propia del discurso directo; además de ello, a veces pueden servir como cauce de reflexiones y argumentos del narrador y los personajes. Generalmente están redactados en estilo suelto⁴⁵, pues son deudores de la oralidad y del habla popular que corresponde a la mayoría de los personajes de la obra, incluido el pícaro narrador:

—¿Qué te digo, Guzmanillo? Advierte que lo que hoy te di me importó más de lo que piensas. Ya sé que no tuve razón. Mañana te compraré unos zapatos por ello y valdrán más que los huevos (1ª p. 212)

Sin embargo, también son frecuentes las intervenciones que enfatizan una idea en período de miembros, así como el circular en aquellas conversaciones entre personajes nobles o cuyo tema central presenta una gravedad mayor a la del tono general de la obra. De nuevo, por tanto, el decoro es tenido muy en cuenta por el autor. Esto ocurre fundamentalmente en las historias intercaladas⁴⁶, como ilustra la siguiente argumentación de Ozmín, con la que pretende convencer a don Alonso de que su promesa de adiestrarle y favorecerle en la justa será cumplida:

—Quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está de ello, entretiene y achaques busca; mas el que está, como yo, donde no los puede haber, si no es loco, queda forzado a cumplir con obras más de lo que prometen sus palabras. Manda, señor,

⁴⁴ Como defiende Cavillac, "la confesión guzmaniana en forma de «alarde público» [...] reviste a menudo la apariencia de una «escritura oral» basada en un forcejeo dialéctico que confiere al «discurso» [...] todo el dramatismo de un alegato en defensa propia" (2010: 168).

⁴⁵ Quintiliano pone precisamente como géneros prototípicos en el empleo de este tipo de *compositio (oratio soluta)* los diálogos y las epístolas (IX, IV, 19-20), excepto cuando abordan un tema elevado, como la política o la filosofía.

⁴⁶ También sucede en los diálogos incluidos en ciertos *exempla* cuyos protagonistas son divinidades. Puede encontrarse en el apéndice (9.3.2., p. 13) una petición de Apolo a Júpiter (1ª p. 104-105) en que este tipo de sintaxis presenta cierta sentenciosidad, al ser breves sus prótasis y apódosis.

apercebir las armas de tu persona y mía, que presto conocerás cuánto más he tardado en ofrecerlo que me podré ocupar en salir de esta deuda libre, y no de la obligación de servirte (1ª p. 139)⁴⁷

Como vemos, Mateo Alemán y, en general, los autores del Siglo de Oro, "supieron aprovechar bien algunos modelos preexistentes y muy difundidos: en particular el género dialogado" (Laporte 2011: 493), pues:

Observaron algunas claves de los diálogos que finalmente pusieron a su servicio dándoles así aires inauditos y propios. Oralidad, heterología e intertextualidad servían para fomentar la mimesis conversacional, importante en cualquier diálogo para ganarse al interlocutor, a la par que favorecían el famoso y de moda 'deleitar aprovechando' (Laporte 2011: 493-494)

3.2.3. Descripciones

Aunque la narración se centra en las peripecias del pícaro, se enriquece frecuentemente con descripciones. Dado su habitual carácter basado en la acumulación de características y, por tanto, en la coordinación y la yuxtaposición, suelen presentarse en estilo suelto: "Este caballero era hombre mayor, escupía, tosía, quejábbase de piedra, riñón y urina" (1ª p. 50)⁴⁸.

Muchos personajes son introducidos en la narración a través de su etopeya o prosopografía, en ocasiones de forma tan detallada que se aproxima a la *evidentia*, mecanismo habitualmente asociado a la enumeración⁴⁹. En ocasiones se emplea también el período de miembros, principalmente para describir conceptos o ambientes. Los límites entre esta clase de período y la enumeración en estilo suelto son bastante difusos, pues en ambos casos se produce una acumulación de rasgos. Se trata de dos formas posibles de la "acumulación coordinante" (Lausberg 1967: §666, 134) o *congeries*, uno de los cuatro *genera amplificationis*, y que "consiste en la acumulación de términos y oraciones sinónimos" (Lausberg 1966: §401 y §406, 340-344). Además, su estructura interna "puede consistir en un amontonamiento desordenado o en una gradación de miembros ascendentes [...]. La *congeries* es, pues, una «amplificación horizontal»: la intensificación gradual mentada en todas las clases de la amplificación se consigue mediante la extensión de lo afirmado" (Lausberg 1966: §406, 344). La diferencia entre la acumulación enumerativa del estilo suelto y la del período de

⁴⁷ Para consultar ejemplos de los distintos tipos de *compositio* sintáctica en intervenciones dialogadas, véase el apéndice (9.3.).

⁴⁸ Para más ejemplos de descripción en estilo suelto véase el apéndice (9.4.).

⁴⁹ La enumeración extensa en estilo suelto es muy frecuente en la narración del *Guzmán* con función intensificadora, como ilustran algunos casos del apéndice (9.2.). Véase, por ejemplo, el situado en 1ª p. 303 (pp. 7-8).

miembros es que solo esta última consiste en la intensificación de una misma idea mediante un pasaje que presenta un ritmo marcado, ausente en la enumeración. Esto ocurre en el siguiente ejemplo en período de miembros, que subraya los cambios producidos por el tiempo:

Estaba ya todo trocado de como lo dejé. Ni había especiero ni memoria de él. Hallé poblados los campos; los niños, mozos; los mozos, hombres; los hombres, viejos; y los viejos, fallecidos; las plazas, calles; y las calles muy de otra manera, con mucha mejoría en todo (2º p. 622)

3.2.4. Digresiones morales

Nos centraremos a continuación en las digresiones moralizantes, que presentan en la obra una función principal: persuadir intelectual o afectivamente al lector. Esta intención está directamente relacionada con la función de atalaya que el Guzmán adulto pretende realizar desde galeras y justifica el relato de su vida, un *exemplum ex contrario* que advierte a los lectores sobre los pasos que no se deben dar para prosperar. Dado el didactismo de la obra, la presencia de digresiones y sermones del escarmentado narrador será muy destacada. En cuanto a la *compositio*, el enlace de razones y argumentos en búsqueda de la persuasión por vía intelectual determina el predominio del período circular en las definiciones de conceptos, elemento fundamental en las digresiones; sin embargo, también se utiliza el período de miembros, con el que se refuerza la argumentación por acumulación (*congeries*) y a través de recursos que permiten la moción de los afectos del receptor. Finalmente, en las pruebas intra-técnicas (*auctoritas, exemplum y similitudo*) que con frecuencia se integran en las digresiones predominará el estilo suelto, con el que se narra la anécdota de la que se extrae la lección.

3.2.4.1. Definiciones de conceptos

En muchas ocasiones Guzmán estructura sus digresiones procediendo "de la definición a lo definido" (1ª p. 29), como ocurre en la disposición general de la obra, iniciada con "una parodia consciente de las *disputationes* universitarias", pues Guzmán acude "a un principio metodológico de la lógica escolástica, según el cual era imprescindible comenzar por la definición del asunto tratado para poder construir así una argumentación correcta" (Gómez Canseco 2012: 29).

Las definiciones de conceptos tienen un gran peso en las digresiones del *Guzmán*. En palabras de Francisco Rico:

La definición –no se olvide que, en cierto modo, la *Atalaya* en su conjunto es una definición– se instala triunfalmente en las páginas de Mateo: aislada, como sentencia inapelable del maestro, o –mejor– en serie cortada (en que cada pausa invita a la reflexión) para ir mostrando con buen orden los distintos aspectos de una idea; visualizada con una imagen o amplificada por procedimientos conceptuales es en cualquier caso altamente denotadora del didactismo que informa toda la novela (1983: 67)

Las definiciones del *Guzmán* suelen elaborarse con ideas que proceden del propio concepto definido y casi nunca de anécdotas externas⁵⁰. Muchas de ellas están redactadas en período circular⁵¹, como resulta esperable de un texto que pretende informar y convencer por vía intelectual, aunque se trate de una definición amplificada mediante ideas subjetivas⁵² del narrador en su madurez. A pesar de ello, Alemán también emplea a menudo el período de miembros para contraponer distintas vertientes de una misma idea, así como para encarecer los rasgos positivos o negativos del asunto central de la definición. Dichos asuntos no son siempre abstractos, sino que en ocasiones son objetos o lugares concretos los que se definen; así lo ilustra el siguiente ejemplo, *congeries* en período de miembros que acumula metáforas para definir la cárcel:

No me cogió tan desnudo este día que me faltasen dineros con que sustentar la tela y hacer la guerra; mas es la cárcel de calidad como el fuego, que todo lo consume, convirtiéndolo en su propia sustancia. Largas experiencias hice de ella y por mi cuenta hallo ser un molino de viento y juego de niños: ninguno viene a ella que no sea molinero y muela, diciendo que su prisión es por un poco de aire, un juguete, una niñería. Y acontece a veces traer a uno de estos por tres o cuatro muertes, por salteador de caminos o por atrocísimos y feos delitos. Ella es un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos donde cada uno grita y trata de sola su locura (2ª p. 722)⁵³

En algunos casos se introduce en medio del razonamiento del período circular un pasaje en período de miembros, tras el cual se regresa al circular para rematarlo⁵⁴, o

⁵⁰ Cros lo denomina "argumentación *intrínseca*" (1971: 76).

⁵¹ Pueden encontrarse ejemplos de ello en el apéndice (9.5.1.).

⁵² Retóricamente, las definiciones son a menudo orientadas por el autor en función de su tesis moral. Como defiende Heinrich Lausberg, dado que esta "se propone un fin parcial [...], viene al caso revestirla con elementos emocionales y narrativos", por lo que "puede intensificarse y constituir una evocación patética del objeto. La definición, revestida así de carne y vivificada por la sangre, evita el áspero sistematismo escolar y se propone influir en el entendimiento y decisión del público (juez) en el sentido que le interesa" (1966: §111, 139-140); así ocurre generalmente en el *Guzmán*. En otras palabras: "la definición retórica no es objetiva; sirve generalmente «para la alabanza o el vituperio» (Luis de Granada, L. V, cap. XIII) y trata de suscitar ciertos afectos en el oyente, de donde esas largas enumeraciones que acumulan en torno al objeto vituperado o elogiado una convergencia nutrida de metáforas" (Cros 1971: 83).

⁵³ Otros casos en que se emplea el período de miembros para la definición de conceptos pueden encontrarse en el apéndice (9.5.2.).

⁵⁴ Tercer ejemplo del apartado 9.5.5. del apéndice, p. 32.

bien se presenta una argumentación en período de miembros con cierre circular⁵⁵. Estas combinaciones intentan persuadir al lector tanto por vía intelectual como por la moción de sus afectos. Para esto último es fundamental el empleo de numerosas figuras de repetición, como la anáfora y el *isocolon*.

3.2.4.2. Pruebas intra-técnicas

Como señala Francisco Rico, en el *Guzmán* "los «conceptos, dichos y sentencias» petrificados se han organizado en un devenir" (1983: 59). En este sentido, indica este crítico que:

Alemán sabe manejar con soltura los *Larousse* de sus días (Plinio, Pero Mexía, Ravisio Textor, *Apotegmas* de Erasmo, *Morales* de Plutarco...) o echar mano oportunamente de sus bien sedimentadas lecturas (Horacio, Ovidio, Cicerón, Séneca, Boecio...). La conveniencia de citas, alusiones mitológicas, anécdotas clásicas, era universalmente reconocida; el saber que en ellas adivinaba el discreto lector, respetado y admirado (1983: 59-60)

Son numerosas las ocasiones en que Guzmán refuerza su argumentación en las digresiones recurriendo a pruebas retóricas intra-técnicas, "propias del arte" (Aristóteles, *Ret.*, I, 2.2.) o externas al asunto⁵⁶. Se trata de aquellas "que pueden prepararse con método y por nosotros mismos" (*Ret.*, I, 2.2). En el *Guzmán* destacan la argumentación por autoridades, el *exemplum*, la *similitudo* y, finalmente, la *sententia*⁵⁷. Sus características implican en buena medida el predominio de una determinada *compositio* sintáctica.

Como señala Heinrich Lausberg, la *auctoritas* pertenece a las pruebas "traídas de fuera de la *causa*" y "se basa en un dato histórico" (1966: §426, 358). Se trata, en palabras del mismo autor, de "una sentencia general tomada del folklore o de la poesía y que el orador pone en relación con la *causa* en sentido favorable" (1966: §426, 358). Como en la Antigüedad y la Edad Media, el principio de autoridad tiene un gran peso en

⁵⁵ Segundo ejemplo del apartado 9.5.5. del apéndice, p. 32.

⁵⁶ Aunque este trabajo no se ocupe de la argumentación, existe una relación bastante estrecha entre el carácter de la *probatio* y el tipo de *compositio* empleado. El otro tipo de pruebas son las inartísticas, extra-técnicas o internas al asunto. Estas no son creadas por la retórica, no dependen directamente del orador: "son hechos dados preexistentes a la causa misma, tales como leyes, testigos o confesiones (bajo tormento)" (Casas Rigall 1994: 812). Sin embargo, sí pertenece al terreno retórico el "aprovechar dichas pruebas *summīs eloquentiae viribus* (Quint. 5,1,2,) en el sentido de la *utilitas* de la causa" (Lausberg 1966: §352, 299). Dado que todo el *Guzmán* se presenta como la confesión del pícaro, su autobiografía funciona como *testimonium*, tipo de *probatio* de carácter extra-técnico.

⁵⁷ También pertenece a este tipo de pruebas el *argumentum* (Casas Rigall 1994: 814-815). La *sententia* es "un pensamiento «infinito»" que en cuanto prueba "entraña una *auctoritas* y está próxima al *iudicatum*" (Lausberg 1967: § 872, 269).

los siglos XVI y XVII y, en consecuencia, el empleo de dichos y hechos tomados de autoridades no solo refuerza la argumentación, sino que además garantiza la credibilidad del orador.

En general, la argumentación por autoridades se integra en las digresiones moralizantes del narrador, Guzmán en su madurez. Así lo ilustra el siguiente pasaje, en el que el carácter sentencioso de la cita bíblica se integra en un razonamiento construido en período circular:

Como el hombre sea perfecto animal racional, criado para la eternidad, semejante a Dios, como Él dice, que, cuando lo quiso hacer, asistiendo a ello la Santísima Trinidad, dijo: «Hagámosle a nuestra imagen y semejanza» (también te pudiera decir cómo se ha de entender esto; mas no es este su lugar), quedó el hombre hecho, saliendo con aquel natural, todos inclinados a querernos endiosar, aveciándonos cuanto más podemos, y siempre andamos con esta sed secos y con esta hambre flacos (1ª p. 274)

En la argumentación por autoridades predomina el estilo suelto; esta sintaxis favorece la concisión y claridad habituales en las anécdotas y ejemplos tomados de aquellas y relatados por Guzmán⁵⁸, y se adecua a la sencillez temática y argumentativa que exige la biografía de un pícaro, a pesar de sus estudios. Destacan aquellos pasajes en los que este recurre a antiguos filósofos:

Allá nos dice Aviano, filósofo, en sus fábulas, que aun los asnos quieren engañar; y nos cuenta de uno que se vistió el pellejo de un león para espantar a los animales y, buscándolo su amo, cuando lo vio de aquella manera, que no pudo cubrirse las orejas, conociéndole, dióle muchos palos y, quitándole la piel fingida, se quedó tan asno como antes (2ª p. 447)

Esta tendencia al empleo del estilo suelto en la argumentación por autoridades no impide que la *compositio* se adapte al tipo de discurso y su finalidad. Para apoyar su crítica a la corrupta actitud de los escribanos⁵⁹, Guzmán recurre a la autoridad de "lo que en la iglesia de San Gil de Madrid predicó a los señores del Consejo Supremo un docto predicador un viernes de la cuaresma" (1ª p. 39). Su sermón presenta algunos pasajes en estilo suelto (sobre todo al inicio y final) y período circular, pero en él predomina el período de miembros, cuya expresividad –afín a la retórica afectiva del sermón– subraya la cantidad de pecadores que enmendaron sus conductas, y la negativa excepción de los escribanos, que jamás presentan señales de salvación.

⁵⁸ En muchos casos Guzmán utiliza anécdotas traídas de autoridades a modo de *exempla*, como ocurre en su argumentación contra el destierro. El de Demóstenes (2ª p. 458) se narra en *peribole* (apéndice, 9.5.3.3., pp. 30-31).

⁵⁹ Se trata del primer ejemplo del apartado 9.5.5. del apéndice, pp. 31-32.

La mayoría de las digresiones presentes a lo largo del *Guzmán* incluyen pruebas de carácter intra-técnico o externo al asunto tratado. Pero estas abarcan no solo la *auctoritas*, sino también el *exemplum* y la *similitudo*, en los que nos centraremos a continuación⁶⁰.

Guzmán se sirve en muchas ocasiones de estos dos recursos para reforzar su argumentación aludiendo a hechos o dichos concretos que no proceden de autoridades⁶¹, sino de situaciones cotidianas que presentan una relación de semejanza con lo expuesto. Como defiende Francisco Rico, Alemán "parte muy a menudo, para la estructuración de sus episodios, de un concepto moral, que ilustra y particulariza con un lance concreto del pícaro" (1983: 14). Además:

En el plano principal de los *consejos* (sean éstos meditaciones presentes del escritor, reflexiones pasadas del pícaro o sermoneo ocasional de algún otro personaje, introducidos como punto de arranque teórico del novelar o realmente digresión generalizadora a partir del suceso particular), cuando de alguna extensión, los distintos núcleos ideológicos suelen ilustrarse con células narrativas, total o parcialmente desvinculadas del relato biográfico, según la vieja tendencia a hacer agradable la enseñanza con *exempla* (1983: 49-50)

Estos suelen ser de carácter breve y están narrados generalmente en estilo suelto⁶²; así ocurre en el siguiente ejemplo, que anticipa lo que se narrará a continuación e incluso la argumentación que le sucede. En él, este tipo de *probatio* se emplea no como *exemplum simile*, es decir, por semejanza con su propia situación o con la de la argumentación, sino como *exemplum contrarium*⁶³:

Dicen de Circes, una ramera, que con sus malas artes volvía en bestias los hombres con quien trataba; cuáles convertía en leones, otros en lobos, jabalíes, osos o serpientes y en otras formas de fieras, pero, juntamente con aquello, quedábales vivo y sano su entendimiento de hombres, porque a él no les tocaba. Muy al revés lo hace agora estotra ramera, nuestra ciega voluntad, que, dejándonos las formas de hombres, quedamos con entendimiento de bestias (2ª p. 687)⁶⁴

⁶⁰ El *exemplum* es "un caso particular, limitado a las *res gestae* de fuente histórica o literaria, de la *similitudo* (Quint. 5, 11, 5-6 = παραβολή) general" (Lausberg 1966: §422, 355). Por su parte, "la *similitudo* es, como el *exemplum*, una *probatio* traída de fuera" (1966: §422, 355), generalmente breve, pero que además "se limita a aquellos dominios que caen dentro de la experiencia general y natural de todo público" (1966: §422, 356).

⁶¹ Ya se ha observado que el *exemplum* aparecía en muchas de las referencias a autoridades, pues se tomaba de ellas precisamente la narración de uno.

⁶² Esto también se debe a que la historia está narrada por Guzmán, por lo que el decoro en principio exige esta *compositio*. Son además muy frecuentes los apólogos, sobre todo de tipo mitológico. El carácter de estos relatos encuentra en el estilo suelto el tipo de *compositio* idóneo.

⁶³ Véase Lausberg (1966: §420).

⁶⁴ Para más *exempla* en estilo suelto véase el apéndice (9.5.3.1.).

En ocasiones el narrador pasa de forma fluida del estilo suelto al período circular en el *exemplum*; en el siguiente pasaje, aquel deriva en una leve circularidad debido al gusto de Alemán por señalar detalles y circunstancias de la acción:

Yo conocí en Sevilla un hombre casi su semejante [a su suegro], aunque de poca honra, el cual trataba de solo trasladar sermones y le pagaban a medio real por pliego; el cual, como lo hubiese menester para que me trasladase cierto proceso dentro de mi casa y se tardase mucho en volver a trabajar después de mediodía, diciéndole yo que cómo se había detenido tanto, me respondió que había ido muy lejos a comer (2ª p. 688)

Esta tendencia de Alemán explica que encontremos también algunos casos de período narrativo, que presenta la acción de manera muy detallada; así ocurre en el siguiente ejemplo, donde el detalle narrativo refuerza la argumentación de Guzmán acerca de lo habitual de la pomposidad:

Así acontece ordinario y se vio en un caballero extranjero que en Madrid conocí, el cual, como fuese aficionado a caballos españoles, deseando llevar a su tierra el fiel retrato, tanto para su gusto como para enseñarlo a sus amigos, por ser de nación muy remota y no siéndole permitido ni posible llevarlos vivos, teniendo en su casa los dos más hermosos de talle que se hallaban en la corte, pidió a dos famosos pintores que cada uno le retratase el suyo, prometiendo, demás de la paga, cierto premio al que más en su arte se extremase (1ª p. 30-31)⁶⁵

A pesar de la aparente gravedad que domina en la obra, plagada de digresiones moralizantes y protagonizada por un pícaro dotado "de rasgos trágicos" (Rico 1970: 139)⁶⁶, en ocasiones el narrador inserta, a propósito de algún diálogo, comentario o moralización, un *exemplum* cotidiano cuyo origen popular lo sitúa en la tradición de la facecia. Generalmente son presentados como un recuerdo repentino del propio Guzmán que se interpola por la coincidencia con lo tratado recientemente. También funcionan como recurso que alivia la carga moral de la obra, aportándole una mayor variedad tonal. Además, el humor⁶⁷ está justificado por provenir de la voz de un pícaro, pues,

⁶⁵ Como señala habitualmente la crítica, Alemán formula su poética de forma indirecta a través de este *exemplum* situado al inicio de la obra y de otro, también de asunto pictórico, colocado en la parte final de la misma. Para más *exempla* en período narrativo o en estilo suelto próximo al período derivado del detalle narrativo, véase el apéndice (9.5.3.3.).

⁶⁶ Como tal, conmueve a los lectores, principalmente en los pasajes en que el narrador recurre al período de miembros o incisos, muy útil para este fin. Además, tanto Guzmán en su madurez como Guzmanillo, joven pícaro, presentan la edad apropiada para ello, pues, como defiende López Pinciano, "más mueven los niños y viejos que los de media edad" (aunque también más el bueno que el malo, y por ello intenta justificar el narrador sus hechos pasados) (1953, t. II, 339-440). Más detalles ofrece Cavillac (2010: 210-211).

⁶⁷ En palabras de Victoriano Roncero: "se trata de un humor aprendido sobre todo en la tradición popular tamizada por el anónimo autor del *Lazarillo*, aunque Alemán por la mayor extensión de su novela lo amplía teniendo siempre en cuenta la finalidad moralizante del *Guzmán de Alfarache* y la cultura barroca dentro de la cual fue concebido" (2010: 114).

como afirma uno de los personajes de Suárez de Figueroa⁶⁸, contemporáneo de Alemán, es "error poner en la fábula [cómica] hechos de principales, por no poder inducir risa, pues forzosamente ha de proceder de hombres humildes"⁶⁹. En todos ellos domina el estilo suelto, por la claridad y concisión que exigen los textos que buscan provocar la risa del lector:

De esta manera pasó con un regidor, que, viéndole un viejo de su pueblo exceder su obligación, le dijo: –¿Cómo, Fulano N.? ¿Eso es lo que juraste, cuando en ayuntamiento os recibieron, que habíades de volver por los menudos? Él respondió diciendo: –¿Ya no veis cómo lo cumplo, pues vengo por ellos cada sábado a la carnicería? Mi dinero me cuestan. ...Y eran los de los carneros (1ª p. 73)⁷⁰

Al igual que ocurre con el *exemplum*, también la *similitudo* tiende a estar narrada en estilo suelto; así lo ilustra el siguiente pasaje, en el que Guzmán pasa de forma fluida desde el *exemplum* a este otro tipo de *probatio* intra-técnica:

Yo conocí uno que, porque un galán de su mujer se amancebó con otra, se fue a él y diciéndole que por qué faltas que le hubiese hallado había dejádola; y le dio dos puñaladas, aunque no murió de ellas. Estos tales van al bodegón por la comida, por el vino a la taberna y a la plaza con la espuerta; pero los más honrados hasta que dejen la casa franca y se vayan a la comedia o al juego de los trucos, cuando acaso les faltan las comisiones. No hiciera yo por ningún caso lo que algunos, que, cuando en presencia de sus mujeres alababan otras algunas buenas prendas de damas cortesananas, les hacían ellos que descubriesen allí las suyas, loándoselas por mejores. Mas en cuanto una tática permisión sin género de sumisión, esa ya yo estaba dispuesto a ella (2ª p. 691)⁷¹

Las moralizaciones suelen ir cargadas de consejos o advertencias al lector⁷². En estos casos es bastante habitual el período de miembros sentenciosos, aquí subrayados por la solemnidad que caracteriza a este tipo de sintaxis, vinculada a la *sententia*⁷³. Como refleja el siguiente pasaje, es un rasgo frecuente en la obra la intercalación de refranes en los miembros:

Nunca debe la injuria despreciarse ni el que injuria dormirse, que debajo de la tierra sale la venganza, que siempre acecha en lo más escondido de ella. De donde no piensan suele saltar la liebre. No se confíen los poderosos en su poder ni los valientes en sus fuerzas, que muda el tiempo los estados y trueca las cosas (2ª p. 562)⁷⁴

Como vemos, las digresiones son fundamentales en el *Guzmán*, pues en ellas el narrador intenta persuadir al lector de manera constante, concediéndole así un papel

⁶⁸ Seguimos aquí a Francisco Rico (1970: 138).

⁶⁹ *El pasajero*, ed. de López Bascuñana (1988: 222).

⁷⁰ Más casos de este tipo de *exempla* en estilo suelto se encuentran recogidos en el apéndice (9.5.3.1.).

⁷¹ Se recoge otro caso en el apéndice (9.5.3.2.).

⁷² No olvidemos que toda la obra es una especie de consejo o guía moral (véase 2ª p. 374).

⁷³ La fuerza expresiva de la sintaxis sentenciosa se reconocía en las retóricas, donde se le atribuía la cualidad de la solemnidad, que se vinculaba a la *sententia*. Sobre este nexo, véase la nota 22.

⁷⁴ Para más digresiones en período de miembros sentenciosos, véase el apéndice (9.5.4.).

muy destacado. De hecho, "aceptar el relato de Guzmán es, para el narratario, lo mismo que aceptar su conversión; de ahí la necesidad que tiene de persuadirle de su legitimidad como narrador", como afirma Cabo Aseguinolaza, quien defiende también que el destinatario es sometido a un "intento fundamentalmente persuasivo, antes que admonitorio o doctrinario" (1992: 122). En dicho intento persuasivo Alemán suele recurrir al período circular y de miembros, pues tanto la fuerza argumentativa del primero como la intensificación de ideas que permite el segundo contribuyen al convencimiento del lector. A estos dos tipos de *compositio* debe añadirse el estilo suelto, que aparece en aquellas ocasiones (autoridades y *exempla*, sobre todo) donde esa intención de influir en el lector implica la narración de una anécdota de la que se extrae una enseñanza.

3.2.5. Relatos intercalados

Como veremos en los siguientes apartados, a pesar de que destaque la oposición entre narración y digresiones moralizadoras, la obra se enriquece con otro tipo de recursos. Como defiende Anthony Close, el *Guzmán* "es a la vez una especie de «Guía de pecadores» y «Silva de varia lección», no sólo glosada con un comentario moral y satírico sino también amenizada e ilustrada con ejemplos, fábulas, cuentos, apotegmas, más todos los recursos de la *amplificatio* retórica" (2007: 110)⁷⁵. El propio narrador advierte acerca de la inevitabilidad de las interpolaciones, elementos que enriquecen la obra por su variedad:

Esto también es diferente de lo que aquí tengo de tratar y pide un entero libro. De mi vida trato en este: quiero dejar las ajenas, mas no sé si podré, poniéndome los cabes de paleta, dejar de tiralles, que no hay hombre cuerdo a caballo (1ª p. 74)

Yo también he ido tras de mi pensamiento, sin pensar parar en el mundo; mas, como el fin que llevo es fabricar un hombre perfeto, siempre que hallo piedras para el edificio, las voy amontonando. Son mi centro aquestas ocasiones y camino con ellas a él. Quédese aquí esta carga, que, si alcanzare a el tiempo, yo volveré por ella y no será tarde (2ª p. 441)⁷⁶

Al contrario que las digresiones moralizantes, los relatos intercalados no son demasiado numerosos, si por tales entendemos aquellas historias "de cierta extensión,

⁷⁵ Al igual que Cervantes, Alemán considera la obra como "armazón en la que se incrustan diversos tipos de ornamentación pegadiza, diseñados bien para la diversión del lector, bien para su edificación y provecho" (2007: 123).

⁷⁶ Estas ideas no constituyen un caso aislado en la época, sino que la variedad fue motivo de preocupación en toda la literatura áurea. El propio Cervantes incluye digresiones teóricas sobre ello en la segunda parte de su *Quijote*. Al igual que este, Alemán se preocupa por la variedad temática, por lo que fusiona géneros literarios.

con un mínimo de coherencia y cuyo origen y desarrollo, aunque no forzosamente su desenlace", carecen de relación con el protagonista (Riley 1989: 100). En esta obra suelen ser presentados como alivio o medio de evasión de la realidad cotidiana⁷⁷, por lo que engloban personajes de origen y vida muy distantes a los del pícaro.

Nos centraremos a continuación en los pasajes narrativos de estos relatos, dado que en apartados anteriores hemos hecho referencia a la *compositio* en diálogos y descripciones.

Los relatos intercalados principales son cuatro. A pesar de que no tienen un propósito argumentativo⁷⁸, sí presentan una funcionalidad en la obra: mantener el interés del lector, dado que, además de alejarse de la historia de Guzmán, incluyen en su narración lo que en dicho relato falta: el amor⁷⁹, como ocurriría en la primera parte del *Quijote*. Dos de ellos pertenecen a la primera parte del *Guzmán*, y los otros dos, basados en la *novella* italiana, a la segunda. Además, tres de ellos cierran libros dentro de la obra.

El relato intercalado más extenso es el de Ozmín y Daraja, narrado por el más joven de los clérigos que acompañan a Guzmán y al arriero a Cazalla "para olvidar algo de lo pasado y entretener el camino con algún alivio" (1ª p. 112). Por tanto, esta historia con toques moriscos y bizantinos, frente a lo que ocurría en las digresiones moralizantes, no tiene otra funcionalidad que el entretenimiento de los oyentes hasta llegar a su destino. El Guzmán adulto nos la traslada de manera no demasiado fidedigna, sino menos "dilatada y con alma diferente" (1ª p. 157). Este propósito de abreviar el relato para que pueda ser contado en un breve espacio de tiempo encuentra en el estilo suelto la concisión y fluidez idóneas:

Y con las ansias de la ejecución, procurando alcanzar a ver a su querida esposa, cobró aliento y algún esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas que podían dañarle. Despidió las tristezas y melancolías, pensaba solamente cómo tener salud. Con esto vino a cobrar mejoría, a desesperación de todos los que le vieron llegar a tal punto (1ª p. 117)

⁷⁷ Ya sea como sosiego en las etapas del viaje, entretenimiento en los momentos de ocio o consuelo tras episodios trágicos, entre otros.

⁷⁸ Aquellos fragmentos interpolados que "vienen bien" (2ª p. 506), es decir, que presentan esta funcionalidad, son los que hemos analizado como argumentación por autoridades, *exempla* o *similitudines*, mientras que a los que carecen de ella los denominamos relatos intercalados.

⁷⁹ Donald McGrady considera que cada uno de estos relatos desarrolla este tema desde una vertiente distinta: amor puro (Ozmín y Daraja), amor cortés (Dorido y Clorinia) y amor adúltero (don Luis de Castro). A su vez, cada historia ejemplifica uno de los tres niveles de la teoría amorosa renacentista: *amor purus*, *amor mixtus* y *amor ferino*. La historia de Bonifacio y Dorotea correspondería al último paso del *amor ferino*: el abuso sexual (1968: 167).

En ocasiones el estilo suelto deja paso al período de miembros en esta historia intercalada. Como hemos visto antes, este tiene una función enfática, que encarece lo que se está exponiendo al incidir en aspectos positivos o negativos. En el siguiente pasaje se subraya la antítesis entre el comportamiento hipócrita de los enemigos de don Rodrigo y su opinión y sentimientos verdaderos:

Todo lo temía y más a don Rodrigo, a quien él y los otros competientes tenían gran odio por su arrogancia falsa. Cautelaba con ella, para que los otros desistiesen, desmayados en creer sería el origen de ella los favores de Daraja. Hablábanle bien, queríanle mal; vertíanle almíbar por la boca, dejando en el corazón ponzoña; metíanlo en sus entrañas, deseando vérselas despedazadas; hacíanle rostro de risa y era la que suele hacer el perro a las avispas: que tal es todo lo que hoy corre, y más entre los mejores (1ª p. 132)⁸⁰

Más numerosos son los pasajes en período de tipo narrativo, determinado por el decoro que exige el ambiente cortesano de la historia, pues, como defiende Rico, en el siglo XVII "el tono y la categoría de una fábula eran inseparables del estamento en que se centraba la acción" (1970: 138). Pero la elección de este tipo de *compositio* también se debe al detallismo que en ocasiones busca el narrador de la historia, deteniéndose en adyacentes o pormenores:

Luego comenzó a convalecer. Y apenas podía tenerse sobre sí, cuando, previniéndose para guía de un moro lengua que a los reyes de Granada mucho sirvió mucho tiempo de espía, joyas y dineros para el viaje, en un buen caballo morcillo, un arcabuz en el arzón de la silla, su espada y daga ceñida, en traje andaluz, salieron de la ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabían bien la tierra (1ª p. 117)

La historia de Dorido y Clorinia, deudora de la *novella* italiana, el amor cortés y la mitología clásica (McGrady 1968: 158), cierra la primera parte de la obra. Es contada por un gentilhomme napolitano (luego sabremos su nombre: César) en una sobremesa, como ocurriría con *El curioso impertinente* en la primera parte del *Quijote*. Predomina en su narración el estilo suelto, aunque también en ella la nobleza de los personajes y el detalle de las circunstancias –amorosas, en este caso– se refleja en pasajes en período narrativo:

Es verdad que a Clorinia, como bien enamorada, nada se le ponía por delante para mostrarse a Dorido todas las veces que por la calle pasaba; porque tenía pared en medio de su ventana otra de una amiga suya, que con más libertad, por ser casada, siempre podía residir a ella. Y como le hubiese dado cuenta de sus amores, cuando pasaba Dorido, le daba cierta seña, con que luego salía por verlo y así recibía de su amante lo que con esta avaricia podía (1ª p. 330-331)

⁸⁰ Pueden encontrarse más ejemplos de período de miembros en los relatos intercalados en el apéndice (9.6.2.).

De nuevo es César el que cuenta la historia de don Luis de Castro, también en una sobremesa⁸¹. La historia está narrada mayoritariamente en estilo suelto, como ilustra el siguiente ejemplo, en cuya parte final aparece el período circular narrativo cuando se acumulan detalles y circunstancias:

—Residiendo en Valladolid el condestable de Castilla, don Álvaro de Luna, en el tiempo de su mayor creciente, gustaba muchas veces madrugar las mañanas del verano y salirse a pasear un poco gozando del fresco por el campo; y, después de haber hecho algún ejercicio, antes que le pudiese ofender el sol, se recogía. Una vez de estas, habiéndose alargado y detenido algo más de su ordinario por un alegre jardín que a la orilla del río Pisuerga estaba, recreándose de ver su varia composición, hermosas flores, alegres arboledas y sabrosas frutas, entró el calor, de manera que, temiendo la vuelta y con el gusto de tanta recreación, determinó quedarse, gozándola hasta la noche (2ª p. 410)

El último de los relatos intercalados principales es el de Bonifacio y Dorotea, que cierra el segundo libro de la segunda parte de la obra y es contado a petición del capitán por un curioso forzado. Su propósito es regalar y alegrar a Guzmán, que finge pesadumbre tras la muerte de Sayavedra. Aunque en él predomina el estilo suelto, de nuevo la acumulación de pormenores y detalles de la acción motiva el empleo del período de tipo narrativo.

Además de los cuatro presentados, Alemán incluye en su obra otros relatos, algunos de tipo histórico, aunque más breves que los anteriores. Uno de los primeros se centra en la batalla de Ravena, en cuya narración predomina el estilo suelto. Guzmán justifica ante el lector su inclusión en la obra: no defiende su valor ilustrativo de la argumentación precedente, como ocurría con los *exempla*, sino que afirma: "a ti te servirá de aviso y a mí de consuelo, como mal de muchos" (1ª p. 45). Posteriormente se nos presentan la historia de Pantalón Castelleto, narrada igualmente en estilo suelto, así como la del principio y fundación de la ciudad de Florencia; esta es contada por Sayavedra con una única finalidad: el entretenimiento del oyente. En este caso la narración está hecha en *peribole*⁸²:

Comenzó a discurrir luego desde las guerras civiles, a quien Catila dio principio entre los de Fiesole florentines; las pérdidas que tuvieron ya los del bando romano, ya su enemigo Bela Totile; cómo, en tiempo del papa León III, el emperador Carlo Magno envió un grueso ejército contra los fiesolanos, dejando a Florencia reedificada en poder de los florentines, hasta que el papa Clemente VII y el emperador Carlos V, por fuerza

⁸¹ En realidad se trata de dos extensos monólogos a través de los cuales don Luis y don Rodrigo, los personajes principales del relato, narran sus historias de amor con la intención de ganar la sortija prometida por don Álvaro de Luna.

⁸² Para más ejemplos de período narrativo en los relatos intercalados, véase el apéndice (9.6.3.).

de armas, la ganaron para restituir en su antigua posesión, de que había sido despojada la casa de los Médicis, que sucedió en el año de 1529; y cómo desde allí en adelante siempre fueron gobernados por la cabeza de un príncipe (2ª p. 467-468)

También podríamos incluir dentro de las historias intercaladas la del propio Sayavedra, relatada por él mismo en una conversación con Guzmán. Como corresponde tanto al diálogo como a la posición del personaje en la sociedad, está contada en estilo suelto⁸³, el tipo de *compositio* predominante en la narración.

3.2.6. Géneros paródicos: testamento jocoso y premáticas burlescas

Entre los textos intercalados en el *Guzmán* deben señalarse estos dos géneros paródicos, que responden al mismo deseo de lograr amenidad y entretenimiento a través de la variedad. Por lo que al estilo se refiere, su carácter paródico –esto es, de imitación burlesca– hace que respeten los rasgos fundamentales de sus modelos.

Así sucede en el testamento jocoso, que presenta el estilo enumerativo propio de estos escritos. El siguiente pasaje es introducido por Guzmán en un diálogo con Sayavedra:

Mas el honrado padre, deseando dejarlos en paz y que cada uno reconociese su parte, acordó de hacer su testamento, repartiendo las mandas en la manera siguiente: «Mando que mi lengua, después de yo fallecido, se dé a mis hijos los aduladores y maldicientes; a los airados y coléricos, la cola; los ojos, a los lacivos; y el seso, a los alquimistas y judicarios, hombres de arbitrios y maquinadores. Mi corazón se dé a los avarientos; las orejas, a revoltosos y cizañeros; el hocico, a los epicúreos, comedores y bebedores; los huesos, a los perezosos; los lomos, a los soberbios; y el espinazo, a porfiados. Dense mis pies a los procuradores; a los jueces, las manos; y el testuz, a los escribanos. La carne se dé a pobres y el pellejo se reparta entre mis hijos naturales» (2ª p. 531-532)

Las pragmáticas burlescas son parodias de texto legal ajenas en principio a la historia del pícaro, aunque puedan contribuir a su aprendizaje. Como defiende Maxime Chevalier, "este género es de los más tardíos entre los géneros jocosos"⁸⁴ (1992: 76). Por su parte, Ignacio Arellano señala que:

Pocas fórmulas ofrecen mayores posibilidades al autor satírico que la de las premáticas: las series de imposiciones y prohibiciones se prestan admirablemente para ridiculizar vicios o excesos rechazables, y no es raro que una premática oficial y una parodia burlesca coincidan en los objetos de sus disposiciones. La proliferación de estas

⁸³ Pueden encontrarse más ejemplos de relatos intercalados en estilo suelto en el apéndice (9.6.1.).

⁸⁴ Ello se debe a que este no podía ser anterior a la multiplicación de las pragmáticas, y a que "la manía reglamentaria de los estados modernos mal podía desarrollarse plenamente antes del triunfo de la imprenta", en palabras de Maxime Chevalier, quien sitúa las de Alemán y Quevedo como unas de las más tempranas manifestaciones de este género, aunque sin negar la posibilidad de que otras se escribieran con anterioridad (1992: 76).

leyes y ordenanzas en el reinado de los Austrias provoca, además, el auge de sus parodias (1984: 220)

En primer lugar encontramos las *Ordenanzas mendicativas* que por escrito le refiere un muchacho a Guzmán para instruirle en la bribiática. La estructura circular de su exordio se amplifica en la prótasis con la sucesión de miembros que pretenden subrayar de forma humorística el carácter universal del pedir y, con ello, la necesidad de esta premática:

Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir y por él son diferenciadas y conocidas, como son los alemanes cantando en tropa, los franceses rezando, los flamencos reverenciando, los gitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos con arengas, los castellanos con fieros, haciéndose malquistos, respondones y malsufridos, a estos mandamos que se reporten y no blasfemen, y a los más que guarden la orden (1ª p. 262)

Esta sintaxis en período circular es la habitual en los distintos artículos de la premática, donde también encontramos la amplificación lograda por los miembros e incisos:

Que puedan dos enfermos o lisiados andar juntos y llamarse hermanos, con que pidan a remuda y, entonando la voz alta, el uno comience de donde el otro dejare, yendo parejos y guardando cada uno su acera de calle, y, no encontrándose con las arengas, cante cada uno su plaga diferente y partan la ganancia; pena de vuestra merced (1ª p. 263)

El *Arancel de necedades*, como señala Gómez Canseco, es "un texto festivo autónomo –paralelo en la obra con las *Ordenanzas mendicativas*– que llegó a circular en pliego suelto y cuya autoría mantiene un pleito abierto entre Mateo Alemán y Francisco de Quevedo" (2012: 609). Coincide en autonomía con los relatos intercalados, con quienes enlaza además por el hecho de que ni su protagonista ni su narrador (aunque sí su transcriptor) es Guzmán. En este caso, es el hésped o amo de la posada de Zaragoza el que lee en unos pliegos sueltos⁸⁵ las ordenanzas, de las cuales Guzmán nos transmite algunas que le "quedaron en la memoria" (2ª p. 609).

Dado su carácter de texto jurídico (aunque burlesco), el *Arancel* comienza con un período circular cuyas prótasis y apódosis se amplifican dando cabida a las diferentes circunstancias y condicionantes legales:

Nos, la Razón, absoluto señor, no conociendo superior para la reformación y reparo de costumbres, contra la perversa necedad y su porfía, que tanto se arraiga y

⁸⁵ Algo similar ocurriría con *El curioso impertinente*, leído de "ocho pliegos escritos de mano" (1ª p., XXXII, 410), en la primera parte del *Quijote*.

multiplica en daño notorio nuestro y de todo el género humano, para evitar mayores daños, que la corrupción de tan peligroso cáncer no pase adelante, acordamos y mandamos dar y dimos estas nuestras leyes a todos los nacidos y que adelante sucedieren, por vía de hermandad y junta, para que, como tales y por Nos establecidas, las guarden y cumplan en todo y por todo, según aquí se contiene y so pena de ellas (2ª p. 609-610)

También las normas o leyes están narradas predominantemente en período circular, como refleja el siguiente ejemplo:

Los que brujulean los naipes con mucho espacio, sabiendo cierto que no por aquello se les han de pintar o despintar de otra manera que como les vinieron a las manos, los condenamos a lo mismo. Y por causas que a ello nos mueven, se les da licencia que, sin que incurran en otra pena, sigan su costumbre, con tal condición que, cada vez que viere a el hermano mayor o pasare por su puerta, haga reconocimiento con descubrirse la cabeza (2ª p. 611)

3.2.7. Refranes y proverbios

La gran presencia de refranes⁸⁶, proverbios y frases hechas en el *Guzmán* es síntoma de una pluralidad de estilos ya mencionada anteriormente. Guzmán es un pícaro que se mueve por ámbitos muy diversos, "que hace chanzas y que sermonea como un dominico, que habla como un tahúr, pero que sabe «razonablemente la lengua latina, un poco de griego y algo de hebreo» (I, 3, 9)" (Gómez Canseco 2012: 821). En consecuencia, su estilo debe ser también versátil. El lenguaje empleado en la obra tenía que ser el siguiente:

Una lengua culta, pero que también se alimentara artificiosamente de elementos populares, en la que cupieran por igual alardes retóricos de elocuencia con latiguillos de la lengua coloquial, períodos que emulan a Cicerón en lengua castellana con ristras de refranes y chascarrillos, la sintaxis más sofisticadamente escolástica y los anacolutos del que finge hablar (Gómez Canseco 2012: 821-822)

Dentro de esa variedad destacan los refranes. Mateo Alemán "convirtió su libro en un compendio paremiológico", pero no se conformó con la repetición de fórmulas preexistentes, sino que "unas veces altera sutilmente los dichos tradicionales, otras los cita a medias y aun los contrahace" (Gómez Canseco 2012: 824).

Aunque Alemán inserta proverbios y refranes en todo tipo de pasajes, habitualmente estos son introducidos dentro de la narración en estilo suelto:

⁸⁶ Gómez Canseco recoge trescientos veintisiete distintos (2012: 1533-1540). Para la presencia de paremias en cada uno de los libros de la obra, véase Onieva (1974).

El día primero sentí mucho, aunque más el segundo, porque creció el cuidado y llovió sobre mojado. Había de comer y comía, que los duelos con pan son menos. Bueno es tener padre, bueno es tener madre; pero el comer todo lo rapa (1ª p. 159)⁸⁷

El período de miembros sentenciosos es el tipo de *compositio* idóneo para el enlace de varias paremias en sarta⁸⁸, como ocurre en los siguientes pasajes:

Con esto coseré a dos cabos, comeré con dos carrillos. Mejor se asegura la nave sobre dos ferros, que con uno: cuando el uno suelte, queda el otro asido. Y si la casa se cayere, quedando el palomar en pie, no le han de faltar palomas (1ª p. 51)

Todas eran matas y por rozar. De una parte malo y de otra peor. Si saltaba de la sartén, había de dar en las brasas. Y pensando en hallar un medio de buen encaje, veis aquí donde un criado tocó en mi aposento, que monsiur me llamaba. «¡Oh, desgraciado de mí! –dije luego–. ¿Qué haré, que me cogen las manos en la masa y a el pie de la obra, el hurto patente y por prevenir el despidiente?». «¡Ánimo, ánimo! –me respondí–. ¿Cuándo te suelen a ti arrinconar casos como este, Guzmán amigo? Aún el sol está en las bardas. El tiempo descubrirá veredas. Quien te sacó anoche del corral, te sacará hoy del retrete» (2ª p. 424)

3.2.8. Cartas

Dos son las cartas que Guzmán nos refiere en su integridad, aunque en ocasiones haga mención a alguna otra o incluso se nos presente su resumen. La primera de ellas forma parte de la historia de don Luis de Castro, aunque es narrada por don Rodrigo de Montalvo en su parlamento. Dada la nobleza de la dama que escribe la carta, está narrada mayoritariamente en período circular, como exige el decoro y la tradicional complejidad de las razones de amor que se desarrollan en estas epístolas:

No es justo que me acuséis de ingrata por pareceros tener alguna justa causa, que no es posible olvidarse –como lo habréis creído de mí– lo que se ama de veras. Y pues reconozco mi deuda y vuestra firmeza, reconoced que ni tuve ni tengo culpa contra vos cometida; y el no corresponder a vuestro merecimiento con mis obras fue por ser tan contrarias a lo que se debía en aquel estado tan peligroso de doncella (2ª p. 413)

No ocurre lo mismo en la otra epístola, recibida por Guzmán en prisión y escrita por su amante, la esclava blanca de la señora de quien este había sido administrador. Se trata de una carta de tono paródico⁸⁹ hacia los formulismos de las epístolas tradicionales. Como ocurría en los relatos intercalados, esta es narrada por Guzmán por

⁸⁷ Para más refranes en pasajes en estilo suelto, véase el apéndice (9.7.1.).

⁸⁸ También el período de miembros encuentra su lugar idóneo en las sucesiones de *adynata*: "Esas lo eran para mí; cada uno en lo que se cría... Bueno sería sacar el pece del agua y criar los pavos en ella, hacer volar al buey y el águila que are, sustentar al caballo con arena, cebar con paja al halcón y quitar al hombre el risible" (1ª p. 300). El período de miembros sentenciosos era también la *compositio* habitual en el encadenamiento de *sententiae* que advertían o amonestaban al lector en las digresiones. Pueden encontrarse más pasajes que encadenan refranes en este tipo de *compositio* en el apéndice (9.7.2.).

⁸⁹ Este tono destaca desde la *salutatio* de la epístola: si en la carta de la amada de don Luis el saludo era "señor mío", en esta es, en correspondencia con la situación de Guzmán, "sentenciado mío". Dada la inicial similitud fonética de ambas palabras, se juega también con la paronomasia.

donosa y porque "es bien aflojar a el arco la cuerda, contando algo que sea de entretenimiento" (2ª p. 725). Dada la humilde procedencia de quien la escribe, está redactada en estilo suelto:

Malos azotes le dé Dios y en malas galeras él esté. Bien parece que no te quiere como yo ni sabe lo que me cuestas. Díceme Juliana que te diga que apeles luego. Apela veinte veces y más, las que te pareciere, y no se te dé nada, que todo se remediará con el favor de Dios (2º p. 726)

4. Tipos de *compositio* y voces del relato: de pícaro a atalaya

Como hemos visto, a pesar de la multiplicidad de elementos que enriquecen la obra, lo fundamental es el contraste entre narración y digresión moralizante. Aunque ambas se nos presentan a través de la voz del relator de su propia biografía, solo el contenido de la moralización está directamente relacionado con el narrador adulto, pues el relato se ocupa de las vivencias de Guzmanillo como pícaro. De esta forma, "mientras el individuo cínico y turbulento nos lleva objetivamente por toda la trayectoria de sus aventuras, su conciencia nos va haciendo reaccionar y reflexionar acerca de todas las complejas implicaciones que envuelve la convivencia de los seres humanos" (Montori 1979: 511).

Dicha dualidad de voces y finalidades textuales tiene una gran repercusión en el tipo de *compositio*. Como hemos visto anteriormente, en los diálogos predomina el estilo suelto: el diálogo es prácticamente la única modalidad textual a través de la que nos llega la voz del joven Guzmán (la narración de sus aventuras, también en estilo suelto, corre a cargo del Guzmán adulto); dada su entonces nula formación académica, el decoro exige este tipo de *compositio*. Mientras tanto, tal y como nos indica Alemán en la "Declaración para el entendimiento de este libro" y en el prólogo de la segunda parte, y también el propio Guzmán adulto a lo largo de la obra, el habitual empleo del período circular y de recursos como las referencias a autoridades por su parte quedan justificados por la formación que ha ido adquiriendo el protagonista. El discurso directo del pícaro y el relato de sus aventuras estará, por tanto, predominantemente en estilo suelto, mientras que en los profundos discursos de la atalaya, que se sitúa como un "hombre perfeto, castigado de trabajos y miserias, después de haber bajado a la más ínfima de todas, puesto en galera por curullero de ella" (2ª p. 355), se empleará de forma destacada el período circular y de miembros. Pero este contraste que, como vemos, afecta también a la *compositio*, no implica de ningún modo una mala construcción de la

obra, sino que el autor "ha logrado con esta fusión darnos algo más que el realismo unilateral que podría llegarnos si sólo contáramos con las aventuras del pícaro y su visión parcial de la sociedad" (Montori 1979: 519).

5. Diferencias entre las dos partes de la obra

Si bien las dos partes del *Guzmán* presentan una continuidad en el hilo narrativo, hay un contraste bastante nítido en el uso de las digresiones en ellas. Mientras el número de relatos intercalados principales (dos en cada una) y premáticas burlescas (una en cada parte) es idéntico, la cantidad de digresiones moralizantes es mayor en el *Guzmán* de 1604 que en el de 1599. En su primer libro son bastante abundantes, pues este funciona no solo como presentación de la vida del pícaro, sino también del Guzmán adulto y de su propósito como atalaya. Sin embargo, la digresión pierde presencia en los dos últimos libros de esta primera parte, donde la narración (y, con ella, el estilo suelto) lleva el peso de la obra. El número de digresiones y, en consecuencia, de pasajes en período circular, se ve incrementado en la segunda parte según se aproxima la conversión del pícaro, ya formado académicamente. A este hecho se añade la respuesta que Alemán da al *Guzmán* apócrifo, donde también suele recurrir al período.

Las diferencias en el tratamiento de las digresiones moralizantes y del período circular habitual en su redacción no son solo cuantitativas, sino también de carácter cualitativo. Además de ser generalmente más extensas en la segunda parte⁹⁰ y, en consecuencia, con una mayor capacidad persuasiva, en esta segunda parte "la fusión entre los elementos doctrinales que constituyen el comentario a la narración y la narración misma es [...] mucho más completa"⁹¹ (Moreno Báez 1948: 50). Además, "la voz del galeote que se acusa tiene tal patetismo que los comentarios resultan el complemento natural de todo lo que allí se nos va contando", aunque en ello también pudiera influir una mayor experiencia o maestría del autor (Moreno Báez 1948: 51). De este modo, el período circular tiene una presencia más destacada y mejor trabada con el estilo suelto de la narración en el *Guzmán* de 1604 (aunque debemos señalar que la diferencia, si bien es significativa, no es arrolladora). Por su parte, en la primera destaca el estilo suelto por el predominio de la narración, cuyo tema –la presentación del pícaro

⁹⁰ En la primera lo son las situadas al inicio de algunos libros.

⁹¹ Thomas Hanrahan señala que la segunda parte "es, acaso, la más profunda porque de la técnica de unir los dos planos, el moral y el narrativo, se logra una fusión perfecta" (1964: 48). Por su parte, Elsa Dehennin sugiere que esta es más moralizadora porque "Mateo Luján de Sayavedra le había robado su fábula" (1970: 252).

y sus peripecias— exige la fluidez de este tipo de *compositio*. Además, el estilo suelto es también el habitual en los frecuentes diálogos que se integran en el relato biográfico de esta primera parte. Finalmente, el período de miembros o incisos tiene una presencia similar y con igual funcionalidad en ambas, y resulta muy eficaz para enfatizar ideas y amplificarlas, así como para incidir en sus rasgos positivos o negativos.

6. Preferencias estilísticas de Mateo Alemán

Aunque anteriormente hemos analizado los tipos de *compositio* empleados por Mateo Alemán en función de la tipología, las finalidades textuales⁹² y el concepto de *decorum*, no menos determinante resulta otro factor: sus preferencias estilísticas. Como ya hemos mencionado, Alemán presenta cierta tendencia a la amplificación y superposición de ideas. Así lo reflejan los numerosos pasajes narrativos en que la acumulación⁹³ deriva en el período narrativo, que permite un desarrollo más prolijo que el estilo suelto⁹⁴. Pero este hecho no se refleja solamente en la *peribole*, sino también en los numerosos incisos, aclaratorios o aditivos, que intercala constantemente el narrador de su biografía, tanto en las digresiones como en las narraciones. En estas últimas, y en todos aquellos pasajes en que el estilo suelto se erige como el tipo de *compositio* predominante, es donde se desvela con mayor claridad la propensión acumulativa de Alemán. Como indica Tomás Navarro, "la tendencia a la proyección amplificada [...] es rasgo saliente del estilo" de este autor (1950: XXXVII), que intercala de forma constante oraciones subordinadas en el *Guzmán*.

Otro rasgo característico de Alemán es su gusto por ensartar refranes y frases de estilo coloquial. Esta inclinación se materializa en muchas ocasiones en períodos de miembros sentenciosos, que también aparecen cuando se encadenan sentencias y consejos a lo largo de la obra.

De este modo, en el *Guzmán de Alfarache* conviven múltiples estilos y registros, pues su prosa es "natural pero sazónada, llana pero levantada" (Rico 1983: 69). Dentro de esta variedad, encontramos ciertas preferencias estilísticas que definen el gusto de

⁹² Así, el estilo "se confirma como un haz de posibilidades íntimamente ligadas a los propósitos que el autor proyecta en la obra, con lo que se refrenda la tantas veces mencionada solidaridad entre forma y contenido" (Azaustre 1995: 195).

⁹³ Como señala Francisco Rico: "la vieja *congeries* ('acumulación') ciceroniana, continua en la *Atalaya*, se presta bien a evocar la complejidad de una idea o una situación" (1983: 66).

⁹⁴ "A la propia selección estilística que peculiariza a cada escritor corresponde el ser más o menos proclive a esta tendencia. En el caso del *Buscón*, Quevedo no dilata tanto la narración como podía hacerlo Mateo Alemán" (Azaustre 1995: 191).

Alemán: la amplificación de detalles y circunstancias del relato, la acumulación de sentencias, refranes y consejos, la reiteración de ideas con variantes sinonímicas⁹⁵ y, fundamentalmente, la incorporación de incisos o pasajes digresivos en la narración. Desde el ángulo de la *compositio*, estas preferencias implican que el estilo suelto, habitual en el relato de las peripecias del pícaro, se vea constantemente acompañado por el período circular y de miembros, modalidades cuya sintaxis da cuenta de esas intenciones y tendencias.

7. Conclusiones

A lo largo de las páginas anteriores hemos analizado la presencia de las distintas variantes de *compositio* sintáctica en el *Guzmán de Alfarache*. Podemos concluir que lo fundamental en el *Guzmán* es la dualidad entre narración y estilo suelto (ya sea en la historia principal, en los relatos intercalados, en los *exempla*, en las facecias o en las enumeraciones descriptivas) y entre argumentación y período circular (ya sea en los preliminares, en las definiciones de conceptos, en los consejos y advertencias al lector o, por supuesto, en las digresiones moralizantes). Esta dualidad, que relaciona los tipos de *compositio* con las finalidades textuales a las que estos se vinculan, se mantiene de forma sistemática a lo largo de toda la obra, rompiéndose solo en aquellos casos en que el decoro lo exige. De esta manera, en aquellos pasajes narrativos, dialogados o epistolares que se relacionan con protagonistas elevados o se centran en asuntos graves predominará el período circular.

Además de los dos tipos de *compositio* que acabamos de mencionar, encontramos en la mayoría de géneros y tipos de texto el período de miembros o incisos, habitualmente asociado con una finalidad enfática o persuasiva mediante la moción de los afectos del receptor. Pero también es frecuente el de miembros sentenciosos (vinculado al estilo senequista o tacitista), fundamentalmente en la acumulación de sentencias, refranes o proverbios, así como de consejos y advertencias al lector. Este tipo de *compositio*, próximo a la enumeración en estilo suelto por su carácter acumulativo, está también relacionado con la habitual tendencia amplificadora de Mateo Alemán.

⁹⁵ Esta tendencia a la sinonimia parcial está supeditada a la noción de *affectus*.

A esta tendencia amplificadora se debe, en parte, el hecho de que las relaciones que hemos establecido entre tipos de texto y *compositio* nunca sean puras. Este hecho no solo se refleja en los períodos de miembros sentenciosos en los que se enlazan refranes o sentencias, sino también en aquellos pasajes narrativos donde la acumulación y el detallismo derivan en el uso de la *peribole* en lugar del estilo suelto, nunca libre de la aparición de oraciones subordinadas, de incisos que añaden o aclaran ideas y de cualquier otro tipo de construcción que permita narrar o argumentar, describir o dialogar, de forma más detallista o prolija, a gusto del autor.

De este modo, la sintaxis del estilo se desvela como un aspecto del *ornatus* fundamental no solo desde una perspectiva formal o estilística, sino también en su relación con el contenido, pues su uso está determinado por la convivencia del decoro, la finalidad textual y las preferencias del escritor. En consecuencia, su estudio nos permite no solo reconocer aquellos criterios compositivos que subyacen de forma sistemática en cada tipo de texto, sino apreciar con mayor claridad el significado de una obra que consigue integrar plenamente dos vertientes opuestas en lo temático y lo estilístico: narración y digresión; estilo suelto y período circular, dos tipos de *compositio* con funcionalidades y usos diversos, pero que conviven de forma armónica en el *Guzmán de Alfarache*.

8. Referencias bibliográficas

- ALEMÁN, M., *Ortografía castellana*, ed. de J. Rojas e introd. de T. Navarro, México: El Colegio de México, 1950.
- _____, *Guzmán de Alfarache*, ed. de L. Gómez Canseco, Madrid: Real Academia Española; Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2012.
- ARELLANO AYUSO, I., *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*, Pamplona: Universidad de Navarra, 1984.
- ARISTÓTELES, *Retórica*, trad. de Q. Racionero, Madrid: Gredos, 1990.
- AZAUSTRE GALIANA, A., "Compositio, narración y digresión en el *Guzmán de Alfarache*", en A. Ruiz Castellanos (coord.), *Primer encuentro interdisciplinar sobre retórica, texto y comunicación: actas*, vol. I, Cádiz: Universidad, Servicio de Publicaciones, 1994, pp. 256-261.
- _____, "Sintaxis del estilo en la prosa de Quevedo", en S. Fernández Mosquera (ed.), *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago*, Santiago de Compostela: Universidad-Consorcio de Santiago de Compostela, 1995, pp. 187-205.
- _____, y Casas Rigall, J., *Manual de retórica literaria*, Barcelona: Ariel, 1997.
- CABO ASEGUINOLAZA, F., *El concepto de género y la literatura picaresca*, Santiago de Compostela: Universidade, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1992.
- CASAS RIGALL, J., "Algunos aspectos de la retórica en el *Conde Lucanor: probationes argumentativas y compositio sintáctica*", en R. Lorenzo (ed.), *Actas do XIX Congreso Internacional de Lingüística e Filoloxía Románicas*, vol. VII, A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1994, pp. 811-826.
- CAVILLAC, M., *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*, Madrid: Casa de Velázquez, 2010.
- CERVANTES, M. de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, dir. por F. Rico, Madrid: Real Academia Española; Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2015.

- CHEVALIER, M., *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Barcelona: Crítica, 1992.
- CLOSE, A., "Los «episodios» del *Guzmán de Alfarache* y del *Quijote*", en *Criticón*, 101, 2007, pp. 109-125.
- CROLL, M. W., *Style, Rhetoric, and Rhythm*, ed. de J. M. Patrick y R. O. Evans, Princeton: Princeton University Press, 1966.
- CROS, E., *Mateo Alemán: introducción a su vida y a su obra*, Salamanca: Anaya, 1971.
- DEHENNIN, E., "En pro de una explicación literaria de la novela picaresca o la novela picaresca a la luz de la poética" en C. H. Magis (dir.), *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México: El Colegio de México, 1970, pp. 249-255.
- DEMETRIO, *Sobre el estilo*. «Longino», *Sobre lo sublime*, trad. de J. García López, Madrid: Gredos, 1979.
- DEVOTO, D., "Prosa con faldas, prosa encadenada", en *Edad de Oro*, III, 1984, pp. 33-65.
- Diccionario de Autoridades*, 3 vols., Madrid: Gredos, 1990.
- GÓMEZ CANSECO, L., "Estudio", ed. y notas a M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Madrid: Real Academia Española; Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2012.
- GRACIÁN, B., *Agudeza y arte de ingenio*, ed. de E. Correa Calderón, Madrid: Castalia, 2001.
- GRANADA, L. de, *Los seis libros de la "Retórica eclesiástica" o Método de predicar*, ed. y trad. de M. López-Muñoz, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos; Calahorra: Ayuntamiento de Calahorra, 2010.
- HANRAHAN, T., *La mujer en la novela picaresca de Mateo Alemán*, Madrid: Porrúa Turanzas, 1964.
- HATZFELD, H., "El estilo barroco de *Guzmán de Alfarache*", en *Prohemio*, VI, 1, abril 1975, pp. 7-19.

- HERMÓGENES, *Sobre los tipos de estilo. Sobre el método del tipo Fuerza*, trad. de A. Sancho Royo, Sevilla: Universidad, Secretariado de Publicaciones, 1991.
- LAPORTE, S., *Replanteamiento de la poética de la novela picaresca a través del diálogo*, dir. por F. Sevilla, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2011.
- LAURENTI, J. L., *Los Prólogos en la novela picaresca*, Madrid: Castalia, 1971.
- LAUSBERG, H., *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*, trad. de J. Pérez Riesco, Madrid: Gredos, vol. I, 1966, vol. II, 1967.
- LÓPEZ GRIGERA, L., *La retórica en la España del Siglo de Oro: teoría y práctica*, Salamanca: Universidad, 1994.
- LÓPEZ PINCIANO, A. (1541), *Philosophia antigua poética*, ed. de A. Carballo, vol. II, Madrid: C.S.I.C., 1953.
- MAÑAS NÚÑEZ, M., "Introducción" a Erasmo de Rotterdam, *El Ciceroniano*, Madrid: Akal, 2009.
- MCGRADY, D., *Mateo Alemán*, Nueva York: Twayne Publishers, 1968.
- MONTERO CARTELLE, E., "Pese a quien pesare (Mateo Alemán), la repetición, ¿un rasgo de la oralidad?" en C. Company y J. G. Moreno de Alba (eds.), *Actas del VII congreso internacional de historia de la lengua española*, vol. II, Madrid: Arco Libros, 2008, pp. 1969-1985.
- MONTORI DE GUTIÉRREZ, V., "Sentido de la dualidad en el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán", en M. Criado de Val (dir.), *La picaresca: orígenes, textos y estructuras*, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1979, pp. 511-519.
- MORENO BÁEZ, E., *Lección y sentido del Guzmán de Alfarache*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948.
- NAVARRO TOMÁS, T., "Introducción" a M. Alemán, *Ortografía castellana*, ed. de J. Rojas, México: El Colegio de México, 1950.
- ONIEVA, A. J., *Agudezas, sentencias y refranes en la novela picaresca española*, Madrid: Paraninfo, 1974.

- PALLÍ BONET, J., "Introducción" a Dionisio de Halicarnaso, *Sobre la composición estilística*, Barcelona: PPU, 1991.
- QUINTILIANO, *Institutio oratoria*, ed. bilingüe [latín-inglés] de H. E. Butler, Londres: William Heinemann; Cambridge (Mass): Harvard University Press, 1921, 4 vols.
- RICO, F., *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona: Seix Barral, 1970.
- _____, "Introducción" y notas a M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Barcelona: Planeta, 1983.
- RILEY, E. C., *Introducción al "Quijote"*, trad. de E. Torner, Barcelona: Crítica, 1989.
- RONCERO LÓPEZ, V., *De bufones y pícaros: la risa en la novela picaresca*, Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2010.
- SUÁREZ DE FIGUEROA, C., *El pasajero*, ed. de M. I. López Bascuñana, vol. I, Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988.
- VEGA, L. de, *Arte nuevo de hacer comedias*, ed. de E. Rodríguez Cuadros, Madrid: Castalia, 2011.
- VEGA RAMOS, M. J., *El secreto artificio: "Qualitas sonorum", maronolatría y tradición pontaniana en la poética del Renacimiento*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.

9. Apéndice

9.0. Índice

9.1. Preliminares	2
9.1.1. Período circular	2
9.1.2. Período de miembros	4
9.1.2.1. Prólogo dirigido al vulgo	4
9.1.2.2. Elogio de Luis de Valdés	4
9.1.3. Estilo suelto en la "Declaración para el entendimiento de este libro"	4
9.2. Narración de la vida del pícaro en estilo suelto	4
9.3. Diálogos	10
9.3.1. Estilo suelto	10
9.3.2. Período circular	12
9.3.3. Período de miembros	18
9.3.4. Alternancia de tipos de <i>compositio</i>	20
9.4. Descripciones en estilo suelto	20
9.5. Digresiones morales	22
9.5.1. Período circular en definiciones de conceptos	22
9.5.2. Período de miembros o incisos en definiciones de conceptos	24
9.5.3. Estilo suelto	25
9.5.3.1. <i>Exempla</i>	25
9.5.3.2. Paso de <i>exemplum</i> a <i>similitudo</i>	30
9.5.3.3. <i>Exempla</i> próximos al período narrativo	30
9.5.4. Período de miembros sentenciosos	31
9.5.5. Alternancia de tipos de <i>compositio</i>	31
9.6. Relatos intercalados	33
9.6.1. Estilo suelto	33
9.6.2. Período de miembros o incisos	35
9.6.3. Período narrativo	36
9.7. Refranes y proverbios integrados en la narración	37
9.7.1. En estilo suelto	37
9.7.2. Sarta de refranes próxima al período de miembros sentenciosos	38

9.1. Preliminares

9.1.1. Período circular

Por cuanto por parte de vos, Mateo Alemán, nuestro criado, nos fue fecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado *Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*, del cual ante los del nuestro Consejo hicistes presentación, y atento que en su composición habíades tenido mucho trabajo y ocupación y era libro muy provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir y privilegio para le poder vender por tiempo de veinte años, o por el que fuésemos servido o como la nuestra merced fuese (*Privilegio real 1ª p. 7*)

E mando a todas as justiças, officiaes e pessoas à que o conhecimento de este pertencer, que cumprão e guardem como nella se contém. O qual hei por bem que valha como carta, posto que o efeito delle haja de durar mais de um ano, sem embargo da ordenação em contrário (*Privilegio real 2ª p. 348*)

Por mandado de los señores del Consejo Real, he visto un libro intitulado *Primera parte del pícaro Guzmán de Alfarache*, y en él no hallo alguna cosa que sea contra la fe católica, antes tiene avisos morales para la vida humana; por lo cual se le puede dar la licencia que pide. Y por ser así, di esta, firmada de mi nombre, en Madrid y de enero 13 de 1598 (*Aprobación 1ª p. 5*)

A estos, pues, de cuyos lazos engañosos, como de la muerte, ninguno está seguro, siempre les tuve un miedo particular, mayor que a los nocivos y fieros animales; y más en esta ocasión, por habérsela dado y campo franco en que puedan sembrar su veneno, calumniándome, cuando menos, de temerario atrevido, pues a tan poderoso príncipe haya tenido ánimo de ofrecer un don tan pobre, no considerando haber nacido este mi atrevimiento de la necesidad en que su temor me puso (*Dedicatoria 1ª p. 9-10*)

Y tanto cuanto en la guerra era temido siempre, lo era en la paz y juntamente obedecido y amado, como se conoció en las ocasiones, pues dentro en Ginebra se cumplían sus mandados de la manera que se hiciera en su propio ejército, viniendo a su llamado los del gobierno de aquella ciudad, cosa ni vista ni oída de otro algún valeroso capitán o príncipe. Siendo esto así, se decía de sus soldados que, tanto cuanto sobrepujaban a los más en valor y esfuerzo, eran religiosos, inclinados a toda virtud, por el buen ejemplo que tenían en Vuestra Excelencia, que los gobernaba (*Dedicatoria 2ª p. 351*)

Digan estos reinos la felicidad en que se hallan, que, si fuese posible, comprarían su asistencia con inestimable precio, por la rectitud, humanidad, justicia y amor con que son defendidos y gobernados. Alargarme más en esto es engolfarme y dificultar la salida, pareciendo cosa increíble concurrir tanto en tan juveniles años; pues, acudiendo a lo dicho, no ha hecho falta en el servicio y corte de su rey, asistiendo en ella, siendo preferido y honrado como uno de los más señalados (*Dedicatoria 2ª p. 352*)

Bien cierto estoy que no te ha de corregir la protección que traigo ni lo que a su calificada nobleza debes, ni que en su confianza me sujete a tus prisiones, pues, despreciada toda buena consideración y respeto, atrevidamente has mordido a tan ilustres varones, graduando a los unos de graciosos, a otros acusando de lascivos y a otros infamando de mentirosos (*Prólogo dirigido al vulgo 1ª p. 12*)

Bien veo de mi rudo ingenio y cortos estudios fuera muy justo temer la carrera y haber sido ésta libertad y licencia demasiada; mas, considerando no haber libro tan malo donde no se halle algo bueno, será posible que en lo que faltó el ingenio supla el celo de aprovechar que tuve, haciendo algún virtuoso efeto, que sería bastante premio de

mayores trabajos y digno del perdón de tal atrevimiento (*Prólogo dirigido al discreto lector* 1ª p. 13)

Y pues no hay cosa buena que no proceda de las manos de Dios, ni tan mala que no le resulte alguna gloria, y en todo tiene parte, abraza, recibe en ti la provechosa, dejando lo no tal o malo como mío. Aunque confiado que las cosas que no pueden dañar suelen aprovechar muchas veces (*Prólogo dirigido al discreto lector* 1ª p. 14-15)

Mas deme licencia que diga con los que dicen que, si en otra ocasión fuera de esta se quisiera servir de ellos, le fueran trabajos tan honrados que cualquier muy grave supuesto pudiera descubrir su nombre y rostro; mas en este propósito fue meter en Castilla monedas de Aragón (*Prólogo* 2ª p. 353-354)

De donde tengo por sin duda la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos, porque los lleva su dueño desde los principios entablados a cosas que no es posible darles otro caza, ni aunque se le comuniquen a boca; porque se quedan arrinconados muchos pensamientos de que su propio autor aun con trabajo se acuerda el tiempo andando, la ocasión presente, como a rey don Fernando de Zamora para la infanta doña Urraca, su hija. Esto no acusa falta en el entendimiento –que no lo pudo ser pensar otro mis pensamientos–, mas dice temeridad, cuando se sale a correr con quien es necesario dejarlo muy atrás o no venir a el puesto (*Prólogo* 2ª p. 355-356)

En estas y en otras, si pueden ser más grandes, nos ha puesto el autor, pues en la historia que ha sacado a la luz nos ha retratado tan al vivo un hijo del ocio que ninguno, por más que sea ignorante, le dejará de conocer en las señas, por ser tan parecido a su padre que, como lo es él de todos los vicios, así este vino a ser un centro y abismo de todos, ensayándose en ellos de forma que pudiera servir de ejemplo y dechado a los que se dispusieran a gozar de semejante vida, a no haberlo adornado de tales ropas, que no habrá hombre tan aborrecido de sí que al precio quiera vestirse de su librea, pues pagó con un vergonzoso fin las penas de sus culpas y las desordenadas empresas que sus libres deseos acometieron (*Elogio de Alonso de Barros* 1ª p. 18-19)

Y si esto no le salvare de la rigurosa censura e inevitable contradicción de la diversidad de pareceres, no será de espantar, antes natural y forzoso, pues es cierto que no puede escribirse para todos y que querría quien lo pretendiese quitar a la naturaleza su mayor milagro y no sé si su belleza mayor, que puso en la diversidad, de donde vienen a no ser tan diversos los pareceres como las formas diversas, porque lo demás era decir que todos eran un hombre y un gusto¹ (*Elogio de Alonso de Barros* 1ª p. 21)

Como si no fuesen hermanas las armas y las letras, así me querrá decir algún bachiller que siga la milicia y deje los elogios, pareciéndole negocio muy diferente. Pues ya le podría señalar no uno, pero Césares muchos y tan diestros en las letras como bien disciplinados en las armas. Y para quitarles la ocasión que no digan me adelanto en usurpar oficio de orador, teniéndome por demasiadamente atrevido, me iré apartando de su peligroso estilo –adular y ostentar–, acogiéndome a lo seguro de mis trincheras en referir la verdad, tan propio en un soldado como la espada y el coselete (*Elogio de Luis de Valdés* 2ª p. 357)

Empero, si por aquí careció de bienes de fortuna, no le faltan dotes en el alma, que son de mucho mayor estimación y precio, y ninguno podrá preciarse de más glorias. Oigan las lenguas de los hombres y las verán pregonar sus alabanzas, no menos en España –donde no es pequeña maravilla consentir profeta de su nación–, mas en toda Italia, Francia, Flandes y Alemania, de que puedo deponer de oídas y vista juntamente,

¹ Elogia Alonso de Barros la multiplicidad de asuntos y formas de la obra, riqueza directamente relacionada con la que nos ha ocupado en este trabajo: la diversidad de estilos compositivos.

y que jamás oí mentar su nombre sin grandioso epíteto, hasta llamarle muchos «el español divino» (*Elogio de Luis de Valdés* 2ª p. 358)

9.1.2. Período de miembros

9.1.2.1. Prólogo dirigido al vulgo

Libertad tienes, desenfrenado eres, materia se te ofrece: corre, destroza, rompe, despedaza como mejor te parezca, que las flores holladas de tus pies coronan las sienes y dan fragancia a el olfato del virtuoso. Las mortales navajadas de tus colmillos y heridas de tus manos sanarán las del discreto, en cuyo abrigo seré dichosamente de tus adversas tempestades amparado (1ª p. 12)

9.1.2.2. Elogio de Luis de Valdés

Si todo lo dicho es verdad; si lo aprueban los doctos, no negándolo el vulgo; si lo confiesa el mundo, porque halla cada uno lo que su gusto le pide, que por tan dificultoso lo pinta Horacio; si debajo de nombre profano escribe tan divino que puede servir a los malos de freno, a los buenos de espuelas, a los doctos de estudio, a los que no lo son de entretenimiento y, en general, es una escuela de fina política, ética y euconómica, gustosa y clara, para que como tal apetecida la busquen y lean, ¿qué le doy? ¿Qué hago en esto más de pagarle lo que tan justamente se le debe? (2ª p. 361)

9.1.3. Estilo suelto en la "Declaración para el entendimiento de este libro"

Para lo cual se presupone que Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego, como diremos en esta primera parte, después, dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de la religión; mas por volverse a los vicios los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos (1ª p. 16)

Va dividido este libro en tres. En el primero se trata la salida que hizo Guzmán de Alfarache de casa de su madre y poca consideración de los mozos en las obras que intentan, y cómo, teniendo claros ojos, no quieren ver, precipitados de sus falsos gustos. En el segundo, la vida de pícaro que tuvo y resabios malos que cobró con las malas compañías y ocioso tiempo que tuvo. En el tercero, las calamidades y pobreza en que vino, y desatinos que hizo por no quererse reducir ni dejarse gobernar de quien podía y deseaba honrarlo. En lo que adelante escribiere, se dará fin a la fábula, Dios mediante (1ª p. 17)

9.2. Narración de la vida del pícaro en estilo suelto

Cuanto a lo primero, el mío y sus deudos fueron levantiscos. Vinieron a residir a Génova, donde fueron agregados a la nobleza; y aunque de allí no naturales, aquí los habré de nombrar como tales. Era su trato el ordinario de aquella tierra y lo es ya por nuestros pecados en la nuestra: cambios y recambios por todo el mundo. Hasta en esto lo persiguieron, infamándolo de logrero. Muchas veces lo oyó a sus oídos y, con su buena condición, pasaba por ello. No tenían razón, que los cambios han sido y son permitidos (1ª p. 34)

Tenía mi padre un largo rosario entero de quince dieces, en que se enseñó a rezar –en lengua castellana hablo–, las cuentas gruesas más que avellanas. Este se lo dio mi madre, que lo heredó de la suya. Nunca se le caía de las manos. Cada mañana oía su misa, sentadas ambas rodillas en el suelo, juntas las manos, levantadas del pecho arriba, el sombrero encima de ellas. Arguyéronle maldicientes que estaba de aquella manera rezando para no oír y el sombrero alto para no ver (1ª p. 35-36)

Con lo que le dieron volvió el naípe en rueda. Tuvo tales y tan buenas entradas y suertes que ganó en breve tiempo de comer y aun de cenar. Puso una honrada casa, procuró arraigarse, compró una heredad, jardín en San Juan de Alfarache, lugar de mucha recreación, distante de Sevilla poco más de media legua, donde muchos días, en especial por las tardes, el verano, iba por su pasatiempo y se hacían banquetes (1ª p. 47)

Mi madre, con sus dolores, desnudose, metiose en la cama, pidiendo a menudo paños calientes que, siéndole traídos, haciendo como que los ponía en el vientre, los bajaba más abajo de las rodillas y aun algo apartados de sí, porque con el calor le daban pesadumbre y temía no le causasen alguna remoción, de donde resultara aflojarse el estómago. Con este beneficio se fue aliviando mucho y fingió querer dormir, por descansar un poco. El pobre caballero, que solo su regalo deseaba, holgó de ello y la dejó en la cama sola. Luego, cerrando con un cerrojo la sala por defuera, se fue a desenfadar por los jardines, encargando el silencio, que nadie abriese ni hiciese ruido, y a la buena de nuestra dueña en guarda, en tanto que ella, recordada, llamase (1ª p. 53-54)

La conversación anduvo y de ella se pidió juego. Comenzaron una primera en tercio. Ganó mi madre, porque mi padre se hizo perdedizo. Y queriendo anochecer, dejando de jugar salieron por el jardín a gozar el fresco. En tanto pusieron las mesas; traída la cena, cenaron y haciendo para después aderezar de ramos y remos un ligero barco, llegados a la lengua del agua, se entraron en él, oyendo de otros que andaban por el río gran armonía de concertadas músicas, cosa muy ordinaria en semejante lugar y tiempo. Así llegaron a la ciudad, yéndose cada uno a su casa y cama; salvo el juicio del buen contemplativo, si mi madre, otra Melisendra, durmió con su consorte, el cuerpo preso en Sansueña y París cativa en el alma (1ª p. 56-57)

Era el buen caballero –como tengo significado– hombre anciano y cansado; mi madre moza, hermosa y con salsas. La ocasión irritaba el apetito, de manera que su desorden le abrió la sepultura. Comenzó con flaquezas de estómago, demedió en dolores de cabeza, con una calenturilla; después a pocos lances, acabó relajadas las ganas del comer. De treta en treta, lo consumió el mal vivir y, al fin, murióse, sin podelle dar vida la que él juraba siempre que lo era suya. Y todo mentira, pues lo enterraron quedando ella viva (1ª p. 58)

Vime con ganas de cenar y sin qué poder llegar a la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba. No supe qué hacer ni a qué puerto echar: lo que por una parte me daba osadía, por otra me acobardaba. Hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero a los ojos y lobos a las espaldas. Anduve vacilando. Quise ponerlo en las manos de Dios: entré en la iglesia, hice mi oración, breve, pero no sé si devota. No me dieron lugar para más, por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerrose la noche y con ella mis imaginaciones, mas no los manantiales y llanto. Quedeme con él dormido sobre un poyo del portal acá fuera (1ª p. 68)

Llegué a una venta sudado, polvoroso, despeado, triste y, sobre todo, el molino picado, el diente agudo y el estómago débil. Sería mediodía; pedí de comer. Dijeron que no había sino solo huevos. No tan malo, si lo fueran; que a la bellaca de la ventera, con el mucho calor o que la zorra le matase la gallina, se quedaron empollados y, por no perderlo todo, los iba encajando con otros buenos. No lo hizo así conmigo, que, cuales ella me los dio, le pague Dios la buena obra. Viome muchacho, boquirrubio, cariampollado, chapetón. Parecile un Juan de buen alma y que para mí bastara quequiera (1ª p. 71)

A la grita y vocería, el mesón alborotado, se convocó todo el barrio. Acudieron los vecinos y con ellos gran tropel de gente, justicias y escribanos. Eran dos alcaldes; llegaron juntos. Quería cada uno advocar a sí la causa y prevenirla. Los escribanos, por

su interese, decían a cada uno que era suya, metiéndolos en mal. Sobre a cuál pertenecía se comenzó de nuevo entre ellos otra guerrilla, no menos bien reñida ni de menor alboroto: porque los unos a los otros desenterraron los abuelos, diciendo quiénes fueron sus madres, no perdonando a sus mujeres propias ni las devociones que habían tenido. Quizá que no mentían. Ni ellos querían entenderse ni nosotros nos entendíamos (1ª p. 99-100)

Llegáronse algunos regidores y gente honrada de la villa; pusieronlos medio en paz y asieron de mí, que siempre quiebra la soga por lo más delgado. El forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor ni reparo, de aquease asen primero. Quisieron saber qué había sido el alboroto y por qué. Pusieronme a una parte; tomáronme la confesión de palabra; dije llanamente lo que pasaba; pero, porque podían oírme algunos que estaban cerca, me aparté con los alcaldes y en secreto les dije lo del machuelo (1ª p. 100)

Los clérigos iban cerca; luego los alcanzamos. Admiráronse en vernos. Supieron de mí la causa de nuestra libertad, que mi compañero estaba tal que no se atrevió a hablar por no escupir las muelas. Cada uno subió en su caballería; comenzamos a picar y no con los talones, que los de la albarda no alcanzaban. A fe os prometo que tuvimos bien que contar de la vendeja y granjería de la feria (1ª p. 111)

Vesme aquí en Cazalla, doce leguas de Sevilla, lunes de mañana, la bolsa apurada y con ella la paciencia, sin remedio y acusado de ladrón en profecía. El día primero sentí mucho, aunque más el segundo, porque creció el cuidado y llovió sobre mojado. Había que comer y comía, que los duelos con pan son menos. Bueno es tener padre, bueno es tener madre; pero el comer todo lo rapa. El día tercero fue casi de muerte; cargó todo junto. Halleme como perro flaco ladrado de los otros, que a todos enseña dientes, todos lo cercan y, acometiendo a todos, a ninguno muerde. Trabajos me ladraron teniéndome rodeado; todos me picaban, y más que otro no haber qué gastar ni modo con qué buscar el ordinario. Conocí entonces lo que es una blanca y cómo el que no la gana no la estima, ni sabe lo que vale en tanto que no le falta. Fue la primera vez que vi a la necesidad su cara de hereje (1ª p. 159)

Luego proseguí mi camino. Busqué una cañita para llevar en la mano. Pareciome que con ella era llevar capa; pero ni me honraba ni abrigaba tanto. Servíame de sustentar el brazo para dar aliento a los pies. Acertaron a pasar dos de a mula; creí que, teniendo con ellos, me harían la costa (1ª p. 163)

Metilo en el forro del faldamento del sayo y fuime poco a poco mi camino. Llegué a tener la noche otras tres leguas adelante, donde cené mi pan sin otra cosa, ni hubo quien me la diese. Era jornada de arrieros; juntáronse algunos. Mandome el ventero entrar a dormir al pajar; hícelo así. Pasé mi trabajo como el que más no pudo. La cena fue ligera; bien se creará sin juramento que no me levanté a la mañana empachado el vientre. Y queriendo irme, pidiome el huésped un cuarto de posada. No lo tuve ni se lo pude pagar. Harto deseó el traidor quitarme el sayo, que era de buen paño. Vime apretado y casi se me rasaron los ojos de lágrimas (1ª p. 165)

Junteme con otros torzuelos de mi tamaño, diestros en la presa. Hacía como ellos en lo que podía; mas como no sabía los acometimientos, ayudábales a trabajar, seguía sus pasos, andaba sus estaciones, con que allegaba mis blanquillas. Fuime así dando bordos y sondando la tierra. Acomodeme a la sopa, que la tenía cierta; pero había de andar muy concertado relojero, que, faltando a la hora prescribía, quedándome a oscuras. Aprendí a ser buen huésped, esperar y no ser esperado (1ª p. 170-171)

Mas volvamos adonde nos queda empeñada la prenda, siguiendo aquel discurso. Llevaba yo un día en mi capacha o esportón, del Rastro, un cuarto de carnero a un

oficial calcetero. Halleme acaso unas coplas viejas, que a medio tono, como las iba leyendo, las iba cantando. Volvió mi dueño la cabeza (1ª p. 182)

Volví a entrar, llamé dos o tres veces. Nadie me respondió. Fuime al aposento de mis amos. Hallelos tales, que parecía estar difuntos, y era poco menos, pues estaban sepultados en vino. El resuello que daban me dejó de manera como si hubiera entrado en alguna famosa bodega (1ª p. 195)

Hurtaba lo que podía, pero de modo que no se pudiera causar sospecha contra mí. Para las haciendas de mi cargo yo me lo tenía, y a mi amo descuidado de mandarlo. En habiendo en qué trabajar no aguardaba que me lo mandasen. Era de todos mis compañeros el primero al pelar de las aves, fregar, limpiar, barrer, hacer y soplar la lumbre (1ª p. 200)

Hícelo así. Doy a mi ama el recaudo, pido garabatos y sogas. Púselas por unos corredores colgando al patio; allí ensarté los trofeos de la vitoria. Era gloria de ver la varia plumajería del capón, de la perdiz, de la tórtola, de la gallina, del pavo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas y gansos, que, sacando por entre todo las cabezas de los conejos, parecían salir de los viveros. Colgué a otra parte perniles de tocino, piezas de ternera, venado, jabalí, carnero, lenguas, lechones y cabritos. Entapizose nuestro patio a la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera que, mi fe te prometo, según lo que allí campeaba, me pareció haber traído de cinco partes las dos, y faltaban por venir los siete infantes de Lara, que no estaba con esto acabado. Ello quedó muy bien acomodado y yo muy de veras cansado, que lo trabajé muy bien, aunque se me lució muy mal, pagándome peor (1ª p. 207-208)

Amaneció el domingo. Púseme de ostentación y di de golpe con mi lozanía en la Iglesia Mayor para oír misa, aunque sospecho que más me llevó la gana de ser mirado. Paseela toda tres o cuatro veces, visité las capillas donde acudía más gente, hasta que vine a parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes. Pero yo me figuré que era el rey de los gallos y el que llevaba la gala y, como pastor lozano, hice plaza de todo el vestido, deseando que me vieran y enseñar aun hasta las cintas, que eran del tudesco. Estireme el cuello, comencé a hinchar la barriga y atiesar las piernas. Tanto me desvanecía, que de mis visajes y meneos todos tenían que notar, burlándose de mi necesidad; mas como me miraban, yo no miraba en ello ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas. Antes me pareció que los admiraba mi curiosidad y gallardía (1ª p. 226-227)

Salió fuera el criado, dejándome una lámpara encendida. Díjele que la apagase. Respondió que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciélagos grandes muy dañosos y solo el remedio contra ellos era la luz, porque huían a lo oscuro. Más me dijo: que era tierra de muchos duendes y que eran enemigos de la luz y en los aposentos oscuros algunas veces eran perjudiciales. Creílo con toda la simplicidad del mundo. Con esto se salió. Yo luego me levanté a cerrar la puerta, no por miedo de lo que me pudieran hurtar, mas con sospecha de lo que, como muchacho, me pudiera suceder. Volvime a la cama, dormime presto y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores y sábanas me brindaban y a mí no me faltaba gana (1ª p. 255-256)

Tenía monseñor un arcón grande, que usan en Italia, de pino blanco. Aun en España he visto muchos de ellos, que suelen traer de allá con mercaderías, especialmente con vidros o barros. Este estaba en la recámara para su regalo, con muchos géneros de conservas azucaradas, digo secas. Allí estaba la pera bergamota de Aranjuez, la ciruela ginovisca, melón de Granada, cidra sevillana, naranja y toronja de Plasencia, limón de Murcia, pepino de Valencia, tallos de las Islas, berenjena de Toledo, orejones de Aragón, patata de Málaga. Tenía camuesa, zanahoria, calabaza, confituras

de mil maneras y otro infinito número de diferencias, que me traían el espíritu inquieto y el alma desasosegada (1ª p. 303)

Era el secretario muy veloso. Comenzaron los polvos a disponerse y hacer su efecto. Era por los caniculares, y con la fuerza del calor obraron de manera que, desde la cintura hasta la planta del pie, se hizo un pegote tan recio y fortalecido que le daba mal rato, arrancándosele un ojo con cada pelo. Como así se vio, comenzó a llamar a su gente para saber aquello qué fuese. Ninguno lo supo decir ni darle razón, hasta que el camarero entró (1ª p. 309-310)

Santiguábase monseñor, maravillado cómo pudiera ser. En cuanto acabó de comer y alzaron la mesa, no hacía otra cosa que santiguarse con toda la mano. Deseoso de certificarse de ello, se levantó y fue a mirarlo por sus ojos. Había puesto ciertas señales. Hallolas fieles, el número cabal, consigo la llave: no sabía cómo fuese. Creyó con más veras que compré el barril (1ª p. 313)

Aceptelo. Fuéronme todas entregadas. Otro día saquelas al sol en unos corredores, y entre todas había una de azahar y limón que a la vista se venía. Llegueme bonico con un cuchillo pequeño, quitele las tachuelas del suelo y, dejándola trastornada sobre la tapa, con el mismo cuchillo le saqué casi la mitad por abajo, volviéndola a clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza, cortado a la medida y tan justo que no había más que ver (1ª p. 317)

Luego como entró por la puerta de casa, le conocí en el rostro que venía mohíno. Mirelo con atención y entendiome. Hizome señas, hablándome con los ojos, mirando aquellos dos caballeros, y no fue más menester para dejarme bien satisfecho y enterado de todo el caso. Callé por entonces y disimulé mi pesadumbre (2ª p. 405)

Llegose un día que había muy bien llovido menudico y cernido, y a mis horas vine a correr la tierra, con lodos –como dicen– hasta la cinta. Llegué algo remojado. Anocheció muy oscuro y así fue todo para mí. Mi suerte, que no debiera, llegó a tener efeto (2ª p. 421)

Respondile que me tuvieron en la calle hasta más de media noche, aguardando la vez, y últimamente la tuve mala y nació hija, pues no fue posible hablarme ni darme puerta. También le dije que me quería volver a echar, porque no me sentía con salud por entonces. Diome licencia; subime a la cama, desnudeme y comí en ella. Y así me quedé hasta la tarde, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar cosa de jugo ni sustancia (2ª p. 424-425)

Apenas había mudado de vestido y lavádome, que ya mi amo sabía de mi lodo. Habíanle dicho el qué, pero no el cómo. Con esto me dejaron y tuve harto blanco donde poder henchir lo que quisiese. Preguntoles cómo me había sucedido. Ninguno supo satisfacerle con más de lo que había visto (2ª p. 432)

No me pareció malo este. Salí por la ciudad y a pocos pasos y menos lances me lo señalaron con el dedo. Y no fuera necesario, que por solo el vestido supiera yo quién era. Estaba con otros mancebicos a la puerta de una iglesia. No creo que salía ni trataba de entrar a oír misa, que más me pareció estar allí registrando a quien entraba (2ª p. 482)

Éramos cuatro, tres a la faena y el capitán para nuestra defensa. Íbamos algunas veces llevándole por delante, para, si alguno de nosotros diese salto en vago, hallándolo con el hurto en las manos, que hubiese quien lo abonase o volviese por él, dándole dos o tres pescozones, enviándolo de allí, diciendo: «¡Andad para bellaco, ladrón! ¡Y voto a tal que, si más os veo hurtar, que os he de hacer echar a galeras!». Creían con esto los presentes que serían aquellos gente honrada y piadosa. Pasábamos con aquella fortuna.

Otros había tan pertinaces y duros, que, con una cólera de fieras, nos apretaban demasiado, no dejándonos de la mano hasta hacernos prender. A estos llegaban y les decían: «Deje vuestra merced a este bellaco ladrón. Dele cien coces y no le haga prender. Es un pobreto y se comerá en la cárcel de piojos. ¿Qué gana vuestra merced en hacerle mal? ¡Tirad de aquí, bellaco!». Y con esto nos daban un empujón que nos hacían hocar, por sacarnos de sus brazos. Empero, si todavía porfiaba, no queriéndonos largar, hacíamos nuestra diligencia en desasirnos y volvíamoslo pendencia, diciendo que mentía, que tan hombres de bien éramos como él. Ellos en la fuga se metían de por medio, en son de meter paz, ayudándonos a despartir y ponernos en libertad. Y si necesario era, cuando no podían, derramaban el poleo; del aire buscaban achaque, incitando con palabras a venir a las obras, hasta que con el alboroto mayor se sosegaba el menor y así nos escabullíamos. Otras veces, que íbamos huyendo con el hurto, si alguno venía corriendo tras de nosotros y dándonos alcance, salíale un compañero de través a detenerlo poniéndosele delante y preguntando sobre qué había sido la pesadumbre, no dejando pasar de allí, a modo de querer poner paz y sosegarlo. Y por muy poquita demora que de cualquier manera hubiese, les tomábamos grandísima ventaja, porque además de la que siempre hace quien huye a quien corre, pone alas en los pies el miedo en casos tales. Los que corren se cansan presto naturalmente con el corto ánimo de hacer mal, que los desmaya, no obstante que quieran y lo procuren; mas es imposible forzar a la naturaleza, la cual siempre favorece a los que desean salvarse. De una o de otra manera siempre los detenían. Otras veces nos abonaban, cuando había pasado la palabra con el hurto y no se nos hallaba, porque ya lo teníamos de allí tres calles o cuatro (2ª p. 516-517)

Yo iba bien apercebido, bien vestido y la enjundia de cuatro dedos en alto. Cuando a Génova llegué, no sabían en la posada qué fiesta hacerme ni con qué regalarme. Acordeme de mi entrada, la primera que hice, y cuán diferente fui recibido y cómo de allí salí entonces con la cruz auestas y agora me reciben las capas por el suelo. Apeámonos, diéronme de comer, estuve aquel día reposando, y otro por la mañana me vestí a lo romano, de manteo y sotana, con que salí a pasear por el pueblo. Mirábanme todos como a forastero, y no de mal talle. Preguntábanle a mi criado que quién era (2ª p. 554)

Nunca de allí adelante dejó mi amistad y lado. Suplíquele se sirviese de mi persona y mesa y, aunque aquesta no le faltaba, lo acetó por mi solo gusto. Siempre lo procuré conservar y obligar. Llevábame a su galera, traíame festejando por la marina, cultivándose tanto nuestro trato y amistad que, si la mía fuera en seguimiento de la virtud, allí había hallado puerto. Mas todo yo era embeleco. Siempre hice zanja firme para levantar cualquier edificio (2ª p. 556)

Salí de allí sin color, el rostro ya difunto. Maravíllome mucho, según mi temor y turbación, con semejante susto cómo no me arronjé por las ventanas a la calle. Salí perdido y aun casi corrido²; empero procurelo disimular por no levantar alguna polvareda que no me viniese a cuento. Preguntele qué había sido aquello (2º p. 608)

Estaba que no sabía lo que hacerme. Aparté a solas a el alguacil. Roguele que por un solo Dios no permitiese mi perdición. Díjele que aquella hacienda quedaba en riesgo y perdida; que diese traza cómo no se me hiciese agravio, porque me robarían y que solo aque se había sido el intento de aquella gente. Era hombre de bien, que no fue pequeña ventura, discreto, cortesano; sabía mi verdad, como quien conocía bien a la parte. Prometí de pagárselo muy a su gusto. Díjome que no tuviese pena, que haría lo que pudiese por servirme. Dejó allí los criados en mi guarda y salió a buscar a la parte,

² Se trata de uno de los muchos casos de homeotéleuton (-ido) presentes en la obra. Señalaremos los más destacados en los ejemplos recogidos.

que habían con él venido y estaban en el aposento de la huéspeda. Fue y volvió con unos y otros medios (2ª p. 624)

Salí con sola intención de visitar esta santa casa. Hícelo y, a el entrar en la iglesia, vi un corrillo de mujeres y, entre ellas, algunas de muy buena gracia. Llevome la costumbre a la pila del agua bendita, zambullí la mano dentro, dime con una poca en la frente, pero siempre los ojos en el pie de ható. Sin mirar a el altar ni considerar en el sacramento, asenté la rodilla en el suelo, sacando adelante la otra pierna, como ballestero puesto en acecho (2ª p. 675)

Hízose hora de volver a sus casas. Acompañelas por el camino, trayendo a mi dama de la mano. Vime a los principios perdido, sin saber por dónde comenzar, hasta que, conocida de ella mi cortedad o temor, no sé si con cuidado, tropezó del chapín. Acudile los brazos abiertos y recibila en ellos, alcanzándole a tocar un poco de su rostro con el mío. Cuando ya estuvo en pie, lo tomé de allí, culpando a mis ojos de haberle hecho mal con ellos (2ª p. 678)

Comenzome a tratar de ella, engrandeciéndome sus cosas, como si de aquello me resultara honra o provecho. Preguntome que quiénes habían sido allí mis padres. Y cuando se los nombré, dijo haber sido sus grandes amigos y conocidos. Refiriome cierto pleito que, siendo él allí juez, había sentenciado en su favor, y díjome que tenía por cierto aún ser mi madre viva, porque la conoció mucho en sus mocedades. Tanto me dijo que solo le faltó hacerme su deudo muy cercano (2ª p. 699)

El mozo del alguacil se llegó luego a echarme una calceta y manilla, con que me asió a un ramal de los más mis camaradas. Diéronme mi ración de veinte y seis onzas de bizcocho. Acertó a ser aquel día de caldero y, como era nuevo y estaba desproveído de gábeta, recibí la mazamorra en una de un compañero. No quise remojar el bizcocho, comilo seco, a uso de principiante, hasta que con el tiempo me fue haciendo a las armas (2ª p. 736)

Después de amanecido, recordados ya todos, yo me levanté algo pesado del sueño, pero ligero de ropa, porque aquel peso que solía tener encima de mi corazón, ya no lo sentía y pesábame mucho, que no me pesase. Miré y hallé mi dinero menos; quedé mortal, como un difunto. No supe qué hacer. Si callaba, lo perdía, y si hablaba, me lo habían de quitar (2ª p. 741)

9.3. Diálogos

9.3.1. Estilo suelto

—Mancebo, no me río de vuestro mal suceso ni vuestras desdichas me alegran; ríome de lo que a esa mujer le aconteció de menos de dos horas a esta parte. ¿Encontrastes por ventura dos mozos juntos, al parecer soldados, el uno vestido de una mezclilla verdosa y el otro de vellorín, un jubón blanco muy acuchillado? (1ª p. 77)

—Ésos, pues —dijo el arriero—, son los que os han vengado, y de la burla que han hecho a la ventera es de lo que me río. Si vais este viaje, subí en un jumento desos; direos, por el camino, lo que pasa (1ª p. 78)

—De ayer tengo muerta una hermosa ternera, que por estar la madre flaca y no haber pasto con la sequía del año luego la maté de ocho días nacida. El despojo está guisado, pedid lo que mandáredes (1ª p. 91)

—Es mi nombre Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años que, siguiendo una ocasión, fue cativo y en poder de moros por una cautelosa alevosía de unos fingidos amigos. Y si lo causó su envidia o mi desdicha, es cuento largo. Sabrete

decir que estando en su poder me vendieron a un renegado; y para el tratamiento que me hizo, el nombre basta. Metiome la tierra adentro hasta llevarme a Granada, donde me compró un caballero zegrí de los principales de ella. Tenía un hijo de mi edad que se llamaba Ozmín, retrato mío, así en edad como el talle, rostro, condición y suerte: que por parecerle tanto le puso más codicia de comprarme y hacer buen entrenamiento, causando entre nosotros mayor amistad (1ª p. 141)

—Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno y hijo de tan buenos padres como vos. Hasta agora no he querido daros cuenta de mí, mas porque perdáis el recelo pienso dároslo. Mi tierra es Burgos, de ella salí, como salís, razonablemente tratado. Hice lo que os aconsejo que hagáis: vendí mis vestidos donde no los hube menester y con la moneda que de ellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar donde de ellos tengo necesidad; y trayendo el dinero guardado y este vestido desarrapado, aseguro la vida y paso libremente; que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro y lo está en que le asalten³. Si os place, vendedme lo que no habéis menester y no os parezca que no lo podré pagar, que sí puedo. Cerca estoy de Toledo, adonde es mi viaje; holgaría entrar algo bien tratado y no con tan vil hábito como llevo (1ª p. 223-224)

—Vuestros amores, hermana Lucía, mal enojado me hane⁴: comenzaron por silla y acabaron en albarda. No me la volveréis a echar otra vez. Aderezadnos de almorzar, que me quiero ir (1ª p. 236)

—Yo, hijo, bien oí decir de vuestro padre. Aquí os daré quien haga larga relación de sus parientes, y han de ser de los más nobles de esta ciudad, a lo que creo. Y pues habréis ya cenado, veníos a dormir a mi casa, que no es hora de otra cosa. De mañana daremos una vuelta y os pondré, como digo, con quien los conoció y trató gran tiempo (1ª p. 254)

—Ahora bien, idos a dormir y mañana nos veremos. ¡Hola! ¡Antonio María! Llevá este hidalgo a su aposento (1ª p. 254)

—No, señor, por agora no conviene. Menos mal es que para con este, que es un pícaro, quedemos con poca opinión que dejar de gozar tan fina ocasión. No nos demos por entendidos; antes lo iremos curando con medicamentos que entretengan; y si fuere necesario, aplicándole corrosivos que le coman de la carne sana, en que nos ocupemos algunos días (1ª p. 292)

—Vuestra señoría ilustrísima me mandó dar una docena cabal de azotes por lo de las conservas, y se acuerda bien cuánto se recatearon uno a uno. Demás de esto, no habían de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años. El dómine Nicolao me dio más de veinte por su cuenta, siendo los postreros los más crueles. Y así vengué mis ronchas con las suyas (1ª p. 306)

—Señor, agora supe de él, y me dijo su criado no haber estado esta noche bueno. Y no me maravillo, que, antes de recogerme anoche, lo visité y no me habló de buena gracia. No sé lo que se tiene (1ª p. 308)

—Guzmanillo, esto te doy por treguas, en señal de paz; mira que, como el dómine Nicolao, contigo no quiero pendencia. Conténtate con este bocado y con que te reconozca vasallaje dándote parias (1ª p. 315)

—Pues yo quiero que las guardes y tengas cuenta con sacarlas al sol cada día, que aquí no hay lance. Por cuenta se te han de entregar y las tienes de volver. Descubiertas van y llenas. Asegurado estoy del daño que les puede venir (1ª p. 316)

³ Se inserta aquí una sentencia que cierra la presentación del personaje.

⁴ Como indica Gómez Canseco (2012: 236), se trata de un eco del romancero integrado en el parlamento.

—Conocemos a aquel bodegonero. Su padre no se hartó de calzarme borceguíes en Córdoba, donde tiene su ejecutoria en el techo de la Iglesia Mayor. Esta es la desventura nuestra, que, si pasamos veinte caballeros a Italia, vienen cien infames cual este a quererse igualar, haciéndose de los godos (1ª p. 328)

—¡No sé, por Dios! Aquí el señor capitán, que tiene deseo de verme de corona, me ordena los grados y anda procurando cómo el señor doctor y yo nos cortemos las uñas, metiéndonos en pendencia (2ª p. 406)

—Oyes, Nicoleta; sube arriba y mira lo que tu señor hace y, si te llamare, avísame de ello, en tanto que aquí estoy con el señor Guzmán hablando (2ª p. 422)

—¡Ya viene, ya viene! ¡Ya pareció el principal de los ladrones! ¡El hurto ha parecido! (2ª p. 454)

—No conozco la gente ni el proceder que aquí tiene cada uno. El dinero es peligroso y suele causar muchos daños, en especial no teniéndolo el hombre con la seguridad que desea. No sé quién es cada cual. Estoy en una posada. Entran y salen ciento. Y aunque me dieron la llave de la pieza, o puede haber dos o acontecerme una pesadumbre (2ª p. 530)

—Mira, hermanito, déjame agora, por tu vida, y haz lo que te dijere, por amor de mí. Aguárdame a la vuelta de esta calle por donde venimos, que la segunda casa es la mía. No vamos más de por una poca de labor a una casa cerca de aquí y al momento seré contigo. Luego volveremos y entrarás en mi casa, que no estamos más de yo y mi criada solas, y verás cómo te sirvo de la manera que mandares, y oírasme cantar y tañer de manera que digas que no has visto mejores manos en tu vida en una tecla (2ª p. 616)

—Mal conoce vuestra merced a estos ladrones, que son como raposas. Hácense mortecinos y, en quitándolos de aquí, corren como unos potros y por un real se dejarán quitar el pellejo. Pues crea el perro que ha de dar el trencelín o la vida (2ª p. 753)

—Señor soldado, dígame vuestra merced al capitán que le va la vida y honra en oírme dos palabras del servicio de su majestad; que me mande llevar a la popa (2ª p. 757)

9.3.2. Período circular

—En lienzo tan grande pareciera muy mal un solo caballo; y es importante y aun forzoso para la vista y ornato componer la pintura de otras cosas diferentes, que la califiquen y den lustre, de tal manera que, pareciendo así mejor, es muy justo llevar con el caballo sus guarniciones y silla; especialmente estando con tal perfección obrado que, si de oro me diesen otras tales, no las tomaré por las pintadas (1ª p. 32)

—Refiérenos el sagrado Evangelio por san Mateo, en el capítulo quinto, y san Lucas en el sexto: «Perdonad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrecen». Habéis de considerar lo primero que no dice haced bien a los que os hacen mal, sino a los que os aborrecen; porque, aunque el enemigo os aborrezca, es imposible hacerlos mal, si vos no quisiéredes. Porque, como sea verdad infalible que tendremos por bienes verdaderos a los que han de durar para siempre, y los que mañana pueden faltar, como faltan, más propriamente pueden llamarse males, por lo mal que usamos de ellos —pues en su confianza nos perdemos y los perdemos—, llamaremos a los enemigos buenos amigos y a los amigos, propios enemigos, en razón de los efectos que de los unos y

otros vienen a resultar, pues nace de los enemigos todo el verdadero bien y de los amigos el cierto mal⁵ (1ª p. 81-82)

—Son flacos, de flaca materia y es bien sobrellevarlos; que, si fuera posible trocar nuestra suerte a la suya y fuéramos sus iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo. No se debe hacer caso de ello, y, cuando mucho, dándoles una honesta corrección, tendremos por muy cierto que será bastante remedio por lo presente (1ª p. 104)

—Supremo Júpiter piadosísimo, la grave acusación que haces a los hombres es tan justa que no se te puede negar ni contradecir cualquier venganza que contra ellos intentes. Ni tampoco puedo, por lo que te debo, dejar de advertir desapasionadamente lo que siento. Si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en él criaste, y es imperfección en ti deshacer lo que heciste para quererlo emendar ni pesarte de lo hecho: que te desacreditas a ti mismo, pues tu poder de criador se estrecha a tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perderlos y criar otros de nuevo, tampoco te conviene, porque les has de dar o no libre albedrío. Si se lo das, han de ser necesariamente tales cuales fueron los pasados; y si se lo quitas, no serán hombres y habrás criado en balde tanta máquina de cielo, tierra, estrellas, luna, sol, composición de elementos y más cosas que con tanta perfección heciste (1ª p. 104-105)

—No entienda, señor capitán, que me diera pena volver atrás otra vez ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud, como vee, no me faltara; mas pues consta la necesidad que llevo, suplícole no reciba vejación semejante por el riesgo de mi vida (1ª p. 118)

—Señor, del modo que la viste la vi, cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra, y, así, no me lo dijo ni sé cuál sea su pasión. Especialmente que, siendo hoy el día primero que en este lugar entré, ni a mí fuera lícito preguntarla ni a su discreción comunicármela (1ª p. 121)

—Señor y padre mío, que así te puedo llamar –señor por estar en tu poder y padre por las obras que de tal me haces–, mal correspondiera con lo que soy obligada y a las continuas mercedes que recibo de sus Altezas por tus manos y con tus intercesiones en mi favor acrecientas, si no depositara en el archivo de tu discreción mis mayores secretos, amparándolos con tu sombra y gobernándome con tu cordura, y si con la misma verdad no dejara colmado tu deseo. Que, aunque traer a la memoria cosas que me es forzoso recitarte ha de ser para mí gran pesadumbre y aun de no pequeño martirio, con él te quiero pagar y dejar deudor de mi sentimiento y de lo que me mandas asegurado. Ya, señor, habrás entendido quién soy, que te es notorio, y cómo mis desgracias o buena suerte –que no puedo, hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno ni loar lo otro– me trajeron a tu casa, después de haberse tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano y descendiente de los reyes de ella. Este mi esposo, si tal puedo llamarle, se crio, siendo como de seis o siete años, con otro niño cristiano cativo y de su misma edad, que para su servicio y entretenimiento le compraron sus padres (1ª p. 124)

—Entiendo que, como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder a quien eres. Vengo a ti con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra y el rescate de mi vida, que está en tu mano, si, tratando con Daraja, entre las más razones, la dispusieres con las buenas tuyas a que, dejada la seta falsa que sigue, se quiera volver cristiana. Lo que de ello podrá resultar, bien te es notorio: a ella la salvación, servicio a Dios, a los Reyes gusto, honra en su patria y a mí total remedio, porque, pidiéndola por mujer, vendré a casar con ella. Y no

⁵ Como señalan Azaustre y Casas (1997: 120), se trata de una paradoja.

será poco el útil que sacarás de este viaje, que, siéndote honroso, te será juntamente provechoso, y tanto cuanto puede ponderar tu buen entendimiento; porque, siendo de Dios galardonado por el alma que ganas, yo de mi parte gratificaré con muchas veras la vida que me dieres con la buena obra y amistad que por intercesión tuya recibiere. No dejes de favorecerme, pues tanto puedes; y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo serte importuno (1ª p. 126-127)

—La misma razón con que has querido ligarme, señor don Rodrigo, te obligará que creas cuánto deseo que Daraja siga mi ley, a que con muchas veras, infinitas y diversas veces la tengo persuadida. No es otro mi deseo sino el tuyo, y así haré la diligencia en causa propria, como en cosa que soy tan interesado. Pero amando tan de corazón a su esposo y mi señor, tratar de volverla cristiana es doblarle la pasión sin otro fruto alguno; que aún en ella viven algunas esperanzas que podría mudarse la fortuna, dándose trazas como conseguir su deseo (1ª p. 127)

—Ambrosio, poco habrá que me sirves y a mucho me tienes obligado. Tan claro muestran quién eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir. Con el velo del vil vestido que vistes y debajo de aquesa ropa, oficio y nombre, hay otro encubierto. Claro entiendo, por las evidencias que tuyas he tenido, que me tienes o, por mejor decir, has tenido engañado; pues a un pobre trabajador que representas es dificultoso y no de creer sea tan general en todo, y más en los actos de caballería y siendo tan mozo. He visto en ti y entiendo que debajo de aquesos terrones y conchas feas está el oro finísimo y perlas orientales. Ya te es notorio quién soy y a mí oscuro quién tú seas; aunque, como digo, se conocen las causas de los efectos y no te me puedes encubrir. Yo prometo, por la fe de Jesucristo que creo y orden que de caballería mantengo, de serte amigo fiel y secreto, guardando el que depositares en mí, ayudándote con cuanto de mi hacienda y persona pudiere. Dame cuenta de tu fortuna, que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de ti recibidas (1ª p. 140-141)

—Agora sabes —dijo Daraja— que son las cosas todas como el sujeto en que están y así se estiman. Estos labradores, por maravilla, si de tiernos no se trasplantan en vida política y los injieren y mudan de tierras ásperas a cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde o nunca podrán ser bien morigerados; y al revés, los que son ciudadanos de político natural son como la viña, que, dejándola de labrar algunos años, da fruto, aunque poco; y si sobre ella vuelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta, no será poderoso un carpintero con hacha ni azuela para desalabearlo ni ponerlo de provecho. Pena me da oírte aquel cantar de tórtola. Vámonos de aquí, si te parece, que es hora de acostarnos (1ª p. 148)

—Ya sabéis la obligación de hacer bien a cuánto nos estreche, si como ley natural divina con todos habla y no hay bárbaro que la ignore. Esta tiene tanta fuerza cuantas más razones se le allegan, entre las cuales una principal y no pequeña es a los que dimos nuestro pan, y bastara, para que, correspondiendo a quien sois, no fuera mi intercesión necesaria. Mas lo que quiero con ella pedir es que, como sabéis, Ambrosio fue criado de vuestros padres y de los míos. Tenémosle por ello particular deuda, y yo mayor, habiéndolo puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo él en ello causa suya más de mi propio interese (1ª p. 153)

—Señor, vuesa merced me pregunta una cosa que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero, si he de referirlas, es el camino corto y el cuento largo y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra. Mas vaya como pudiere y supiere, dejando aparte lo que no tiene color ni sombra de verdad, y conformándome con la opinión de algunos a quien lo oí, de cuyo parecer fío el mío por ser más llegado a la razón. Que en lo que no la tenemos natural ni por tradición de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de conformarnos (1ª p. 237)

—¿Quiere vuesa merced ver a lo que llega nuestra mala ventura, que, siendo las galas, las plumas, los colores lo que alienta y pone fuerzas a un soldado para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas, somos ultrajados en España y les parece que debemos andar como solicitadores o hechos estudiantes capigorristas, enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros? Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre de español, que otro tiempo peleaba y con la reputación temblaba de él todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida. Estamos tan falidos que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuimos somos y seremos (1ª p. 241)

—Crea vuestra señoría ilustrísima que la enfermedad de este mozuelo es grave y necesariamente se le han de hacer grandes beneficios, porque tiene la carne cancerada en muchas partes y el daño tan arraigado que los medicamentos es imposible obrar sin largo transcurso de tiempo; mas estoy confiado y sin alguna duda certifico que ha de quedar sano y bueno, mediante la voluntad de Dios (1ª p. 293)

—Si este mozuelo no cayera en las piadosas manos de vuestra señoría ilustrísima, dentro de pocos días acabara de corromperse y muriera; mas atajarásele su daño de modo que dentro en seis meses y aun antes le quedarán sus carnes tan limpias como las mías (1ª p. 293)

—Bueno ha sido; mas creo que, si a mí me la hicieran, que no le diera Su Santidad la penitencia ni en mi testamento aguardara a dejarle la manda; que antes de ello cobrara la deuda, y no mal (1ª p. 308)

—Monseñor ilustrísimo —le dije—, ocho días de plazo es vida de un hombre, negocio largo y que podría ser, cuando allá llegásemos, o el concierto se hubiese resfriado o la memoria perdido. Yo acepto la merced que se me ofrece y, si mañana a estas horas no estuviere negociado, dejo la pena en el arbitrio del secretario, porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo pasado, que todavía sabe a la pez y no se la cubre pelo (1ª p. 312)

—Monseñor ilustrísimo, vuestra ilustrísima señoría haga en él cual castigo le pareciere, que yo par de él ni de su sombra quiero llegarme ni me atrevo, que lo tengo por tal que buscará sabandijas que me coman. Si a mi castigo dejan su pena, yo lo absuelvo y lo quiero por amigo (1ª p. 313)

—Ya, Scintila, que quiso mi dicha que a nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dejaré de ponerme en vuestras manos, con seguridad que pondréis en todo el cuidado que la voluntad de servir a vuestra señora y hacerme merced os obligan. Sabed que, desde que a Clorinia di el alma, haciéndola dueño verdadero de ella y de mi vida, no tengo alcanzada otra cosa más de haberme respondido con la voluntad, significada por los ojos, por habernos faltado mejor comodidad. Cuanto más me ha sido defendido, más ha crecido el deseo; que siempre la privación engendra el apetito. Hame venido ahora un pensamiento cómo con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo. Ya sabéis el agujero que está debajo de la ventana. Ese será el lugar, y vos, el instrumento de mi buena dicha. Diréis a Clorinia, suplicándole por mí, corresponda en mi ruego y, cuando lo rehusase podréis guiarle la voluntad, si acaso no se atreviese, para que aquesta noche, pues la obscuridad nos ayuda, que, ya después de su gente sosegada, se sirva de hablarme por él, que otra cosa no le pido ni pretendo (1º p. 332)

—Ya, señor, sabréis que somos vuestros amigos y, como tales, no es justo entre nosotros haya cosa oculta. Lo mismo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte, diciéndonos la verdad que se os preguntare y fuere lícito. Ayer, a cuatro horas andadas después de anochecido, paseando por nuestra calle, que así la podemos llamar,

pues en ella tenemos cada cual de nosotros el alma, buscando nuestra ventura, vimos un hombre que nos anduvo acechando, siguiéndonos los pasos, sin perdernos de vista un solo credo (1ª p. 334-335)

—Valerio, hermano, es tanto lo que siento vuestras lástimas y de la desdichada Clorinia, que no menos que a vos me pueden dar el pésame de su desdicha. De tal manera lo siento, que estoy seguro y cierto que no me hacéis ventaja; empero, viendo cuán poco el dolor aprovecha ni el llanto importa, no acudo a más que aconsejaros lo que se debe hacer. Y os digo que se busque al traidor que tal maldad ha hecho, para que en él se ejecute la mayor venganza que nunca se hizo. Yo me encargo de ello, que para esta diligencia bien creo seré bastante salir con ella, descubriendo rastros por donde lo halle. Vos id por el cirujano, que no es bien, donde a tanto se ha de acudir, que todos asistamos a una cosa, siendo la de mi cargo tan forzosa (1ª p. 339)

—No es tiempo, señores, de gastarlo lamentando; antes debemos ocuparlo en lo que más a todos nos es importante. Y aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasión y secreto me obligan que lo haga. Bien conocéis y habéis visto la general desdicha sucedida, tan vuestra como mía y más mía que vuestra, por sentir vuestro dolor juntamente con el mío. Y veo cortado el hilo de mi vida, que solo espero la muerte tan amarga cuanto creí me fuera dichosa, si la acabara primero que Clorinia. Ya sabéis quién soy, y sé yo vuestro mucho valor y calidad; que, cuando al mío no sobrepujara, lo hiciera la singular amistad que me habéis tenido, poniéndome en obligación eterna. Este caso es propio mío y, para que así lo entienda el mundo, lo que después por otro tercero había de suplicaros, quiero pedirlos de merced me deis a mi Clorinia por esposa (1ª p. 340-341)

—Pues vuestra señoría metió su vida por prenda, direlo, aunque muy contra toda mi voluntad. Y protesto que no digo nada ni lo dijera con menos fuerza si me sacaran la lengua por el colodrillo. Sabrá vuestra señoría que me mandaba el señor capitán que hiciese a el señor doctor una burla, picándole algo en el corte de la barba. Porque dice que la trae a modo de barba de pichel de Flandes y que la mete las noches en prensa de dos tabletas, linda como guitarra, para que a la mañana salga con esquinas, como limpiadera, pareja y tableada, los pelos iguales, cortados en un cuadro, muy estirada porque alargue, para que con ella y su bonete romano acrediten sus letras pocas y gordas, como de libro de coro. Cual si fuera esto parte para darlas y no se hubiesen visto caballos argeles, hijos de otros muy castizos, y muy grandes necios de falda, mayores que la de sus lobas. Y son como melones, que nos engañan por la pinta: parecen finos y son calabazas. Esto quería que yo le dijese como de mío. Por eso digo que se lo diga él o haga lo que mandare (2ª p. 407)

—Monsiur, si mi profesión diera lugar a la satisfacción que pide semejante atrevimiento, crea vuestra señoría que cumpliera con la obligación en que mis padres me dejaron. Mas, como vuestra señoría está presente y no tengo más armas que la lengua, darásme licencia que pregunte a el señor capitán y me diga la edad que tiene (2ª p. 407-408)

—Por cierto, señor ilustrísimo, aunque confieso ser verdad cuanto don Luis aquí ha referido, de que soy testigo de vista por la grande amistad que hemos tenido siempre, agora no tiene razón de pretender el diamante; porque, si desapasionadamente lo considera y trocásemos los asientos, juzgaría en mi favor y contra sí. Mas, pues él vive ciego, juzgaralo vuestra señoría por mi suceso, el cual tiene su principio del fin de sus amores que ha contado (1ª p. 413)

—Nicoleta —que así se llamaba la moza—, yo te prometo que, sin que hubieras gastado conmigo tantas invenciones ni palabras estudiadas, me hubieras ya rendido la voluntad, que tan salteada me tienes, porque yo se la tengo a Guzmán y a su buen

término. Demás que su amo merece que cualquiera mujer de mucha calidad y no tan ocasionada huelgue de su amistad y servicios. Mas, como ya sabes y has visto, no sé cómo sea posible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues, aun faltando causa verdadera y no habiéndose dado de mi parte algún consentimiento a lo que por ventura deseo, ya se murmura por el barrio y en toda Roma lo que aun en mi casa y contigo – que sola pudieras venir a ser el instrumento de nuestros gustos– no he comunicado. Y pues ya está en términos que la voz popular corre con tanta libertad y yo no la tengo para resistirme más del amor de aquese caballero, lo que te ruego es que lo dispongas y trates con el secreto mayor que sea posible. Dile a Guzmán que acuda por acá estas noches, para que una de ellas le des entrada y se vea comigo, si se ofreciere oportunidad, para tratar algo de lo que deseamos (2ª p. 420)

—Vuestra señoría corresponde a quien es en lo que dice y hace; porque, aunque sea suma felicidad alcanzarse lo que se desea, la tengo por muy mayor no desear lo que incita la sensualidad, y menos en daño ajeno y de tal calidad. Esa es consideración cristiana, hija de valeroso entendimiento de vuestra señoría. No es justo desampararla, y quede a mi cargo el modo. Pues el fiel criado, aunque por interesar la privanza le acontezca dar calor el apetito de su amo, no está fuera de obligación de volver la rienda, cuando lo viere corregido, animando su buen propósito (2ª p. 436-437)

—Señor Guzmán, vuestra merced procede con tanta discreción que se conoce bien ser suya. Y tengo por tan acertado el remedio cuanto se me hace dificultoso entender que se pueda proseguir adelante; pues los casos que se ofrecen obligan a los hombres a quebrantar los más firmes propósitos. Yo, si fuese vuestra merced, habiendo de restarme tanto tiempo encerrado, tendría por mejor ganarlo en otra parte, dando una vuelta por toda Italia. De donde no solo se sacaría notable gusto, pero juntamente se conseguiría el fin que con estarse aquí encerrado se pretende –y aun con más ventajas–, pues el tiempo y ausencia lo gastan todo y son los mejores médicos que se hallan para sanar semejantes enfermedades (2ª p. 444)

Cuando aquesto llegó a noticia del filósofo, no solo no le pesó, que, riéndose de él y su locura, respondió a quien se lo dijo: «Por cierto Dionisio dice mucha verdad llamándome pobre, porque verdaderamente lo soy. Empero mucho más lo es él porque, si a mí me faltan dineros, los amigos me sobran. Tengo lo más y faltame lo menos. Empero él, si dineros le sobran, los amigos le faltan, pues no se conoce alguno que lo sea suyo» (2ª p. 461)

—Señor, a mí no me conviene parecer ni ser visto por algún modo, en especial a los principios, hasta ver cómo se pone la herida. Porque, si Alejandro está en la ciudad y sabe que yo he venido a ella, siendo, como soy, tan conocido, ha de procurar saber a qué y con quién, de donde podría resultar que se ausente de la ciudad y habremos hecho nada; o que, sospechando que yo fui la causa de aqueste viaje y de su infamia, me quite la vida. Y ninguna de ambas cosas nos viene a cuento ni nos está razonable. Demás que, si el negocio ha de llegar a tela de juicio, han de asir de mí el primero (2ª p. 482)

—Vuestra es la culpa, sobrino, que, donde mi casa está, no era necesario posada; porque aunque la que tenéis es la mejor de aquesta ciudad, ninguna en todo el mundo es buena ni tal que podáis en ella tener alguna seguridad. Y porque sois mozo, quiero advertiros, como viejo, que nunca os confiéis de menos que muy fuerte cerradura en vuestros baúles, y otra sobrellave de algunas armellas y canado, que llevéis con vos de camino, y donde llegardes, la poned a las puertas de vuestro aposento. Porque ya los huéspedes o sus mujeres o sus hijos o criados, no hay aposento que no tenga dos y tres llaves y, a vuelta de cabeza, perderéis de ojo lo que allí dejardes con menos de muy buen cobro (2ª p. 571)

9.3.3. Período de miembros

—¿Cómo no se hunde aquella venta? ¿Cómo consiente Dios y disimula el castigo de tan mala mujer? ¿Cómo esta vieja, bruja, hechicera, vive hoy en el mundo y no la traga la tierra? Todos los huéspedes van quejosos de ella, todos veo que blasfeman su trato; ninguno sale sabroso, todos con pesadumbre. O son todos malos o ella lo es, que no puede la culpa ser de tantos. Por estas cosas y otras tales no quiere nadie parar en su casa: todos la santiguan y pasan de largo. Pues a fe que debiera estar escarmentada del jubón que trae vestido debajo de la camisa, con cien botones abrochado, y se lo vistiera por otro tanto. Mandado le tienen que no sea ventera. No sé cómo vuelve al oficio y no vuelven a castigarla; no sé en qué topa. En algo debe de ir, como dijo la hormiga. Lo peor es que hurta como si se lo mandasen. Y debe ser así, pues el guarda, el malsín, el cuadrillero, el alguacil, todos lo ven y hacen la vista gorda, sin que alguno la ofenda (1ª p. 94-95)

—Bien creo y de cierto conozco, hija Daraja, la razón que tienes y lo mal que con término semejante contra ti se ha procedido, sin haber primero examinado el ánimo de los testigos que han en tu ofensa depuesto. Conozco tu valor, el de tus padres y mayores de quien decientes; conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los reyes, mis señores, todo el amor que un solo y verdadero hijo puede ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer que te pusieron en mi casa para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia en cuanto fuese tu voluntad, y que debo dar de ti la cuenta conforme a la confianza que de mí se hizo (1ª p. 123)

—Bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes a tu ley, a tu Rey, a tu natural, al pan que de mis padres comes y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos (1ª p. 126)

—Señor de mi libertad, dios que adoro y esposo a quien obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza que, estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría? ¿O cómo la tendréis, para que, con ella, salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que está atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las tinieblas de mi corazón. Si con vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece, si los trabajos en que estoy a piedad os mueven, si no queréis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplícoos me digáis qué os tiene triste (1ª p. 128)

—¿Soltad, bellaco! ¿Sois vos el que me alababan? ¿La mosca muerta, el que hacía del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? ¿Esto tenía en mi casa? ¿A vos daba mi pan y regalaba? No más de un pícaro. No me entréis más en casa ni paséis por mi puerta, que quien se abate a poco no perdonará lo mucho, si ocasión se le ofrece (1ª p. 213)

—¿Qué novedad es esta? ¿Cuál de nosotros es el que se casa esta noche? ¿De cuándo acá tenemos esto en esta casa? ¿Qué aderezo de banquete es este o para qué convidados? ¿Esta seguridad tengo yo en vos? ¿Esta es la honra que sustento y daís a vuestros padres y desdichado hermano? La verdad he de saber o todo ha de acabar en mal esta noche (1ª p. 229)

—Yo diré a vuestra merced —le respondió—. Este es un grandísimo poltrón; las llagas que tiene son fingidas. ¿Qué haremos? Si lo dejamos, el bien se nos va de las manos, con la honra y el provecho. Si lo queremos curar, no tenemos de qué y reirase de nuestra ignorancia. Y si de una ni de otra manera se puede salir bien de ello, será lo mejor decir al cardenal el caso como pasa (1ª p. 292)

—No le parezca a vuestra señoría ser atrevimiento el haberme sentado a su tabla sin ser convidado, por las muchas excusas que tengo para ello. Lo primero, la calidad de mi persona y noble linaje digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesión. Lo segundo, ser soldado me hace digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesión. Lo último, que se junta con lo dicho mi mucha necesidad, a quien todo es común. La mesa de vuestra señoría se pone para remediar a semejantes, con que no es necesario esperar a ser convidados los que fueren soldados de mis prendas. Suplico a vuestra señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que, como soy español, no me han entendido, aunque la he pedido (1ª p. 329)

—¡Ay, amigo verdadero! ¿Dónde vais? ¿Vais por ventura a llorar con nosotros nuestras desgracias y el trágico dolor que nos acaba las vidas? ¿Habéis visto o sentido desventura como la nuestra y de la desdichada Clorinia? (1ª p. 339)

—¡Clorinia –le decía– de mis ojos! ¡Bien veo el mal que por mí te ha venido! Yo fui la causa de ello. Engañote el traidor Oracio. Pensaste que era tu querido Dorido. ¡Ay, maldito agujero! ¡Ay, malditos ojos que te vieron! ¡Ay, maldita lengua con que pedí me hablastes, amada Clorinia! ¡Clorinia, vida mía, ya no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrá la mía! ¡Yo te hice este mal! Mas ¡viva yo hasta que te venga y vive tú hasta que sepas la venganza en el traidor, que será tan ejemplar como es justo, para que quede por memoria en siglos venideros! Yo prometo sacrificar a tus cenizas la impía sangre del traidor Oracio. Por una mano que te quitó, dará dos tuyas. Una cortó inocente; dos le cortaré sacrílegas. Dete tanta vida el cielo que lo alcance y deje gozar el galardón que por ello te debo. Y tú, dulce Clorinia, perdona la culpa que tengo, que si fuese tu gusto mi muerte, con mis manos te lo hubiera dado (1ª p. 340)

—¿Qué desdicha tan grande, hijo Dorido, ha sido la nuestra? ¿Qué rigor de cielos contra mí se conjuraron? ¿Qué furia infernal intentó semejante delito? ¿Qué os parece de nuestra desgracia? ¿Cómo sentís nuestra honra? ¿Qué capa cubrirá mancha tan fea y qué venganza podrá mitigar dolor semejante? Decidnos, ¿qué consuelo será el nuestro? ¿Cómo podremos vivir sin la que nos daba vida? (1ª p. 340)

—¿Qué vemos, don Rodrigo? ¿Estoy recordado? ¿Es por ventura sueño? ¿Somos vos y yo los que leímos esta carta? ¿Es por ventura esta letra de la condesa y aquél su escudero? ¿Fáltame acaso el juicio y, como afligido enamorado, cercano a la desesperación, finjo imaginaciones para engañar a la fantasía? (2ª p. 414)

—Mal hombre, mal tratante, enemigo de Dios, falto de verdad y de conciencia, ¿y cómo, si teníades mis dineros, de la manera que todo el mundo lo ha visto y sabe, me borrábades lo escrito? ¿Cómo decíades que nada os había dado? ¿Cómo que no me conocíades ni sabíades quién era ni cómo me llamaba? Ya ¿qué tenéis que alegar? ¿Tenéis más falsedades y mentiras que decir? ¿Veis como Dios Nuestro Señor ha permitido que os hayáis tanto cegado que ambos berbetes no tuvistes entendimiento para quitarlos ni esconder la moneda? ¿Veis cómo ha vuelto su Divina Majestad por mi mucha inocencia y sencillez con que os di a guardar mi hacienda, creyendo que siempre me la diéades, y que quien me aconsejó que os la diese debió de ser otro tal como vos y echadizo vuestro para quedaros con ella? (2ª p. 540)

—Tiene muchas hermosuras, que cualquiera bastaba en otra. Es hermosa de su rostro, como por él se deja ver. Eslo también de linaje, por ser de lo mejor de aquesta ciudad. También lo es en riqueza, por haberle quedado mucha suya y de su marido. Y sobre toda hermosura es la de su discreción (2ª p. 605)

—Tú mismo con lo que dices dañas el contrato. Abres la puerta para que siempre te paguen, vendes la cosa por lo que vale y quieres tener indios que te den el sudor de su rostro y trabajen para ti, por otra cosa que haber mejorado tu fundo y,

asegurándote más el censo, hacen de mejor condición tu hacienda con menoscabo y pérdida de la suya, y quieres por ello llevarles, de veinte, uno (2ª p. 665)

9.3.4. Alternancia de tipos de *compositio*

—Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comían y dormían de ordinario, por lo mucho que se amaban —ved si eran prendas de amistad las que he referido—, así lo amaba mi esposo, como si su igual o deudo suyo fuera. De él fiaba su persona por ser muy valiente; era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario de sus secretos y, en sustancia, otro él; ambos en todo tan conformes, que la ley sola los diferenciaba; que, por la mucha discreción de ambos, nunca de ella se trataron por no deshermanarse (1ª p. 124-125)⁶

—Si librarme queréis de él, si deseastes mi gusto, si pretendéis obligarme al vuestro para que siempre quede agradecida, será que, cargando sobre vuestro cuidado mi propio deseo, acudáis a su libertad, que es la mía, con las veras que os suplico (1ª p. 153)⁷

—Señores, en vuestras manos y lengua está mi vida o muerte, mi remedio y mi perdición. De mi mal no se os puede seguir bien y de mi bien está cierto el provecho y la reputación. Ya os es notorio la necesidad de los pobres y la dureza de los corazones de los ricos, que para poderlos mover a que nos den una flaca limosna es necesario llagar nuestras carnes con todo género de martirios, padeciendo trabajos y dolores. Y aun estas ni otras mayores lástimas nos valen. Gran desventura es tener necesidad de padecer lo que padecemos para un miserable sustento que de ello sacamos (1ª p. 292-293)⁸

—Ninguna cosa hoy hay en el mundo que me ponga espanto ni desquilate un pelo de mi ánimo, que ya tengo conocido hasta dónde puede la desgracia tirar conmigo la barra, que, quien anda en mis pasos y mi trato trae, trae jugada la vida y perdida la honra. Prevenido estoy de paciencia y sufrimiento para cualquier grave daño que me venga; enseñado estoy a sufrir con esfuerzo y esperar las mudanzas de fortuna, porque siempre de ella sospeché lo peor y previne lo mejor, esperando lo que viniese (2ª p. 434)⁹

9.4. Descripciones en estilo suelto

Lo que le vi en el tiempo que lo conocí, te puedo decir. Era blanco, rubio, colorado, rizo —y creo que de naturaleza—; tenía los ojos grandes, turquesados; traía copete y sienes ensortijadas. Si esto era propio, no fuera justo, dándoselo Dios, que se tiznara la cara ni arrojara en la calle semejantes prendas (1ª p. 44)

El año de mil quinientos y doce, en Ravena, poco antes que fuese saqueada, hubo en Italia crueles guerras, y en esta ciudad nació un monstruo muy extraño, que puso grandísima admiración. Tenía de la cintura para arriba, todo su cuerpo, cabeza y rostro de criatura humana, pero un cuerno en la frente. Faltábanle los brazos, y diole naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciélago. Tenía en el pecho figurado la Y pitagórica y en el estómago, hacia el vientre, una cruz bien formada. Era hermafrodito y muy formados los dos naturales sexos. No tenía más de un muslo y en él una pierna con su pie de milano y las garras de la misma forma. En el nudo de la rodilla tenía un ojo solo (1ª p. 45-46)

⁶ Período de miembros con cierre circular.

⁷ Prótasis de miembros.

⁸ Período de miembros sentenciosos y período circular.

⁹ Período circular y de miembros.

Era yo muchacho vicioso y regalado, criado en Sevilla sin castigo de padre, la madre viuda –como lo has oído–, cebado a torreznos, molletes y mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adorado, más que hijo de mercader de Toledo o tanto (1ª p. 67)

Era el hombre bullicioso, agudo, alegre, decididor y, sobre todo, grandísimo bellaco. Engañome que, como lo vide tan buena gracia y de antes no le conocía, mostró buena pinta; y en decir que tenía todo buen recaudo, alegreme en el alma (1ª p. 90)

Este pobretón, aunque bellaco, habituado en semejantes maldades y curtido en hurtos, esta vez cortose con el miedo. Demás que los tales de ordinario son cobardes y fanfarrones (1ª p. 93)

Era la suya una de las más perfectas y peregrina hermosura que en otra se había visto. Sería de edad hasta diez y siete años no cumplidos. Y siendo en el grado que tengo referido, la ponía en mucho mayor su discreción, gravedad y gracia. Tan diestramente hablaba castellano que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja, pues entre las más ladinas pudiera pasar por una de ellas (1ª p. 114)

Esta doncella tenían sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmín; sus calidades muy conformes a las de Daraja: mancebo, rico, galán, discreto y, sobre todo, valiente y muy animoso, y cada una de estas partes dispuesta a recibir un muy, y le era bien debido. Tan diestro estaba en la lengua española como si en el riñón de Castilla se criara y hubiera nacido en ella. Cosa digna de alabanza de mozos virtuosos y gloria de padres que en varias lenguas y nobles ejercicios ocupan sus hijos. Amaba su esposa tiernamente (1ª p. 115)

Adelantose don Alonso de Zúñiga, mayorazgo en aquella ciudad, caballero mancebo, galán y rico, fiado que la necesidad y su dinero, por medios de Ambrosio, le darían ganado el juego (1ª p. 131)

Una moza o ama que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente o primo, para quien destaja tantas noches cada semana; amiga de servir a hombre solo, de traer la mantilla en el hombro, que le den ración y ella se tiene cuidado de la quitación, cuando halla la ocasión¹⁰; y ha de beber un poquito de vino, porque es enferma del estómago (1ª p. 188)

Ilustrábalas entonces un Alberto, por nombre propio, y por el malo, micer Morcón. Teníamoslo en Roma por generalísimo nuestro. Merecía por su talle, trato y loables costumbres la corona del Imperio, porque ninguno le llegó de sus antecesores. Pudiera ser príncipe de Poltronia y archibribón del cristianismo. Comíase dos mondongos enteros de carnero con sus morcillas, pies y manos, una manzana de vaca, diez libras de pan, sin zarandajas de principio y postre, bebiendo con ello dos azumbres de vino. Y con juntar él solo más limosna que seis pobres ordinarios de los que más llegaban, jamás le sobró ni vendió comida que le diesen, ni moneda recibió que no la bebiese. Y andaba tan alcanzado, que nos era forzoso, como a vasallos de bien y mal pasar, socorrerlo con lo que podíamos. Nunca lo vimos abrochado ni cubierto de la cinta para arriba, ni puesto ceñidor ni media calza. Traía descubierta la cabeza, la barba rapada, reluciendo el pellejo como si se lo lardaran con tocino (1ª p. 265-266)

Llegaba cerca de mi casa, y junto a ella vivía un viejo de casi setenta años de pobre, porque nació de padres del oficio y se lo dejaron por herencia, con que pasó su vida. Era natural cordobés; dígoles para que sepáis que era tinto en lana. Trájolo su madre al pecho a Roma el año del Jubileo. Cuando me vio pasar de aquella manera, hecho un estropajo, mojado, sucio, lleno de grasa, berzas y garbanzos, me preguntó el suceso. Yo se lo conté y él no podía tener la risa (1ª p. 267-268)

¹⁰ Homeotéleuton (-ión).

Tenía, con toda su desdicha, buen entendimiento, era decididor y gracioso. En lo que le dio, que fue la carne, comenzando por la cabeza, se la torció y traía casi atrás, caído el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mil arrugas. Era corcovado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, desencasadas y secas. Tenía sanos los brazos y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico y con sus manos lo regía; salvo que para subir o bajar buscaba quien lo hiciese, y no faltaba (1ª p. 280-281)

Estaba pegado a la pared de la casa de Clorinia, que respondía por la calle pública, un pedazo de pared antigua, medio derribada, de altura que casi llegaba a una ventana de la casa, y un poco más bajo de ella estaba un agujero, tapado con una piedra movediza, que se quitaba y ponía. Este solía servir algunas veces a Clorinia de celosía, mirando por él, sin ser vista, los que pasaban por la calle. Era bien conocido de Dorido, por las veces que en él había visto a su señora (1ª p. 331-332)

Volví otra vez, pareciéndome que quizá con el recio golpe no la hallaba, y vine a dar en un callejoncillo angosto y muy pequeño, mal cubierto y no todo, donde solo cabía la boca de una media tinaja, lodoso y pegajoso el suelo y no de muy buen olor, donde vi mis daños y consideré mis desventuras (2ª p. 423)

Eran los compañeros de Sayavedra maestros en el arte, astutos y belicosos y el principal autor de ellos, natural de Bolonia, llamábase Alejandro Bentivoglio, hijo del mismo, letrado y doctor en aquella universidad, rico, gran maquinador, no de mucho discurso, y fabricaba por la imaginación cosas de gran entretenimiento. Este tuvo dos hijos, en condición opuestos y grandísimos contrarios. El mayor se llamó Vicencio, mancebo ignorante, risa del pueblo, con quien los nobles de él pasaban su entretenimiento. Decía famosísimos disparates, ya jactándose de noble, ya morado, y tanto que se pudiera de él decir: «Dejalas penen». El otro era este Alejandro, grandísimo ladrón, sutil de manos y robusto de fuerzas, que, de bien consentido y mal dotrinado, resultó salir travieso, juntándose con malas compañías. Eran los compañeros de este otros tales, rufianes como él, que siempre cada uno apetece su semejante y cada especie corre a su centro. Pues, como fuese la cabeza y mayor de sus allegados, el principal de todos en todo, hizo que Sayavedra se contentase con muy poco, dándole algunos y los peores de los vestidos (2ª p. 451)

Tenía esta rapaza decir y hacer, nombre y obras. Toda era gracia, y, juntas las gracias, todas eran pocas para con la suya. Toda ella era una caja de donaires. En cuanto hermosa, no sé cómo más encarecete su belleza que callando. Cantaba suavísimamente a una vigüela, tañíala con mucha diestrezza. Tenía gran discreción. Era viva de ingenio y ojos; risa formaba con ellos dondequiera que los volvía, según se mostraban alegres (2ª p. 677)

9.5. Digresiones morales

9.5.1. Período circular en definiciones de conceptos

Como si no supiésemos que la honra es hija de la virtud, y tanto que uno fuere virtuoso será honrado, y será imposible quitarme la honra si no me quitaen la virtud, que es el centro de ella. Sola podrá la mujer propia quitármela –conforme a la opinión de España–, quitándosela a sí misma, porque, siendo una cosa conmigo, mi honra y suya son una y no dos, como es una misma carne; que lo más es burla, invención y sueño. ¡Vida dichosa, que no la conoces ni sabes ni tratas de ella! (1ª p. 172)

Son tan parecidos el engaño y la mentira que no sé quién sepa o pueda diferenciarlos; porque, aunque diferentes en el nombre, son de una identidad,

conformes en el hecho, supuesto que no hay mentira sin engaño ni engaño sin mentira. Quien quiere mentir engaña y el que quiere engañar miente. Mas, como ya están recibidos en diferentes propósitos, iré con el uso y digo, conforme a él, que tal es el engaño respecto de la verdad como lo cierto en orden a la mentira, o como la sombra del espejo y lo natural que la representa. Está tan dispuesto y es tan fácil para efectuar cualquier grave daño cuanto es difícil de ser a los principios conocido por ser tan semejante a el bien que, representando su misma figura, movimientos y talle, destruye con grande facilidad (2ª p. 394-395)

Aquel famosísimo Séneca, tratando del engaño –de quien ya dijimos algo en el capítulo tercero de este libro, aunque todo será poco–, en una de sus epístolas dice ser un engañoso prometimiento que se hace a las aves del aire, a las bestias del campo, a los peces del agua y a los mismos hombres. Viene con tal sumisión, tan rendido y humilde, que a los que no lo conocen podría culpárseles por ingratitud no abrirle de par en par las puertas del alma, saliéndolo a recibir los brazos abiertos. Y como toda la sciencia que hoy se profesa, los estudios, los desvelos y cuidado que se pone para ello, va con ánimo doblado y falso, tanto cuanto la cosa de que se trata es de suyo más calificada en perjuicio, tanto con mayor secreto la contraminan, más artillería y pertrechos de guerra se previenen para ella (2ª p. 446)

Débanse buscar los amigos como se buscan los buenos libros; que no está la felicidad en que sean muchos ni muy curiosos; antes en que sean pocos, buenos y bien conocidos; que muchas veces muchos impiden que sean verdaderas en todos las amistades. No que solo entretengan, sino que juntamente aprovechen a el alma y cuerpo, que aquel se debe buscar que sin respeto de interese humano aconseja el preceto divino; no que representen, sino que hablen, amonesten y enseñen. Y si aquel se llama verdadero amigo que con amistad sola dice a su amigo la verdad clara y sin rebozo, no como a tercera persona, sino como a cosa muy propria suya, según la deseara saber para sí –de cuyas entrañas y sencillez hay pocos de quien se tenga entera satisfacción y confianza–, con razón el buen libro es buen amigo. Y digo que ninguno mejor, pues de él podemos desfrutar lo útil y necesario, sin vergüenza de la vanidad, que hoy se practica, de no querer saber por no preguntar, sin temor que, preguntado, revelará mis ignorancias y con satisfacción de adular dará su parecer. Esta ventaja hacen por excelencia los libros a los amigos, que los amigos no siempre se atreven a decir lo que sienten y saben, por temor de interese o de privanza –como diremos presto y breve– y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio (2ª p. 462-463)

Suele ser el hipócrita como una escopeta cuando está cargada, que no se sabe lo que tiene dentro, y, en llegándole muy poquito fuego, una sola centella, despide una bala que derriba un gigante. Así, con pequeña ocasión, descubre lo que tiene oculto dentro del alma (2ª p. 547)

La riqueza es como el fuego, que, aunque asiste en lugar diferente, cuantos a él se acercan se calientan, aunque no saquen brasa, y a más fuego, más calor (2ª p. 557)¹¹

Ya otra vez he dicho que siempre lo malo es malo, y de lo malo tengo por lo peor a la venganza; porque corazón vengativo no puede ser misericordioso, y el que no usare de misericordia no la espere ni la tendrá Dios de él (2ª p. 566)

Cuando el perdón se hace sin este fundamento, siempre suele dejar un rescoldo vivo que abrasa el alma, solicitándola para venganza. Y aunque cuanto en lo exterior parece ya estar aquel fuego muerto, de tal agua mansa nos guarde Dios, que muchas y aun las más veces queda cubierta la lumbre con la ceniza del engañoso perdón; mas, en

¹¹ Como ilustran este ejemplo y el anterior, la *similitudo* implica a menudo la circularidad.

soplándola con un poco de ocasión, fácilmente se descubre y resplandecen las brasas encendidas de la injuria (2ª p. 567)

9.5.2. Período de miembros o incisos en definiciones de conceptos

Para los aduladores no hay rico necio ni pobre discreto, porque tienen antojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son. Verdaderamente se pueden llamar polillas de la riqueza y carcomas de la verdad. Reside la adulación con el pobre, siendo su mayor enemigo; y la pobreza que no es hija del espíritu es madre del vituperio, infamia general, disposición a todo mal, enemigo del hombre, lepra congojosa, camino del infierno, piélagos donde se anega la paciencia, consumen las horas, acaban las vidas y pierden las almas (1ª p. 251)

Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada, que se convida, viniendo sin ser llamada; otra que, siendo convidada, viene llamada y rogada. La que se convida, líbrenos Dios de ella. Esa es de quien trato. Huésped forzoso en casa pobre, que con aquella efe trae mil efes en su compañía. Es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas traiciones, fuerte de sufrir y de ser corregida, farol a quien siguen todos los engaños, fiesta de muchachos, folla de necios, farsa ridícula, fúnebre tragedia de honras y virtudes. Es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, falsa, que solo le falta ser Francisca: por maravilla da fruto que infamia no sea. La otra, que convidamos, es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa y agradable. Déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios y camino del cielo. Es necesidad que se necesita sin ser necesitada, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos inmortalizando los nombres. Cante sus alabanzas el valeroso Cortés, verdadero esposo suyo. Tiene las piernas y pies de diamante, el cuerpo de zafiro y el rostro de carbunco: resplandece, alegra y vivifica. La otra su vecina parece a la tendera sucia: toda es montón de trapos de hospital, asquerosa, no hay a quien bien parezca, todos la aborrecen y tienen razón (1ª p. 258-259)

Derrenegad siempre de unos hombres como unos perales, enjutos, magros, altos y desvaídos, que se les cae la cabeza para fingirse santos. Andan encogidos, metidos en un ferreruero raído, como si anduviesen amortajados en él. Son idiotas de tres altos y quieren con artificio hacernos creer que saben. Hurtan cuatro sentencias, de que hacen plato, vendiéndolas por suyas. Fingen su justicia por la de Trajano; su santidad, de san Pablo; su prudencia, de Salomón; su sencillez, de san Francisco, y debajo de esta capa suele vivir un mal vividor (2ª p. 547-548)

¡Oh, dulce vida la de los estudiantes! ¡Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato a los novatos, meterlos en rueda, sacarlos nevados, darles garrote a las arcas, sacarles la patente o no dejarles libro seguro ni manto sobre los hombros! ¡Aquel sobornar votos, aquel solicitarlos y adquirirlos! ¡Aquella certinidad en los de la patria! ¡El empeñar de prendas en cuanto tarda el recuero, unas en pastelerías, otras en la tienda, los Escotos en el buñolero, los Aristóteles en la taberna, desencuadernado todo! ¡La cota entre los colchones, la espada debajo de la cama, la rodela en la cocina, el broquel con el tapadero de la tinaja! ¿En qué confitería no teníamos prenda y taja, cuando el crédito faltaba? (2ª p. 674-675)

Es el amor tan todo en todo y tan contrario en sus efectos que, aunque más de él se diga, quedará menos entendido. Empero diremos de él algo con los muchos. Es amor una prisión de locura, nacida del ocio, criada con voluntad y dineros y curada con torpeza. Es un exceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazón, como la yerba del ballestero, que, hasta llegar a él, como a su centro, no para. Huésped que con gusto convidamos y, una vez recibido en casa, con

mucho trabajo aun es dificultoso echarlo de ella. Es niño antojadizo y desvaría, es viejo y caduca, es hijo que a sus padres no perdona y padre que a sus hijos maltrata. Es dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo y como la muerte fuerte. No tiene ley ni guarda razón; es impaciente, sospechoso, vengativo y dulce tirano. Píntanlo ciego, porque no tiene medio ni modo, distinción o elección, orden, consejo, firmeza ni vergüenza, y siempre yerra. Tiene alas por su ligereza en aprehender lo que ama y con que nos lleva en desdichado fin. De manera que solo aquello que a ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecución de ellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policía en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar y consideración en los peligros (2ª p. 681-682)

9.5.3. Estilo suelto

9.5.3.1. *Exempla*

Soy testigo que un regidor de una de las más principales ciudades del Andalucía y reino de Granada tenía ganado y, porque hacía frío, no se le gastaba la leche de él. Todos acudían a los buñuelos. Pareciéndole que perdía mucho si la cuaresma entraba y no lo remediaba, propuso en su ayuntamiento que los moriscos buñoleros robaban la república. Dio cuenta por menor de lo que les podían costar y que salían a poco más de a seis maravedís, y así los hizo poner a ocho, dándoles moderada ganancia. Ninguno los quiso hacer, porque se perdían en ellos; y en aquella temporada él gastaba su esquilmo en mantequillas, natas, queso fresco y a otras cosas, hasta que fue tiempo de cabaña. Y cuando comenzó a quearse, se los hizo subir a doce maravedís, como estaban antes, pero ya era verano y fuera de sazón para hacerlos. Contaba él este ardid, ponderando cómo los hombres habían de ser vividores (1ª p. 73-74)

Como sucedió a un caballero en Madrid que, habiendo llamado a uno para cierta enfermedad, le daba un escudo a cada visita. El humor se acabó, y él no de despedirse. Viéndose sano el caballero y que porfiaba en visitarle, se levantó una mañana y fuese a la iglesia. Como el médico lo viniese a visitar y no lo hallase en casa, preguntó adónde había ido. No faltó un criado tonto –que para el daño siempre sobran y para el provecho todos faltan– que le dijo dónde estaba en misa. El señor doctor, espoleando apriesa su mula, llegó allá y, andando en su busca, hallolo y díjole: «Pues, ¿cómo ha hecho vuesa merced tan gran exceso, salir de casa sin mi licencia?». El caballero, que entendió lo que buscaba y viendo que ya no le había menester, echando mano a la bolsa, sacó un escudo y dijo: «Tome, señor doctor, que a fe de quien soy, que para con vuesa merced no me ha de valer sagrado». Ved adónde llega la codicia de un médico necio y la fuerza de un pecho hidalgo y noble (1ª p. 78)

Admirablemente lo sintió Séneca que, como en la plaza le diese una coza un enemigo suyo, todos le incitaban a que de él se querellase a la justicia, y, riéndose, les dijo: «¿No veis que sería locura llamar un jumento a juicio?». Como si dijera: con aquella coza vengó como bestia su saña, y yo la menosprecio como hombre (1ª p. 87-88)

¿Hay bestialidad mayor que hacer mal, ni grandeza que iguale a despreciarlo? Siendo el duque de Orlens injuriado de otro, después que fue rey de Francia le dijeron que se vengase –pues podía– de la injuria recibida, y, volviéndose contra el que se lo aconsejaba, dijo: «No conviene al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orlens» (1ª p. 88)

No sé si os diga un error de lengua gracioso que sucedió a un labrador que yo conocí en Olías, aldea de Toledo. Direlo por no ser escandaloso y haber salido de pecho sencillo y cristiano viejo. Estaba con otros jugando a la primera y, habiéndose el tercero descartado, dijo el segundo: «Tengo primera. Bendito sea Dios, que ya he hecho mano».

Pues, como iba el labrador viendo sus naipes, hallos todos de un linaje y, con el alegría de ganar la mano, dijo en el mismo punto: «No muy bendito, que tengo flux». Y si tal disparate se puede traer a cuento, es este su lugar, por lo que me aconteció¹² (1ª p. 90-91)

Para ello y que veas el efecto de la limosna, oye lo que te cuenta Sofronio, a quien cita Canisio, varón docto. Teniendo una mujer viuda una sola hija, muy hermosa doncella, el emperador Zenón se enamoró de ella y por fuerza, contra toda su voluntad, la estupro, gozándola con tiranía. La madre, viéndose afligida por ello y ultrajada, teniendo gran devoción a una imagen de nuestra Señora, cada vez que a ella se encomendaba decía: «Virgen María, venganza y castigo te pido de esta fuerza y afrenta que Zenón, tirano emperador, nos hace». Dice que oyó una voz que le dijo: «Ya estuvieras vengada, si las limosnas del emperador no nos hubieran atado las manos». Desata las tuyas en favorecer los mendigos, que es tu interés y te va más a ti en darlo que a ellos en recibirlo (1ª p. 287-288)

A la Verdad aconteció lo mismo. También tuvo su cuando, de tal manera que antiguamente se usaba más que agora, y tanto que vinieron a decir haber sido sobre todas las virtudes respetada, y aquel que decía mentira más o menos de importancia era conforme a ella castigado hasta darle pena de muerte, siendo públicamente apedreado. Mas, como lo bueno cansa y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucedió que, viniendo una gran pestilencia, todos aquellos a quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesión de las personas (1ª p. 296)

Hablando voy a ciegas, y dirasme muy bien que estoy muy cerca de hablar a tontas, pues arronjo la piedra sin saber adónde podrá dar; y direte a esto lo que decía un loco que arronjaba cantos. Cuando alguno tiraba, daba voces diciendo: «¡Guarda, hao! ¡Guarda, hao! Todos me la deben, dé donde diere» (2ª p. 371)

Aquesto le aconteció a Cisneros, un famosísimo representante, hablando con Manzanos –que también lo era y ambos de Toledo, los dos más graciosos que se conocieron en su tiempo–, que le dijo: «Veis aquí, Manzanos, que todo el mundo nos estima por los dos hombres más graciosos que hoy se conocen. Considerad que con esta fama nos manda llamar el rey, nuestro señor. Entramos vos y yo y, hecho el catamiento debido, si de turbados acertáremos con ello, nos pregunta: "¿Sois Manzanos y Cisneros?". Responderéisle vos que sí, porque yo no tengo de hablar palabra. Luego nos vuelve a decir: "Pues decidme gracias". Agora quiero yo saber qué le diremos». Manzanos le respondió: «Pues, hermano Cisneros, cuando en eso nos veamos –lo que Dios no quiera–, no habrá más que responder sino que no están fritas». Así que no a todos ni de todo ni siempre podrán decirse ni valdrán un cabello sin murmuración (2ª p. 382-383)

Mas aun en torpezas y vicios quieren también exceder y ser solos ellos, como se vio en cierto titulado, tan amigo de mentir a todo ruedo, sin que alguno se le aventajase, que, diciendo en una conversación haber muerto un ciervo con tantas puntas que realmente se le conoció ser mentira, le salió a el paso con mucho donaire otro caballero anciano, deudo suyo, y dijo: «No se maraville vuestra señoría de eso, que pocos días ha que yo maté otro en ese monte mismo que tenía dos puntas más». El señor se santiguaba, diciéndole: «No es posible». Y como, enojado contra el caballero, le dijo: «No me diga vuestra merced eso, que no es cosa jamás vista ni lo quiero creer, si el creer es cortesía», el caballero, con un conocido atrevimiento, fiado en su ancianidad y

¹² Como vemos, es constante la preocupación de Alemán por justificar las digresiones. Además, "por muchos reparos que el narrador ponga a lo «escandaloso» del chiste, ese de «No muy bendito» era un donaire popular y conocido" (Gómez Canseco 2012: 91).

parentesco, descompuesta la voz¹³, dijo: «Pese a tal, señor N., conténtese vuestra señoría con tener sesenta cuentos de renta más que yo, sin también querer mentir más que yo. Déjeme con mi pobreza mentir como quisiere, pues no lo pido a nadie ni le defraudo su honra ni hacienda» (2ª p. 385)

Esto aconteció en un simple de su nacimiento, de quien gustaba mucho un príncipe poderosísimo, que, como con secretas causas hubiese depuesto a un grave ministro suyo y, viendo entrar a este simple, le preguntase lo que había de nuevo por la corte, respondió: «Que habéis hecho muy mal en despedir a N. Y que ha sido contra toda razón y justicia». Parecióle a el príncipe –por tener su causa justificada–, que aquella hubiera sido simpleza de su boca, y díjole: «Aqueso tú lo dices, que debía de ser tu amigo; que no porque lo hayas oído decir a ninguno». El simple le respondió: «¿Mi amigo? ¡Par Dios que mentís; que más mi amigo sois vos! Yo no digo nada; que por ahí lo dicen todos». Pesole a el príncipe que hubiese quien fiscalease sus obras ni examinase su pecho y, por saber si trataba de ello alguna gente de sustancia, le replicó: «Pues dices que lo dicen tantos y que eres mi amigo, dime de uno a quien lo has oído». El simple se reparó un poco y, cuando pensaba el príncipe que recorría la memoria para señalarle persona, le respondió con descompuesta ira: «La Santísima Trinidad me lo dijo. ¡Ved a cuál de las tres personas queréis prender y castigar!». Al príncipe le pareció negocio del cielo y no volvió a tratar más de ello (2ª p. 386)

Toda cosa engaña y todos engañamos en una de cuatro maneras. La una de ellas es cuando quien trata del engaño sale con él, dejando engañado a el otro; como le aconteció a cierto estudiante de Alcalá de Henares, el cual, como se llegasen las pascuas y no tuviese con qué poderlas pasar alegremente, acordose de un vecino suyo que tenía un muy gentil corral de gallinas, y no para hacerle algún bien. Era pobre mendicante y juntamente con esto grande avariento. Criábalas con el pan que le daban de limosna y de noche las encerraba dentro del aposento mismo en que dormía. Pues, como anduviese dando trazas para hurtárselas y ninguna fuese buena, porque de día era imposible y de noche asistía y las guardaba, vínole a la memoria fingir un pliego de cartas y púsole de porte dos ducados, dirigiéndolo a Madrid a cierto caballero principal muy nombrado. Y antes que amaneciese, con mucho secreto se lo puso a el umbral de la puerta, para que luego, en abriéndola, lo hallase. Levantose por la mañana y, como lo vio, sin saber qué fuese, lo alzó del suelo (2ª p. 396)

Otros engaños hay, en que, junto con el engañado, lo queda también el engañador. Así le aconteció a este mismo estudiante y en este mismo caso; porque, como para efetuarlo no pudiese solo él, siéndole necesario compañía, juntose con otro camarada suya, dándole cuenta y parte del hurto. Este lo descubrió a un su amigo, de manera que pasó la palabra hasta venirlo a saber unos bellacones andaluces. Y como esotros fuesen castellanos viejos y por el mesmo caso sus contrarios, acordaron de desvalijarlos con otra graciosa burla. Sabían la casa donde fueron y calles por donde habían de venir. Fingiéronse justicia y aguardaron hasta que volviesen a la traspuesta de una calle, de donde, luego que los devisaron, salieron en forma de ronda con sus lanternas, espadas y rodela. Adelantose uno a preguntar: «¿Qué gente?» Pensaron ellos que aquel era corchete y, por no ser conocidos y presos con aquel mal indicio, soltaron las gallinas y dieron a huir como unos potros. De manera que no faltó quien también a ellos engañase (2ª p. 397)

La cuarta manera es cuando el que piensa engañar queda engañado, trocándose la suerte. Acontecióle aquesto a un gran príncipe de Italia –aunque también se dice de César–, el cual, por favorecer a un famosísimo poeta de su tiempo, lo llevó a su casa, donde le hizo a los principios muchas lisonjas y caricias, acompañadas de mercedes, cuanto dio lugar aquel gusto. Mas fuésele pasando poco a poco hasta quedar el pobre

¹³ Se percibe en este ejemplo la tendencia de Alemán al detalle.

poeta con solo su aposento y limitada ración. De manera que padecía mucha desnudez y trabajo tanto que ya no salía de casa por no tener con qué cubrirse. Y considerándose allí enjaulado, que aun como a papagayo no trataban de oírle, acordó de recordar a el príncipe dormido en su favor, tomando traza para ello. Y en sabiendo que salía de casa, esperábalo a la vuelta y, saliéndole a el encuentro con alguna obra que le tenía compuesta, se la ponía en las manos, creyendo con aquello refrescarle la memoria (2ª p. 398)

Diciendo estaba endechas a mis desdichas, cuando me vino a la memoria un caso que pocos días antes había sucedido, que me fue grandísimo consuelo, dándome ánimo y nuevo esfuerzo para lo que adelante pudiera suceder; y fue: A una dama cortesana en Roma, por ser descompuesta de lengua, le hizo dar otra una gran cuchillada por la cara, que, atravesándole las narices, le dañó igualmente los lados. Y estándola curando, después de haberle dado diez y seis o diez y siete puntos, decía llorando: «¡Ay desdichada de mí! Señores míos, por un solo Dios, que no lo sepa mi marido». Respondióle¹⁴ un maleante, que allí se había hallado: «Si como a vuestra merced le atraviesa por toda la cara, la tuviera en las nalgas, aun pudiera encubrirlo; pero, si no hay toca con que se cubra, ¿qué secreto nos encarga?» (2ª p. 431)

Foción, famoso filósofo en su tiempo, fue tan pobre que apenas y con muchos trabajos alcanzaba con que poder entretener la vida. Por lo cual, siempre que de sus cosas trataban algunos en presencia del tirano Dionisio, su gran enemigo, se burlaba de ellas y de él, motejándolo de pobre, por parecerle que no le podía hacer otra mayor injuria. Cuando aquesto llegó a noticia del filósofo, no solo no le pesó, que, riéndose de él y su locura, respondió a quien se lo dijo (2ª p. 461)

—Después que una vez los hombres abren las bocas al pedir, cerrando los ojos a la vergüenza, y atan las manos para el trabajo, entullecendo los pies a solicitud, no tiene su mal remedio. Vilo en una pobre de mi tiempo, la cual, como se hubiese venido a Roma perdida, mozuela, enferma, comenzó a pedir; y, llegando a estar sana, recia como un toro, también pedía. Decíanle que sirviese. Respondía que tenía mal de corazón, que se caía por el suelo cuando le daba, haciendo pedazos cuanto cerca hallaba. Con esto engañaba y pasó algunos años, al fin de los cuales, preguntando a uno que le dijo ser de su tierra si conocía en ella sus padres, y diciéndole ser muertos y haber dejado mucha hacienda, se puso en camino por la herencia; y fue tanta que trataron de pedirla por mujer muchos hombres principales y de razonable hacienda. Que no hay hierro tan mohoso que no pueda dorarse: todo lo cubre y tapa el oro¹⁵. Casose con uno de muy buena parte y talle. Hallábase la mujer tan violentada no pidiendo limosna que se iba secando y consumiendo, sin que los médicos atinasen con la enfermedad que tenía, hasta que se curó ella misma, fingiéndose hipócrita, diciendo que por humildad quería pedir limosna para lo que había de comer. Y andaba por su casa entre sus criados de uno en otro mendigando. Y porque todos le daban, aun aquello le causaba pena; encerrábase dentro de una cuadra donde tenían retratos y pedía limosna también a ellos (2ª p. 472)

Direte lo que oí a un esclavo negro, entre bozal y ladino, que viene bien aquí. En Madrid, en el tiempo de mi niñez que allí residí, sacaron a hacer justicia de dos adúlteros. Y como esto, aunque se pratica mucho, se castiga poco —que nunca faltan buenos y dineros con que se allane, mas esta vez y con el marido de esta mujer no aprovecharon¹⁶, salió mucho número de gentes a verlos, en especial mujeres, que no cabían por las calles, en toda la plaza ni ventanas, todas lastimadas de aquella desgraciada. Ya cuando el marido le tuvo cortada la cabeza, dijo el negro: «¡Ah, Dioso, cuánta se le ve! ¡Qué se le puede hacer!» Bien pudiéramos decir: ¿cuántos hay que

¹⁴ Esta respuesta está en período circular.

¹⁵ Nuevo caso de inserción de una sentencia en una narración (aquí de un *exemplum*).

¹⁶ Como ilustra también este ejemplo, el *Guzmán* refleja la tendencia alemana a la digresión.

condenan a otros a la horca, donde parecieran ellos muy mejor y con más causa? De nada me maravillo ni hago ascos; bailar tengo al son que todos, dure lo que durare, como cuchara de pan" (2ª p. 506-507)

Cuando aquesto me decía Sayavedra, me vino en la memoria un famoso borracho de Madrid, el cual, como lo acosasen los muchachos y lo maltratasen mucho, cuando llegó a la boca de una calle, se bajó por dos piedras y, arrimándose a una esquina, les dijo: «Ta, ta, vuestras mercedes no han de pasar adelante, suplícoles que se vuelvan, que yo doy la merced por ya recibida». Si este hiciera otro tanto, quizá que se volvieran, como lo hicieron con el otro (2ª p. 518-519)

Pues yo doy mi palabra que a tal pensamiento se les pudiera decir lo que otro labrador, también cerca de allí, en la Mancha, dijo a otros dos que porfiaban sobre la cría de una yegua. El uno de ellos decía: «Jumento es», y el otro que no, sino muleto; y llegándose a mirarlo el tercero, cuando hubo bien rodeado y mirándole hocico y orejas, dijo: «¡Pardiós, no hay que rehortir! ¡Tan asno es como mi padre!» (2ª p. 522-523)

El Juan Gualberto tuvo tal veneración a las palabras que, compungido de dolor, lo perdonó con grande misericordia. De allí lo hizo volver consigo a Florencia, donde lo llevó a ofrecer a Dios a la iglesia de San Miniato y, puesto delante de un crucifijo de bulto, le pidió Juan Gualberto que así le perdonase sus pecados, con la intención que había él perdonado aquel su enemigo. Viose visiblemente cómo, delante de toda la gente de su compañía y otros que allí estaban, el Cristo humilló la cabeza bajándola. Reconocido Juan Gualberto de aquesta merced y cortesía, luego se hizo religioso y acabó con su vida santamente. Hoy está el Cristo de la forma misma que puso la humillación y es allí venerado por grandísima reliquia (2ª p. 566-567)

Con esto se quedaron y nos dividimos. Pudiéales decir entonces lo que un ciego a otro en Toledo, que, apartándose cada cual para su posada, dijo el uno de ellos: «¡A Dios y veámonos!» (2ª p. 579)

Diré lo que verdaderamente aconteció en un lugar de señorío en el Andalucía. Tenía un labrador una hija moza, de quien se enamoró un mancebo, hijo de vecino de su pueblo, y, habiéndola gozado, cuando el padre de ella lo vino a saber, acudió a una villa, cabeza de aquel partido, a querrellarse del mozo. El alcalde tuvo atención a lo que decían y, después de haber el hombre informádole muy a su placer del caso, le dijo: «¿Al fin os querelláis de aquese mozo que retozó con vuestra muchacha?». El padre dijo que sí, porque la deshonoró por fuerza. Volvió el alcalde a preguntar: «Y decidme, ¿cuántos años tienen él y ella?». El padre le respondió: «Mi hija hace para el agosto que viene veinte y un años y el mozuelo veinte y tres». Cuando el alcalde oyó esto, enojado y levantándose con ira del poyo, le dijo: «¿Y con eso venís agora? ¡Él de veinte y tres y ella de veinte y uno! Andá con Dios, hermano. ¡Ved qué gentil demanda! Volvedos en buen hora, que muy bien pudieron herlo» (2ª p. 627-628)

Aunque no me puedo de esto quejar, pues, en haberme faltado, la desdicha me hizo dichoso, que no hay carga que tanto pese como uno de estos matrimonios. Y así lo dio bien a sentir un pasajero, el cual, yendo navegando y suscediéndoles una gran tormenta, mandó el maestre del navío que alijasen presto de las cosas de más peso para salvarse, y, tomando a su mujer en brazos, dio con ella en la mar. Queriéndolo después castigar por ello, excusábase diciendo que así se lo mandó el maestre y que no llevaba en toda su mercadería cosa que tanto pesase, y por eso lo hizo (2ª p. 655)

Para los que nunca supieron del matrimonio y lo desean, pudiéales traer a propósito lo que les pasó a los tordos un verano, después la cría. Juntose de ellos una bandada espesa, que cubrían los aires, y, hecha compañía, se partieron juntos a buscar la vida. Llegaron a un país de muchas huertas con frutales y frescuras, donde se quisieron

quedar, pareciéndoles lugar de mucha recreación y mantenimientos; mas, cuando los moradores de aquella tierra los vieron, armaron redes, pusieronles lazos y poco a poco los iban destruyendo. Viéndose los tordos perseguidos, buscaron otro lugar a su propósito y halláronlo tal como el pasado; mas acontecióles también lo mismo y también huyeron con miedo del peligro. De esta manera peregrinaron por muchas partes, hasta que, casi todos ya gastados, los pocos que de ellos quedaron acordaron de volverse a su natural. Cuando sus compañeros los vieron llegar tan gordos y hermosos, les dijeron: «¡Ah, dichosos vosotros y míseros de nos, que aquí nos estuvimos y, cuales veis, estamos flacos! Vosotros venís que da contento veros, la pluma relucida, medrados de carne, que ya no podéis, de gordos, volar con ella, y nosotros cayéndonos de pura hambre» (2ª p. 750)

9.5.3.2. Paso de *exemplum a similitudo*

Hubo en mi tiempo un rufián, que, teniéndolo sentenciado a muerte y puesto en la enfermería para sacarlo el día siguiente a justiciar, viendo jugar en tercio a los que lo guardaban, se levantó del banco y se fue para ellos como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena. Y preguntándole dónde iba, dijo: «Acá me vengo a pasar el tiempo un rato». Los guardas le dijeron que se ocupase rezando y encomendándose a Dios, y respondioles: «Ya tengo rezado cuanto sé y no tengo más que hacer. Barajen y echen por todos y tráigase vino con que se ahogue aquesta pesadumbre». Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: «Díganle a ese hombre que es para mí y juguemos, que juro a Cristo que no entiendo en lo que ha de parar este negocio». A este son bailan todos. Otros hay que se mandan hacer la barba y cabello para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado y limpio, pareciéndoles que aquello y llevar el bigote levantado ha de ser su salvación. Y como en buena filosofía los manjares que se comen vuelven los hombres de aquellas complexiones, así el trato de los que se tratan; de donde se vino a decir: «No con quien naces, sino con quien paces» (2ª p. 729-730)

9.5.3.3. *Exempla* próximos al período narrativo

Habiendo el dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra y a los hombres para gozarlas, mandó que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo ni previniendo a la ingratitud que después tuvieron, alzándose con el real y el trueco, porque, teniendo a este dios consigo, no se acordaban de otro: a él hacían sacrificios, a él ofrecían las víctimas, a él celebraban con regocijos y cantos de alabanza. Indignado de esto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento. Dioles cuenta de la mala correspondencia de los hombres –pues a solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su pródiga mano, siendo hechura suya y habiéndolos criado de nonada–, diesen su parecer para remedio de semejante locura (1ª p. 103)

Cuando Júpiter crio la fábrica de este universo, pareciéndole toda en todo tan admirable y hermosa, primero que criase a el hombre, crio los más animales. Entre los cuales quiso el asno señalarse; que si así no lo hiciera, no lo fuera. Luego que abrió los ojos y vio esta belleza del orbe, se alegró. Comenzó a dar saltos de una en otra parte, con la rociada que suelen, que fue la primera salva que se le hizo a el mundo, dejándolo inmundo, hasta que ya cansado, queriendo reposar, algo más manso de lo que poco antes anduvo, le pasó por la imaginación cómo, de dónde o cuándo era él asno, pues ni tuvo principio de él ni padres que no lo fuesen (2ª p. 400-401)

Dícese de Demóstenes, príncipe de la elocuencia griega, que, saliendo desterrado y aun casi desesperado, vertiendo muchas lágrimas de sentimiento por la crueldad que con él habían usado sus naturales mismos –a quien él había siempre amparado y favorecido, defendiéndolos con todo su posible–, y como en el camino

llegase a un lugar donde halló acaso unos muy grandes enemigos, creyó que allí lo mataran; mas no solo le perdonaron, que, compadecidos de él, viéndolo afligido, lo consolaron haciéndole todo buen tratamiento y proveyéndole de las cosas necesarias en su destierro" (2ª p. 458)

Como lo hizo en cierta probanza de un señor vasallo suyo, labrador de corto entendimiento, el cual, habiéndole dicho que dijese tener ochenta años, no entendió bien y juró tener ochocientos. Y aunque, admirado el escribano de semejante disparate, le advirtió que mirase lo que decía, y respondió: «Mirá vos cómo escribís y dejad a cada uno tener los años que quisiere, sin espulgarme la vida». Después, haciéndose relación de este testigo, cuando llegaron a la edad, parecioles error del escribano y quisieronle por ello castigar; mas él se disculpó diciendo que cumplió con su oficio en escribir lo que dijo el testigo, que, aunque le advirtió de ello, se volvió a ratificar, diciendo tener aquella edad, que así lo pusiese. Hicieron los jueces parecer el testigo personalmente y, preguntándole que por qué había jurado ser de ochocientos años, respondió: «Porque así conviene a servicio de Dios y del conde, mi señor» (2ª p. 549)

9.5.4. Período de miembros sentenciosos

Ganar amigos es dar dinero a logro y sembrar en regadío. La vida se puede aventurar para conservar un amigo y la hacienda se ha de dar para no cobrar un enemigo, porque es una atalaya que con cien ojos vela, como el dragón, sobre la torre de su malicia para juzgar desde muy lejos nuestras obras. Mucho importa no tenerlo y quien lo tuviere trátelo de manera como si en breve hubiese de ser su amigo. ¿Quieres conocer quién es? Mira el nombre, que es el mismo del demonio, enemigo nuestro, y ambos son una misma cosa. Siembra buenas obras, cogerás fruto de ellas, que el primero que hizo beneficios forjó cadenas con que aprisionar los corazones nobles (1ª p. 198)

Hermano, vuelve sobre ti, deshaz el truco. No espulgues la mota en el ojo ajeno; quita la viga del tuyo. Mira que vas engañado. Eso que piensas que descarga tu conciencia es burla y tú te burlas de ti. No disimules tu logro, diciendo: «Fulano es mayor logrero». No hurtes y te consueles o disculpes con que el otro es mayor ladrón. Deja la conciencia ajena, mira la tuya. Esto te importa a ti. Aparte cada uno de sí lo que no es suyo y los ojos del pecado ajeno; pues ni la idolatría de Salomón ni el sacrilegio de Judas disculpan el tuyo; a cada uno darán su castigo merecido. Como te inclinas a lo dañoso y malo, ¿por qué no imitas al bueno y virtuoso, que ayuna, confiesa, comulga, hace penitencia, actos de santidad y buena vida? ¿Es, por ventura, más hombre que tú? Dejas, como el enfermo, lo que te ha de sanar y comes lo que te ha de dañar. Pues yo te prometo que importará para tu salvación acordarte de ti y olvidarte de mí (1ª p. 279)

No hizo Dios tanto al rico para el pobre como al pobre para el rico. No te atengas con decir quién lo merece mejor. No hay más de un Dios; por ese te lo piden, a Él se lo das, todo es uno. Y tú no puedes entender la necesidad ajena cómo aprieta ni es posible conocerla; y por lo exterior que juzgas –pareciéndote uno estar sano y no ser justo darle limosna–, no busques escapatorias para descabullirte; déjalo a su dueño. No es a tu cargo el examen; jueces hay a quien toca. Si no, míralo por mí si hubo descuido en castigarme. Lo mismo harán a los demás (1ª p. 288)

9.5.5. Alternancia de tipos de *compositio*

Fue discurriendo por todos los ministros de justicia hasta llegar al escribano, al cual dejó de industria para la postre, y dijo: «Aquí ha parado el carro, metido y sonrodado está en el lodo. No sé cómo salga, si el ángel de Dios no revuelve la piscina. Confieso, señores, que de treinta y más años a esta parte tengo vistas y oídas confesiones de muchos pecadores que caídos en un pecado reincidieron muchas veces

en él, y a todos, por la misericordia de Dios, que han reformado sus vidas y conciencias. Al amancebado le consumieron el tiempo y la mala mujer; al jugador desengañó el tablero que, como sanguisuela de unos y otros, poco a poco les va chupando la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele quedando y los que juegan, sin él; al famoso ladrón reformaron el miedo y la vergüenza; al temerario murmurador, la perlesía, de que pocos escapan; al soberbio su misma miseria lo desengaña, conociéndose que es lodo; al mentiroso puso freno la mala voz y afrentas que de ordinario recibe en sus mismas barbas; al desatinado blasfemo corrigieron continuas reprehensiones de sus amigos y deudos. Todos, tarde o temprano, sacan fruto y dejan, como la culebra, el hábito viejo, aunque para ello se estrechen; a todos he hallado señales de su salvación: en solo el escribano pierdo la cuenta. Ni le hallo enmienda más hoy que ayer, este año que los treinta pasados, que siempre es el mismo; ni sé cómo se confiesa ni quién lo absuelve –digo al que no usa fielmente de su oficio–, porque informan y escriben lo que se les antoja y, por dos ducados o por complacer a el amigo y aun a la amiga –que negocian mucho los mantos–, quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta a infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina, con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar, a diestro y a siniestro, la hacienda ajena. Y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero, puesto en las palmas de las manos, en el punto se convierte en sangre, no lo pueden volver a echar de sí; y al mundo y al diablo, sí. Y así me parece que cuando uno se salva –que no todos deben de ser como los que yo he llegado a tratar–, al entrar en la gloria, dirán los ángeles unos a otros llenos de alegría: "*Laetamini in Domino. ¿Escribano en el cielo? Fruta nueva, fruta nueva*". Con esto acabó su sermón (1ª p. 39-40)

Con esta piedra se pudiera bien comparar la riqueza, pues hallarán en ella cuantas virtudes tienen las cosas todas. Ella las atrae a sí, preservando de todo veneno a quien la poseyere. Todo lo hace y obra. Es ferocísima bestia; todo lo vence, tropella y manda. Todo lo trae sujeto a su poder: la tierra y lo contenido en ella. Con la riqueza se doman los ferocísimos animales. No se le resiste pece grande ni pequeño en los cóncavos y huecos de las peñas sumergidas debajo del agua, ni le huyen las aves de más ligerísimo vuelo. Desentraña lo más profundo, sobre que hacen estribo los montes altísimos, y saca secas las imperceptibles arenas que cubre la mar en su más profundo piélago. ¿Qué alturas no allanó? ¿Cuáles dificultades no venció? ¿Qué imposibles no facilitó? ¿En qué peligros le faltó seguridad? ¿A cuáles adversidades no halló remedio? ¿Qué deseó que no alcanzase o qué ley hizo que no se obedeciese? Y siendo, como es, un tan pozoñoso veneno –que no solo, como el basilisco, siendo mirado, mata los cuerpos, empero con solo el deseo, siendo cudiciada, infernal las almas–, es juntamente con esto atriaca de sus mismos daños: en ella está su contraveneno, si como de condito eficaz quisieren aprovecharse de ella (2ª p. 601-602)

Tanta es la fuerza de la costumbre, así en el rigor de los trabajos como en las mayores felicidades, que, siendo en ellos importantísimo alivio para en algo facilitarlos, es en los bienes el mayor daño, porque hacen más duro de sufrir el sentimiento de ellos cuando faltan. Quita y pone leyes, fortaleciendo las unas y rompiendo las otras; prohíbe y establece, como poderoso príncipe, y consecutivamente, a la parte que se acuesta, lleva tras de sí el edificio, tanto en el seguir los vicios cuanto en ejercitar virtudes. En tal manera que, si a la bondad se aplica, corre peligro de poderse perder fácilmente y, juntándose a lo malo, con grandísima dificultad se arranca (2ª p. 715-716)¹⁷

¹⁷ Francisco Rico señala cuatro sentencias subyacentes en este pasaje sobre las costumbres incluidas en los *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias en diversas materias* (Sevilla, 1595) de Juan de Aranda: una de Séneca, otra de la *Rhetorica ad Herennium*, una tercera del Maestro Medina y la última del *Iurisconsult* (1983: 56). Como defiende este mismo autor, Alemán utiliza los materiales de Aranda

Y juntamente daré a entrambos la solución con otro caso verdadero, y fue de esta manera: «Tuvo Muley Almanzor, que fue rey de Granada, un muy privado suyo, a quien llamaron el alcaide Bufériz, hombre muy cuerdo, puntual, verdadero y otras muchas partes dignas de su mucha privanza, por las cuales el rey lo amaba tanto –y por la confianza que de él tenía– que ninguna dificultad en el mundo lo fuera para él cuando se atravesara de por medio su servicio. Y como los que aquesta gloria merecen son siempre envidiados de los indignos de ella, no faltó quien, oyéndole decir a el rey lo dicho, dijo: "Señor, pues para que veas que no sale cierto lo que tanto encareces del alcaide, pruébalo en alguna dificultad que lo sea, y por la diligencia que para ello pusiere, conocerás de veras las de su alma para contigo". Fue contentísimo el rey con esto y dijo: "No solo le quiero mandar cosa que sea dificultosa, mas aun será imposible". Y mandándole llamar, le dijo: "Alcaide, tengo que os encargar una cosa que habéis luego de cumplir so pena de mi desgracia, y es que os entregaré un carnero bueno y gordo, el cual tendréis en vuestra casa, dándole de comer su ración entera, como siempre se le ha dado, y más, si más quisiere, y dentro de un mes me lo habéis de dar flaco". El pobre moro, que otro no fue siempre su deseo que acertar a servir a su rey, aunque nunca creyó podría salir con un imposible semejante, no por eso desmayó y, recibiendo el carnero, lo hizo llevar a su casa, según se le había mandado; y, puesto a imaginar cómo saldría con su deseo, tanto cavó con el pensamiento que vino a dar en una cosa muy natural, con que facilísimamente cumplió con el precepto. Hizo que le trujesen hechas dos jaulas, ambas de fuerte madera y de igual tamaño, las cuales puso cercanas la una de la otra y en ellas metió en la una el carnero y en la otra un lobo. Al carnero le daban su ración cumplidamente y a el lobo tan limitada que siempre tenía hambre, y así como ella procuraba cuanto podía –sacando la mano por entre las verjas– llegar adonde la del carnero estaba, por sacarlo de ella y comérselo. El carnero, temeroso de verse tan cercano a su enemigo, aunque comía lo que le daban, hacía tan mal provecho, por el susto que siempre tenía, que no solamente no medraba, empero se vino a poner en los puros huesos. De este modo lo entregó a su rey, no faltándole a lo por él mandado ni cayendo de su acostumbrada gracia». Mi cuento sirve al propósito, acerca de haberse Fermín enflaquecido en la privanza, pues el temor que tiene de vuestra merced, a quien él tanto desea servir, le hace no medrar (2ª p. 738-739)¹⁸

9.6. Relatos intercalados

9.6.1. Estilo suelto

[Ozmín y Daraja] Pasaron a vista del real y, habiéndolo dejado bien atrás, por sendas y veredas iban a Loja, cuando cerca de la ciudad su avara suerte los encontró con un capitán de campaña, que andaba recogiendo la gente que, huyendo del ejército, desamparaban la milicia. Pues como así los viese, los prendió. Fingió el moro tener pasaporte, buscándolo ya en el seno, ya en la faltriquera y otras partes; y como no lo hallase y los viese descaminados, tomando mala sospecha, los prendió para volverlos al real (1ª p. 117)

[Ozmín y Daraja] En esta desesperación vivió algún tiempo, hasta que, por suerte, llegó el que deseaba. Que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre día, vio que don Luis hacía reparar cierta pared, sacándola de cimientos. Asió de la ocasión por el copete, aconsejando a su amo que, comprando un vestidillo vil, hiciese cómo entrar por peón de albañería. Pareciole bien, púsolo en ejecución, dejó su criado por guarda de su caballo y hacienda en la posada, para valerse de ello cuando se le

para "cimentar teóricamente la circunstancia de Guzmán, no para encerrarlos en un mero discurso autónomo" (1983: 59).

¹⁸ Inicio circular (decoro) y segunda parte en estilo suelto.

ofreciese; y así se fue a la obra. Pidió si había en qué trabajar para un forastero; dijeron que sí. Bien es de creer que no se reparó de su parte en el concierto (1ª p. 119)

[Ozmín y Daraja] El albañir acabó los reparos y Ozmín quedó por jardinero; que hasta este día nunca le había sido posible ver a Daraja. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo; y deshecho el nublado de sus desgracias, descubrió la nueva luz con que vio el alegre puerto de sus naufragios. Y la primera tarde que ejerció el nuevo oficio, vio que su esposa se venía sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas de ellas con que adornaba el cabello (1ª p. 120)

[Ozmín y Daraja] Pasada esta plática secreta entre ellos, trataron en público lo bien que lo hizo el jerezano, y cómo, aunque desearon saber quién hubiese sido, nunca don Alonso dijo más de lo primero, y creyeron ser verdad. Las tristezas de Daraja iban muy adelante. Ninguno las acertaba ni daba en el blanco ni aun al terreno, de cuantos le asestaban. Todos juzgaban al revés, buscándole cuantos entretenimientos podían darle; ninguno era capaz ni cuadraba en el círculo de sus deseos (1ª p. 146)

[Pantalón Castelleto] Era, como digo, gracioso, decía muchas y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolía de él y, así por su pobreza como por sus gracias, le daban mucha limosna. De esta manera vivió setenta y dos años, poco más, al cabo de los cuales le dio una grave dolencia, de que claramente conoció que se moría. Viéndose en este punto y en el de salvarse o condenarse, como era discreto, revolvió sobre sí, pareciéndole no ser tiempo de burlas ni de confesiones para cumplir con la parroquia. Era la postrera, y quiso que fuese la valedera¹⁹. Pidió por un confesor conocido suyo, de muchas letras y gran opinión en vida, costumbres y doctrina (1ª p. 281)

[Dorido y Clorinia] Dorido le pidió la mano y ella se la dio de buena gana. No pudo más que besársela, trayéndola por todo su rostro, sin alejarla punto de su boca. Después él alargó la suya, alcanzando a tentar el rostro de su dama, sin poderse gozar otra cosa, ni el lugar era más dispuesto. En esto entretuvieron un gran rato. En cuanto las manos hablaban, ellos callaban, que lo uno impedía lo otro (1ª p. 333)

[Historia de Sayavedra] Asistíamos de día como buenos cristianos en las iglesias, en sermones, misas, estaciones, jubileos, fiestas y procesiones²⁰. Íbamos a las comedias, a ver justiciados y a todas y cualesquier juntas donde sabíamos haber concurso de gente, procurándonos hallar a la continua en el mayor aprieto, entrando y saliendo por él una y mil veces, porque de cada viaje no faltaba ocupación provechosa. Ya sacábamos las dagas, lienzos, bolsas, rosarios, estuches, joyas de mujeres, dijes de niños (2ª p. 511)

[Bonifacio y Dorotea] Parecioles a todas el mozo muy cortés y buena la comodidad, según se deseaba. Dorotea le dio el dinero que tenía de presente y, habiendo escogido todo el oro que le pareció mejor y necesario, lo llevó consigo, dejándole dicha la calle y casa donde acudiese por la resta. Luego se fueron, quedando el pobre mozo tan amante y fuera de sí cuanto falto de todo reposo y combatido de varios desasosiegos. Rompió amor las entrañas: no comía, no bebía ni vivía; tan ocupada tenía el alma en aquella peregrina belleza, espejo de toda virtud, que todo era muerte su trabajosa vida, sin saber qué hiciese. Y pareciéndole doncella pobre, que por medios del matrimonio pudiera ser tener buen puesto sus castos deseos, quiso informar de quién era, de su vida, costumbres y nacimiento (2ª p. 586)

¹⁹ Homeotéleuton (-era).

²⁰ Homeotéleuton (-ones).

[Bonifacio y Dorotea] Con esta ocasión el teniente andaba muy apasionado y cansado de hacer diligencias con extraordinaria solicitud. Al fin se hubo de volver, como los demás, a el puesto con la caña, sin recibir algún favor ni visto sombra de sospecha con que poderlo pretender ni que desdorase un cabello del crédito de la mujer (2ª p. 589)

[Bonifacio y Dorotea] Tomó el negocio a su cargo y comenzó desde aquel punto a entablar el juego, dando trazas, como el que propone dar en el ajedrez un mate a tantos lances en casa señalada. Comenzó por el peón de punta, meneando los trebejos (2ª p. 590)

[Bonifacio y Dorotea] Ellas entraron por el patio en una sala bien aderezada, donde se quedaron las más, y solas dos pasaron adelante a una mediana cuadra con Dorotea. Estaba muy bien puesta, con sus paños de tela de plata y damasco azul y cama de lo propio, la cuja de relieve dorada. Junto a ella estaba un curioso estrado, en que las tres tomaron sus asientos (2ª p. 595)

[Bonifacio y Dorotea] Salieron las dos y, quedándose sola Dorotea, se desaparecieron, que persona viviente no se conocía por la casa. Claudio entró luego y, tomando en el estrado una de aquellas almohadas junto a Dorotea, le comenzó a hacer muchos ofrecimientos, descubriéndole la traza que para su venida se había tenido, disculpando aquel proceder con lo mucho que le hacía padecer²¹; de que no quedó la pobre señora poco turbada y triste, porque lo conocía de vista y sabía sus pretensiones. Viose atajada, no supo qué hacer ni cómo defenderse. Comenzó con lágrimas y ruegos a suplicarle no manchase su honor ni le hiciese a su marido afrenta, cometiendo contra Dios grave pecado; empero no le fue de provecho (2ª p. 595)

[Bonifacio y Dorotea] Perdía el seso, estaba sin juicio, pensando qué fuese aquello. Envió a la cárcel a saber quién soltó la presa de la noche antes. Dijéronle que allí estaba. Ya pateaba en este punto, porque sin duda creyó estar loco, si acaso no hubiera sido sueño lo pasado (2ª p. 599)

9.6.2. Período de miembros o incisos

[Ozmín y Daraja] Todos quedaron con general mormullo de admiración y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar²² el caso, hablándose los unos a los otros. Todos lo vieron y todos lo contaban; a todos pareció sueño y todos volvían a referirlo: aquel dando palmadas, el otro dando voces; este habla de mano, aquel se admira, el otro se santigua; este alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean las cejas; otros, reventando de contento, hacen graciosos matachines: que todo para Daraja eran grados de gloria (1ª p. 134)

[Ozmín y Daraja] Ya dije de don Rodrigo cómo por su arrogancia era secretamente malquisto. Parecióle a don Alonso haber hallado lo que deseaba, porque, justando Jaime Vives, estaba muy cierto el descomponerlo, humillándole la soberbia. Ozmín, por su parte, también lo deseaba y, antes de ser hora de armarle, por ver entrar a Daraja en la plaza, se anduvo de espacio por ella paseando, admirándose de verla tan bien aderezada, tantas colgaduras de oro y seda cuantas no se pueden significar, tanta variedad en las colores, tanta curiosidad en el ventanaje, tanta hermosura en las damas, riqueza de sus aderezos y vestidos, concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecía un inestimable joyel y cada cosa por sí preciosa piedra engastada en él (1ª p. 144)

²¹ Homeotéleuton (-er).

²² Precisamente es la ponderación del caso la que determina el uso del período de miembros.

[Ozmín y Daraja] Aderezaron la recámara, y era cosa de alegría ver tanto bullicio: cuál que lleva los galgos de trailla, cuál va con los podencos y hurona, cuáles llevan halcones, cuál el búho, cuál su escopeta al hombro o la ballesta, otros con las acémilas cargadas; todos iban de trulla, alborotados con la fiesta (1ª p. 147)

9.6.3. Período narrativo

[Ozmín y Daraja] Daraja se vistió a la castellana, residiendo en palacio por algunos días, hasta que de allí partieron a poner cerco sobre Granada, que así por los trabajos de la guerra, como para ir saboreando en las cosas de nuestra fe, le pareció a la reina sería bien dejarla en casa de don Luis de Padilla, caballero principal muy gran privado suyo, donde se entretuviese con doña Elvira de Guzmán, su hija doncella, a quienes encargaron el cuidado de su regalo. Y aunque allí lo recibía, mucho sintió verse lejos de su tierra y otras causas que le daban mayor pena, mas no las descubrió, que con sereno rostro, el semblante alegre, mostró que en ser aquél gusto de su Alteza lo estimaba en merced y recibía por suyo (1ª p. 115)

[Ozmín y Daraja] Con estas y otras desgracias llegaron a Sevilla, donde por la relación que traía supo la calle y casa donde Daraja estaba. Dio algunas vueltas a diferentes horas y en diversos días, mas nunca la pudo ver, que, como no iba fuera ni a la iglesia, ocupaba todo el tiempo en su labor y recrearse con su amiga doña Elvira; viendo²³, pues, Ozmín la dificultad que tenía su deseo y la nota que daba, como en común la dan en cualquier lugar los forasteros, que todos ponen los ojos en ellos deseando saber quiénes y de dónde son, qué buscan y de qué viven, especialmente si pasean una calle y miran con cuidado a las ventanas o puertas (1ª p. 118-119)

[Ozmín y Daraja] Algunas tardes y mañanas pasaban de estas los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol de amor, con que daban alivio a sus congojas, entreteniendo los verdaderos gustos, deseando aquel tiempo venturoso que sin sombras ni embarazos pudieran gozarse. No mucho ni con seguridad tuvieron este gusto; porque de la continuación extraordinaria y verlos estar juntos hablándose en algarabía y ella excusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya daba pesadumbre a todos los de casa, y a don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita ni amores, mas ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversación, lo cual no hacía con otro alguno tan desenvueltamente (1ª p. 121-122)

[Ozmín y Daraja] Todo le causó profundísima melancolía, y tan de veras fue aposeionándose de ella, cargole tan pesadamente que las fiestas no eran bien acabadas, cuando reventándole el corazón en el cuerpo, quitándose de la ventana, se fueron a la posada. Los que con ella estaban se admiraron cómo de alguna cosa no recibía contento y aun lo murmuraban, sospechando cada uno aquello con que mejor se casaba su malicia (1ª p. 146)

[Ozmín y Daraja] Viéndose los dos en lugar semejante y tan ajenos de ello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron y lo que cada uno de ellos pudiera sentir. La reina se adelantó, diciéndoles cómo sus padres eran cristianos, aunque ya Daraja lo sabía. Pídiolos que, si ellos lo querían ser, les haría mucha merced; mas que el amor ni temor los obligase, sino solamente el de Dios y de salvarse, porque de cualquier manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen a su voluntad (1ª p. 156)

²³ El sentido de este verbo, ligado a la construcción anterior (de no ser así, se trataría de un anacoluto), es 'percatándose', 'dándose cuenta'.

[Bonifacio y Dorotea] Cesaron sus disinius, comenzó su necesidad; cesaron los regalos, comenzaron los trabajos y fueron creciendo de modo que ya no sabía qué hacer ni cómo poderse allí dentro sustentar. Y aunque las conventuales todas, que le tenían mucho amor por la nobleza de su condición, afabilidad, trato y más buenas partes, condolidas de su necesidad y pobreza, la quisieran tener consigo, mas, como estaban subordinadas a voluntad ajena de su prelado, ni ellas lo pudieron hacer ni a ella fue posible quedar; porque dentro de breve término se le notificó que saliese o señalase la dote, y, no pudiendo cumplir con lo segundo, tomó resolución en lo primero (2ª p. 584)

[Bonifacio y Dorotea] Mas, como no era posible ni en su mano volverse atrás – que las pasiones del alma no tocan menos a los más pobres que a los más poderosos, y todos igualmente las padecen–, aunque se hallaba tan atrás, nunca dejó de porfiar para pasar adelante, perseverando en su honesto propósito, por haberlo puesto en las manos de Dios, que siempre los favorece y sabe acomodar con sola su voluntad las cosas de su servicio, representándole siempre que no era otro su deseo que hallar compañera con quien mejor poderle servir, en especial aquella tan virtuosa y de su gusto, empero que así lo hiciese como mejor conviniese a su servicio. También se le representó que la mucha pobreza y discreción le harían por ventura fuerza, para que, solo mirando a su soledad y remedio, pospusiese pundonores vanos, acomodándose con el tiempo y, siéndole representado su honesto deseo de servirla, lo viniese a conceder. Con estos pensamientos y cuidados procuraba solicitar la cobranza, no apretando ni enfadando, antes tomando achaques unas veces de ver su tan curiosa labor, otras por hacérsele paso, fingiendo lo que más a propósito venía para hacer visita y por tomar amistad. Que solo a este fin iban por entonces encaminados sus deseos, para con ella poder mejor después entablar el juego y en el ínterin poder aquel espacio breve mitigar las ansias que, siempre ausente, le causaba su dama (2ª p. 586-587)

[Bonifacio y Dorotea] Entre las que allí vivían, que eran cuatro hermanas, a la una de ellas, la más venerable y grave, a quien tenían las otras todo respeto, tanto por su prudencia mucha cuanto por ser mayor en edad, se fue inclinando más en amistad y regalándola, conque después, andando el tiempo, en ocasiones que se ofrecían, poco a poco se fue descubriendo, haciéndola capaz de sus deseos, hasta de todo punto quedar aclarado con ella, suplicándole que, interponiendo para ello su autoridad, fuese parte que sus esperanzas no quedasen sin el premio que de su valor y discreción esperaba y que, siéndole favorable, la fuese disponiendo en las ocasiones que se ofreciesen, de tal manera que cualesquier dificultades quedasen llanas, pues de su parte ninguna se podía ofrecer que a brazos cruzados no se pusiese a hacer toda su voluntad (2ª p. 587)

9.7. Refranes y proverbios integrados en la narración

9.7.1. En estilo suelto

Sin reparar en esto, ni dársele un cabello por esotro, se desposó y casó con ella. También quiero que entiendas que no lo hizo a humo de pajas. Cada uno sabe su cuento y más el cuerdo en su casa que el necio en la ajena (1ª p. 62)

Fui poco a poco ganando crédito, agradando a los unos, contentando a los otros y sirviendo a todos; porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer. Ganar amigos es dar dinero a logro y sembrar en regadío (1ª p. 198)

Y a todo esto, paciencia, sin desplegar la boca, corrigiéndome para conservarme, que el que todo lo quiere vengar, presto quiere acabar. Larga se debe dar a mucho, si no se quiere vivir poco (1ª p. 199)

Recelábame de darle consejo, por no ser lícito a un paje vengar las injurias de un ministro grave contra otro su igual. Ande cada oveja con su pareja, que no son

buenas burlas con los mayores. Una bastó para mi satisfacción y en causa propia, que fue con disculpa (1ª p. 309)

—Monseñor ilustrísimo, donde no valen cuñas, aprovechan uñas y, si no cupiere el brazo, valdríame la mano, y eso me bastara (1ª p. 311)

Diome deseo de burlarlo y aprovechome poco, pues, pensando ir por lana, volví tresquilado, no saliendo con mi intento (1ª p. 329)

Bien pudiéramos también decir: ¿cuántos hay que condenan a otros a la horca, donde parecieran ellos muy mejor y con más causa? De nada me maravillo ni hago ascos; bailar tengo al son que todos, dure lo que durare, como cuchara de pan (2ª p. 506-507)

No hay hacienda ni espaldas que lo sufran. Diz que por tan poco ha de arrestarse tanto: por una saya, por dos camisas... Quien camisa hurta, jubón espera. Haga lo que decía Chapín Vitelo, aquel valerosísimo capitán: «El mercader que su trato no entiende, cierre la tienda» (2ª p. 523)

9.7.2. Sarta de refranes semejante al período de miembros sentenciosos

—¡Loada sea la limpieza de la Virgen María, que con toda mi pobreza no hay en mi casa mal trato! Cada cosa se vende por lo que es, no gato por conejo, ni oveja por carnero. Limpieza de vida es lo que importa y la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo. Lleve cada uno lo que fuere suyo y no engañar a nadie (1ª p. 95)

Era muchacho, no ahondaba ni vía más de la superficie; que si algo supiera y experiencia tuviera, debiera considerar que a grande oferta, grande pensamiento, y a mucha cortesía, mayor cuidado: que no es de balde; misterio tiene. Si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, o engañar te quiere o te ha menester (1ª p. 255)

—Del daño, el menos. Desgraciadamente andas en esto, Guzmanillo. Tarde, con mal y en martes lo comenzaste. Solo en mi suerte y servicio te pudiera suceder esa desgracia (2ª p. 433)

Nadie se adule, ninguno forme de sí lo que no es ni lo que su sensualidad mentirosa le dice. Dirate lo que a todos: «Poderoso eres, haz lo que quisieres; galán eres, pasea y huélgate; hermoso y rico eres, haz disoluciones; nobleza tienes, desprecia a los otros y ninguno se atreva; injuriado estás, no se la perdones; regidor eres, rige tu negocio, pese a quien pesare y venga lo que viniere²⁴; juez eres, juzga por tu amigo y tropéllese todo; favor tienes, gástalo en tu gusto, dándole a el pobre humo a narices, que no conviene a tu reputación, a tu oficio, a tu dignidad ni a tu honra que te pida lo que le debes ni la capa que le quitaste». Pues a fe, señores míos, ya sean quien quisieran ser o piensan que son, que no son lo que piensan; y el mejor, cuando muy bueno, es un poco de polvo. Escojan de cuál polvo quieren ser, si de tierra o de ceniza, porque no hay otro (2º p. 440)

²⁴ Como defiende Emilio Montero, la presencia escrita de este tipo de construcciones con tendencia a fijarse en frases hechas "sólo resulta significativa a partir del siglo XV. Guarda, pues, relación con la apertura por parte de la literatura a tradiciones discursivas permeables al lenguaje de la proximidad, en el que significativamente surge en bastantes ocasiones en combinación con proverbios y con estructuras copulativas de sentido concesivo, mayoritarias también en la oralidad, aunque no exclusivas de ella" (2008: 1979).

